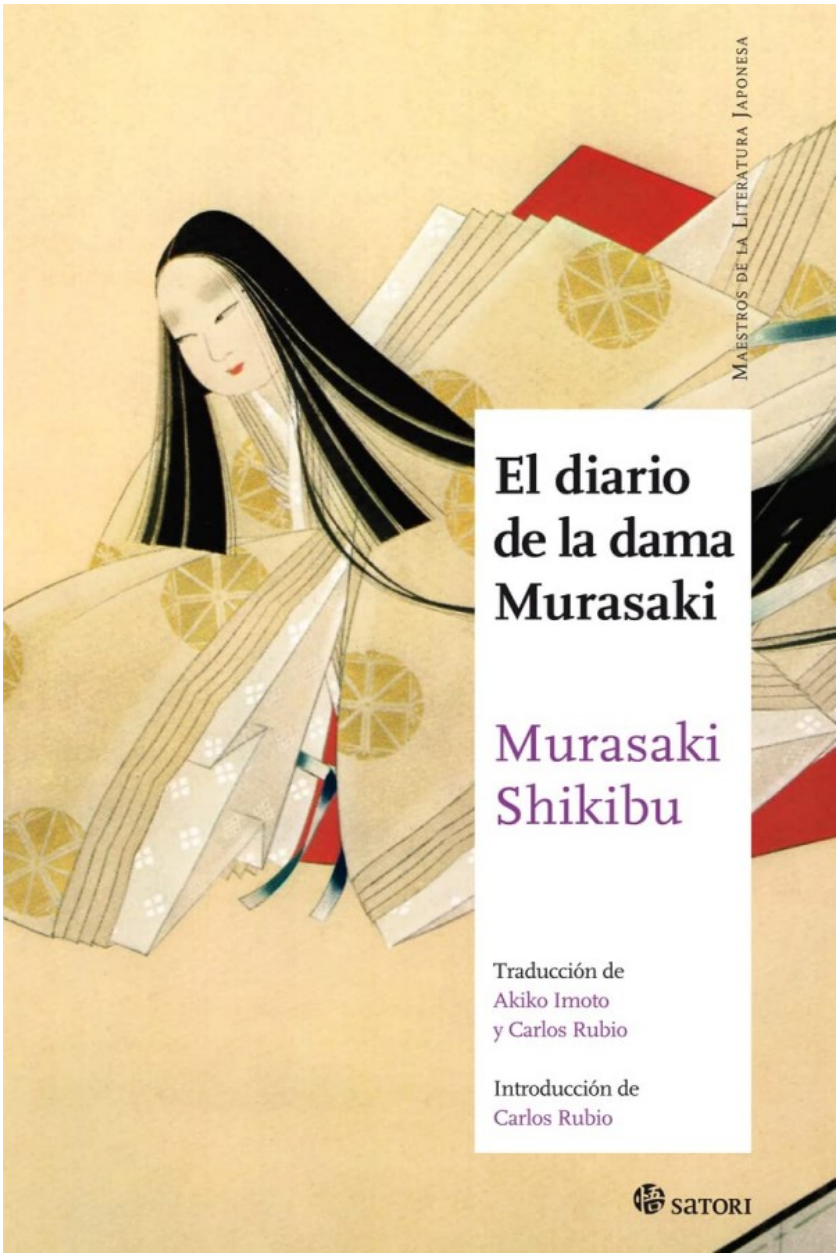


Maestros de la Literatura Japonesa

# El diario de la dama Murasaki

## Murasaki Shikibu

Traducción de
Akiko Imoto
y Carlos Rubio

Introducción de
Carlos Rubio

SATORI

Murasaki Shikibu

# El diario de la dama Murasaki

Traducción de Akiko Imoto y Carlos Rubio

Alianza editorial
El libro de bolsillo
SATORI

# Índice

Nota al texto

El diario de la dama Murasaki

Apéndice 1: Genealogías
Apéndice 2: El palacio de Tsuchi Mikado

Créditos

# Nota al texto

No existen copias autógrafas de este texto escrito a finales de la primera década del siglo XI, ni siquiera manuscritos de su época o de los siglos inmediatamente siguientes. Todas las copias conservadas datan de los siglos XVII y XVIII. La mayor parte de las versiones modernas de *El diario de la dama Murasaki* se basan en el texto manuscrito Kurokawa descubierto en 1967, el de mejor estado de conservación, preservado en la Dirección General de Archivos de la Casa Imperial de Japón.

La presente publicación española se ha realizado a partir de la edición en japonés antiguo de *Murasaki Shikibu nikki* (Tokio, Kasama, 2007), con versión en japonés moderno, del editor de la misma, Jun'ichi Koyano. Asimismo, se ha utilizado la versión en japonés moderno con sus abundantes notas de *Murasaki Shikibu nikki* (Tokio, Kadokawa, 2010) de Junko Yamamoto. También se ha consultado el aparato crítico de la edición de Eiichi Shibuya titulada *Murasaki Shikibu nikki* (Tokio, Iwanami, 1964) y la versión del japonés moderno disponible en la página web: www.sainet.or.jp/~eshibuya/modern55.html.

Los nombres de personas del periodo Heian aparecen en el orden japonés, primero el apellido y luego el nombre (por ejemplo, Fujiwara no Michinaga). Esta norma no se sigue cuando se trata de nombres de la Edad Moderna de Japón, es decir, posteriores a 1868 (como Junko Yamamoto). En cuanto a la transcripción de los nombres propios y comunes japoneses (incluyendo los de las notas al pie y apéndices finales), se ha utilizado el sistema de romanización Hepburn, conforme al cual las consonantes se pronuncian como en inglés y las vocales más o menos como en español, con la particularidad de que los macrones sobre la o y la u (ō / ū) indican que la vocal es larga.

# 1[1]

A medida que el aire se vuelve más otoñal, la atmósfera de la mansión Tsuchi Mikado gana en indecible elegancia[2]. Las copas de los árboles que rodean el estanque y las hierbas que crecen a la orilla del arroyo del jardín van poco a poco adquiriendo esos colores rojizos del otoño, de modo que el cielo, en casi toda su inmensidad, parece encenderse hermosamente. El encanto del jardín ahonda el misterio de la incesante salmodia de los sutras budistas[3]. Pero muy pronto una ráfaga de viento recuerda que se acerca el frío de la noche mientras el agua del arroyo susurra incansable. La noche avanza confundiendo todos estos sonidos... ¿Son del viento, son del agua, son voces humanas?

A pesar del malestar que debe de sentir debido a su estado, su majestad la emperatriz finge prestar atención a la cháchara insustancial de sus damas de honor. Huelga decirlo, pero basta con reparar en la actitud de Su Majestad para asombrarse de la eficacia con que sabe consolar las penas de alguien como yo y distraerme de mi pensativo estado de ánimo[4]. ¿Por qué no habré buscado solaz entrando a su servicio mucho antes?

Todavía es de noche. La luna se oculta tras unas nubes y los árboles proyectan densas sombras. Sin embargo, entre las damas de honor se oyen voces:

–¡Vamos, que abran ya las ventanas![5]

–¡Pero si todavía no se ha levantado la sirvienta encargada de abrir...! –exclaman otras voces.

–¡Sirvienta, ábrelas ya! –ordenan otras.

Mientras tanto ha sonado el gong que anuncia el final de la noche y marca la hora de la oración de los Cinco Reyes de la Gran Sabiduría[6].

Por doquier resuena la cantinela de los bonzos que rivalizan

entre sí con sus voces, produciendo un sonido imponente, solemne. Ha llegado el superior del templo[7] Kannon-in con un séquito de veinte bonzos. Su llegada la anuncia el eco de las pisadas de todos ellos retumbando en las tablas del suelo de la galería. Vienen del pabellón del ala este de la mansión para elevar plegarias a Buda por el feliz alumbramiento. Todos con sus estolas iguales colgadas del cuello, se dirigen, una vez acabados los sagrados oficios, a descansar a sus aposentos. Tras cruzar el histórico puente chino de Karahashi, el superior del templo Hōjū-ji encamina los pasos al pabellón del campo de equitación y el del templo Jōdō-ji, a la biblioteca de palacio. Finalmente sus cuerpos se confunden con la sombra de los árboles del jardín mientras yo me quedo absorta, como si deseara seguirlos con la mirada, contemplando cómo se desvanecen sus figuras. También el maestro Saigi se prosterna en actitud devota ante la imagen de Daitoku, uno de los Cinco Reyes.

Poco después, la llegada de las damas de honor trae la alborada del nuevo día.

## 2

Aunque ha amanecido con una ligera niebla y el rocío no ha caído al suelo, puedo ver desde mi aposento, al principio del pasillo[8], a Su Excelencia, que ya anda por el jardín llamando a su secretario para que ordene limpiar las aguas del arroyo que cruza el jardín. Ha pedido que le corten una ramita de valeriana[9], que estaba en flor en la cabecera sur del puente. Luego me la ha lanzado a mi aposento por encima de la cortina. ¡Qué apostura la de su excelencia Michinaga! Yo, en cambio, como acababa de levantarme, ni siquiera estaba presentable.

–¡Mírala bien! –exclamó– A ver... Si tardas en responder, te pongo una falta...

Me retiré al fondo del cuarto con el pretexto de tomar la escribanía. Estos fueron los versos que escribí para la ocasión:

*¡Rocío injusto*
*que a mí me avergüenza*
*y a la florida*
*valeriana engalana*
*con radiante belleza!*[10]

–¡Vaya rapidez! –comentó Su Excelencia con una sonrisa. Pidió que le acercaran una escribanía. Estos fueron los versos que escribió:

*No es contigo*
*injusto el blanco rocío.*
*Se trata más bien*
*de que la valeriana*
*su florido color ella ha elegido*[11].

## 3

Un atardecer tranquilo en que me hallaba conversando con la dama Saishō, se acercó a nosotras Yorimichi, el hijo mayor de Su Excelencia, y se sentó en la galería, al borde de nuestros aposentos, después de subir la persiana[12]. Para su edad, parecía un joven maduro y distinguido. Se puso a hablar con toda sensatez sobre la naturaleza femenina:

–Después de todo, lo más importante de una mujer es su carácter. ¡Qué complicadas criaturas!

¿No fue una observación juiciosa? Tanto que me avergüenza que no se me haya ocurrido a mí pese a ser mayor que él. Comprobé entonces el error en que estaban las damas de honor por considerarlo un niño. Después de charlar un rato con nosotras, se levantó y se alejó murmurando:

–¡En la pradera hay tantas valerianas...!

Su elegante forma de decir adiós me recordó a esos celebrados galanes sobre los que leemos en las novelas[13].

Es extraño que de repente me haya venido a la memoria un asunto tan trivial como este[14]. En cambio hay sucesos que me conmueven profundamente en un momento, pero de los que enseguida me olvido. ¿Por qué será?

# 4

Cuando el gobernador de Harima[15] agasajaba al vencedor de un partida de *go,* yo salí un rato a ver y me llamó la atención el trofeo que le había dado. Era un tablero de *go.* Las patas de la mesita que lo sostenía estaban primorosamente labradas. La superficie del tablero presentaba el diseño de una playa en cuyas aguas se destacaban los trazos de los siguientes versos:

> *Son fichas de* go[16]*,*
> *en la playa Shihara,*
> *región de Ki* [17]*,*
> *recogidas. Crecerá*
> *hasta en rocas convertirse.*

También los abanicos que en aquella ocasión llevaban las damas de honor eran espléndidos.

Había noches, pasado el día 20 del octavo mes[18], en que se reunían nobles de los tres rangos más altos y algunos de los *tenjōbito,* los miembros de los siguientes dos rangos, a quienes les correspondía hacer guardia en la mansión[19]. Aunque había algunos que dormitaban en la terraza, la mayor parte de ellos se entretenía tocando algún instrumento musical para pasar el rato. Los más jóvenes rivalizaban en recitar sutras, o bien en entonar canciones de moda al compás del arpa o la flauta. Los acordes, a pesar de cierta inseguridad, sonaban bien y contribuían a crear una escena fascinante. Alguna noche hasta se unió al grupo Tadanobu[20], senescal primero de su majestad la emperatriz; Tsunefusa[21], consejero de la Izquierda; Norisada[22], comandante de la Guardia Imperial; y Narimasa, gobernador de la provincia de Mino[23]. A pesar de tan distinguida reunión, por alguna razón Su Excelencia decidió no conceder a estas veladas musicales carácter de concierto oficial.

Las damas de honor a las que se había apartado del servicio años antes y que habían regresado a sus casas lamentaron no haber perseverado sirviendo en la mansión de Su Excelencia. Ahora se agolpaban para asistir a estos saraos nocturnos.

El ambiente era bullicioso, no habiendo aquellos días ni un momento tranquilo.

## 5

El día 25 del mismo mes su majestad la emperatriz tuvo a bien repartir entre sus damas las bolas aromáticas una vez que hubieron terminado de mezclar en ellas diversos inciensos y sustancias fragantes[24]. Todas nos reunimos para recibir el honor de este obsequio.

Cuando me dirigía a mi aposento después de abandonar el salón de Su Majestad, atisbé al pasar a la dama Saishō, que en ese momento descabezaba un sueño. En la combinación de sus kimonos, tal como se apreciaba en las mangas, dominaban los tonos granate y verde de la lespedeza con matices de lila verdoso[25]. Encima llevaba un manto de color rojo oscuro y brillante. Aunque estaba tumbada con la cara oculta por la ropa y con una escribanía como almohada, le asomaba una frente juvenil y hermosa. Cualquiera diría que era una de esas princesas pintadas en las ilustraciones. Sin poderme aguantar, me agaché y retirándole las mangas que le ocultaban la boca, le dije:

–Tienes todo el aire de la heroína de una novela.

Abrió los ojos y respondió:

–¿Estás loca? ¡Qué falta de respeto despertarme así!

Su semblante del color de la grana y ligeramente incorporado sobre el lecho me pareció tan encantador cuando me dijo eso... No cabe duda de que una persona que es bella por naturaleza tiene momentos en que su atractivo aumenta en un grado inimaginable.

## 6

El día 9 del mes siguiente la dama Hyōbu me trajo un algodón de crisantemo[26]. Al dármelo, me dijo:

–La esposa de Su Excelencia me lo ha dado especialmente

para ti[27]. Ya sabes, te ayudará a mantenerte joven.

Me dispuse a devolvérselo acompañado de estos versos de agradecimiento:

*Mi manga impregnada*
*con rocío de crisantemo,*
*se la devuelvo*
*a su dueña con deseos*
*de que mil años viva.*

Pero antes de enviarle la poesía, me enteré de que la esposa de Su Excelencia había regresado a sus aposentos, por lo que mis versos de nada sirvieron y decidí quedarme el algodón.

## 7

Bien avanzada esa misma noche me presenté en el salón de su majestad la emperatriz. Era una hermosa noche de luna. En el borde de la estancia, con las colas de sus vestidos dejándose ver por debajo de la persiana, había dos damas de honor que en ese momento servían a Su Majestad. Eran las damas Koshōshō y Dainagon[28]. Entonces Su Majestad decidió sacar las bolas aromáticas del otro día y quemarlas en el pebetero. Nosotras expresamos nuestra admiración por la belleza del jardín en ese momento e hicimos algunos comentarios como que faltaba poco para que las hojas de la hiedra empezaran a adquirir tonalidades rojizas. Sin embargo, como Su Majestad mostraba señales de malestar más evidentes que de ordinario y, además, se acercaba la hora de la llegada de los bonzos para rezar por el feliz alumbramiento, me retiré al fondo de la sala con el corazón inquieto. Después me mandaron llamar y volví a mi cuarto. Quería descansar un rato, pero debí de quedarme dormida[29]. A eso de la medianoche tuvo que armarse un gran alboroto porque me despertó un ruido de voces.

## 8

En la madrugada del día 10 se cambió el mobiliario del salón de la emperatriz y Su Majestad fue trasladada a una estancia con dosel blanco[30]. Fue Su Excelencia en persona, ayudado por dos de sus hijos y algunos cortesanos del cuarto y quinto rango, quien se encargó de instalar con mucho bullicio el blanco cortinaje del dosel y de traer y llevar de un lado para otro alfombras, colchones y almohadones. ¡Qué ruidoso trajín!

Su majestad la emperatriz pasó el día en un estado de gran inquietud, a veces recostada y a veces levantada. A su alrededor reinaba una gran confusión. Por un lado, estaban los miembros de su séquito encargados de lanzar en voz alta conjuros y ensalmos para transferir cualquier espíritu maligno de Su Majestad a las médiums. Por otro, ahí seguían los bonzos, en palacio desde hacía varios meses. Además, habían llegado ascetas de muchos templos y montañas del país. Rezaban con tal fervor que cualquiera diría que todos los budas de las Tres Existencias[31] bajarían volando en auxilio de Su Majestad. Tampoco faltaban los adivinos y sabios de la magia china[32], convocados desde todos los rincones del Imperio. En medio de tal despliegue de recursos humanos y divinos, ¿habría alguna deidad de entre los ocho millones de divinidades[33] capaz de desoír tantas invocaciones, plegarias y ritos purificadores? No solo eso, sino que toda la jornada estuvieron saliendo precipitadamente mensajeros de palacio a los templos del Imperio para pedir que no dejaran de recitarse sutras y plegarias por el feliz alumbramiento. Así se pasó también la noche de ese día.

Las damas de honor de la corte se congregaron en la galería[34], a la izquierda del dosel ocupado por Su Majestad. Al lado contrario, a la derecha[35], invisibles por una cortina, se hallaban las médiums poseídas por los espíritus malignos, cada una de las cuales estaba aislada con biombos y tenía a su lado un bonzo exorcista que rezaba en alta voz. Al sur se sentaban en filas los altos dignatarios del clero budista cuyas voces atronaban con sus tonos cavernosos y solemnes, como si conjuraran la manifestación humana del mismo Fudō[36]. Finalmente, entre la puerta de atrás, la del norte de la mansión y el aposento con el dosel nos agolpábamos, según mis

cálculos, más de cuarenta damas de la corte, tan apretadas que apenas podíamos movernos y, con la sangre en la cabeza por la emoción del momento, éramos incapaces de pensar. A las damas que habían venido a propósito de sus casas no se les permitió el acceso, para gran mortificación de todas ellas. Las que estábamos dentro no podíamos reconocer ni las mangas ni los bajos de nuestros propios kimonos, tan pegadas como estábamos unas a otras. Las damas de más edad y experiencia en la corte no dejaban de llorar a escondidas, angustiadas como se sentían por el estado de la emperatriz.

## 9

Al amanecer del día 11 retiraron las puertas del norte que separaban dos estancias entre tres columnas y alojaron a Su Majestad en la galería de la misma fachada norte de la mansión. Como no se podían colgar persianas, colocaron varias mamparas rodeando a Su Majestad. El *sōjō* Jōjō, máxima jerarquía budista de la corte, y el *sōzu* Kyōchō, otro alto dignatario religioso solo por debajo del anterior, aparte del *sōzu* Hōmu y de otros monjes, se pusieron a implorar a Buda que socorriera a la augusta parturienta. A su lado, el *sōzu* Ingen leía en voz alta una invocación de conmovedoras frases compuestas el día anterior por Su Excelencia. Además, su voz grave y majestuosa transmitía una confianza y seguridad en cada una de las palabras que casi hacía estremecer a cualquiera que lo oyera. Por todo ello, sin contar con la actitud de profunda devoción con que Su Excelencia oraba al lado de todos esos dignatarios religiosos, estábamos convencidas de que el parto no podía tener un fin desfavorable. A algunas damas nos resultaba imposible secar las lágrimas, tan grande era nuestro llanto.

–Trae mala suerte llorar tanto –decían algunas.

–No debemos afligirnos de este modo –añadían otras.

Las lágrimas, sin embargo, brotaban de nuestros ojos de manera incontenible.

Entonces Su Excelencia, considerando que tanta gente

podría afectar el estado de salud de su hija, ordenó a las damas que despejáramos la galería sur y la este, es decir, la de la izquierda. Solamente se quedarían algunas en los dos aposentos de la fachada norte al lado de Su Majestad. Las escogidas para quedarse en uno de los aposentos fueron las siguientes: la dama Rinshi, madre de Su Majestad, la dama Saishō y la dama Kura. Las tres se quedaron al otro lado de la mampara. Su Excelencia permitió también la entrada al *sōzu* Hōmu del templo Ninna-ji y a otro religioso primo de su majestad la emperatriz de nombre Naigu y del templo Mii-dera. La voz con que Su Excelencia daba todas estas órdenes era tan fuerte que ahogaba la salmodia de los bonzos hasta el punto de que a veces estos parecían haberse quedado mudos. En el otro aposento se quedaron la dama Dainagon; la dama Koshōshō; Miya no Naishi[37], secretaria personal de su majestad la emperatriz; Ben no Naishi, otra secretaria; la dama Nakatsukasa y la dama Taifu, dos damas veteranas en la corte; y la dama Ōshikibu, que solía servir como mensajera de Su Excelencia. Todas estas mujeres llevaban muchos años sirviendo a su majestad la emperatriz, siendo lógico, por tanto, que estuvieran más preocupadas que las demás. Aunque mi experiencia en la corte, en cambio, era corta, algo en mi corazón me decía que estaba asistiendo a un suceso de extraordinaria trascendencia.

Al otro lado de la mampara o cortina instalada como pared divisoria en la parte de atrás, donde termina la zona central de la mansión, se habían colado otras mujeres, entre las cuales estaban Nakatsukasa[38], Shōnagon y Koshibiku, nodrizas de la segunda, tercera y cuarta hija, respectivamente, de Su Excelencia. Tan apretadas estábamos debido a la presencia de tantas mujeres que era imposible que pasara una persona por el estrecho espacio que quedaba detrás de los dos doseles; tampoco resultaba posible distinguir la cara de cualquiera que intentara moverse.

Naturalmente que algunos miembros de la familia de Su Excelencia, como su sobrino el consejero Fujiwara no Kanetaka y del capitán del cuarto rango Minamoto no Masamichi, sobrino de su esposa, y hasta otras personas que no eran

familiares suyos y de los cuales era de esperar mayor discreción, como Minamoto no Tsunefusa, consejero de la Izquierda, y Tadanobu, primer senescal de Su Majestad, trataban por todos los medios de curiosear por encima de la cortina y atisbar lo que pasaba dentro, pero solo acertaban ver nuestros ojos hinchados de lágrimas. ¿Quién de nosotras iba a sentir vergüenza de que nos vieran llorar a lágrima viva? Sobre nuestras cabezas caían granos de arroz[39] como si fueran copos de nieve y nuestros vestidos estaban espantosamente arrugados. ¿Pero a quién le importaba? Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que en el fondo la situación no dejaba de ser cómica.

## 10

Después cortaron el cabello de su majestad la emperatriz y le hicieron recibir las sagradas órdenes budistas[40]. Sentí entonces como si la luz hubiera desaparecido de mis ojos. ¡Qué tristeza inundó mi corazón en ese momento!

Finalmente Su Majestad dio a luz sin ningún percance. Sin embargo, mientras no acabaran de ser expulsadas del útero las secundinas, nadie dejaba de rezar en voz alta, pues se hacía necesario asegurar la protección divina para la emperatriz[41]. Además, los bonzos y otros religiosos laicos, que abarrotaban la zona central que iba desde la galería sur hasta la barandilla de la terraza, se postraban hasta tocar el suelo con la frente sin dejar de perseverar en sus invocaciones. Mientras, en la fachada este, las damas de honor se mezclaban con los cortesanos de la nobleza media alta[42].

La dama Kochōjō, presa del aturdimiento, no hacía más que mirar a Yorisada, primer secretario de la Izquierda. ¡Cómo nos reímos todas cuando se lo recordamos después! La dama Kochōjō va siempre muy atildada y jamás descuida la cosmética. Pero, aunque también ese día se había maquillado temprano por la mañana, en esos momentos su rostro estaba hinchado de tanto llorar y las lágrimas habían hecho que el maquillaje se le corriera por la tez. La pobre estaba

espantosamente irreconocible. También la cara de la dama Saishō estaba cambiada. En cuanto a la mía, prefiero no acordarme, pues seguro que estaba peor. Afortunadamente, en esos momentos tan críticos nadie se preocupaba de su aspecto.

Justo en el momento del parto, los espíritus malignos se pusieron a chillar por boca de las médiums con rabioso frenesí. ¡Qué alaridos tan horrorosos! Cada médium tenía asignado un religioso: el maestro Shin'yo se ocupaba de la médium de Gen no Kurōdo, el asceta Sōso de otra de Hyōe no Kurōdo y, finalmente, el *rinshi*[43] del templo Hōjū-ji se encargaba de la de Ukon no Kurōdo[44]. Al bonzo asceta Chisō lo enviaron al aposento de Miya no Naishi, dama de honor personal de Su Majestad, pero sucedió que también este religioso se vio poseído por un mal. ¡Qué pena daba verlo!, y entonces fue necesario que otro bonzo de nombre Nengaku corriera en su socorro y empezara a lanzar exorcismos en voz alta. No es que la eficacia de estas oraciones fuera pequeña; más bien, era debido al portentoso poder de los espíritus perversos. El bonzo asceta Eikō fue igualmente requerido para asistir a la dama Saishō. Todos estos religiosos tenían la voz ronca por haberse pasado la noche entera recitando sutras a voz en cuello. Asimismo, las médiums utilizadas para recibir en sus personas los espíritus malignos que se habían adueñado del augusto cuerpo de su majestad la emperatriz, no dejaban de proferir chillidos debido a la resistencia que oponían los espíritus a abandonar a la emperatriz.

A eso de la hora del Caballo[45], el cielo se despejó. Tuve la sensación de que acababa de salir el sol de la mañana. ¿Con qué podría comparar la dicha sentida al saber que Su Majestad estaba sana y salva? Para colmo de la felicidad de todos, la criatura nacida era un varón[46]. Las damas de honor, ayer a merced del vaivén de tanta angustia y esta misma mañana presas de un llanto incontenible, disfrutaban de un estado de ánimo tan despejado como el cielo después de que el sol disipe la niebla de otoño. Ahora reposaban. Solamente las damas de honor de más edad y avezadas en estas situaciones velaban al lado del lecho de Su Majestad.

# 11

Entretanto, Su Excelencia y su esposa iban de una estancia a otra de los diferentes pabellones de la mansión, atareados en gratificar tanto a los bonzos que llevaban meses en la mansión rezando oraciones y sutras por el feliz alumbramiento de su hija como a los religiosos llegados a propósito ayer y hoy. También retribuyeron a los médicos y a los adivinos, la eficacia de cuyos remedios, cada uno en lo suyo, había quedado demostrada.

En palacio se iniciaban los preparativos para el rito del primer baño del príncipe recién nacido.

En los aposentos de las damas de honor estas iban y venían con un trajín de paquetes y bolsos. Contenían chaquetones ricamente bordados, accesorios con trenzados de seda y profusas incrustaciones de nácar y madreperla para las colas de sus vestidos[47]. Todas deseaban ponerse sus mejores galas. Se emperifollaban con el mayor de los secretos y, ocupadas en un sinfín de insignificantes detalles, se afanaban con el maquillaje al tiempo que dejaban escapar frases del estilo de: «¡Ay!, ¿quién me trae un abanico?».

Como de costumbre, desde mi aposento al lado de la galería yo observaba a Tadanobu, senescal primero de Su Majestad que estaba esperando a la puerta. Lo acompañaba Yasuhira, senescal del príncipe heredero[48] y otros muchos cortesanos de alto rango. Se presentó entonces Su Excelencia dando órdenes para que limpiaran las aguas del arroyo del jardín cubiertas esos días por algunas hojas. Todo el mundo exultaba alegría y buen humor. En un ambiente tal, ¿quién no hallaba ese día motivo para olvidar un instante cualquier preocupación que pesara sobre su corazón? Concretamente Tadanobu, un hombre que pocas veces sonreía, mostraba un semblante aún más risueño del de cuantos lo rodeaban. ¿No era natural que así fuera? Mientras, Kanetaka, consejero de la Derecha, sentado en la terraza, bromeaba con Takaie, consejero medio.

A Yorisada, primer secretario de su majestad el emperador, que había traído la espada ceremonial desde el Palacio Imperial y se mantenía de pie en el jardín, Su Excelencia le

encargó que partiera a trasmitir al emperador la buena nueva de que tanto la madre como el niño se hallaban en perfecto estado de salud. Ese día coincidía con que en la corte se despachaba la ofrenda al santuario de Ise, pero Yorisada, que era el mensajero imperial, había tenido que permanecer fuera, sin poder acceder al palacio, pues estaba contaminado[49]. Aunque no fui testigo, me dijeron que su excelencia Michinaga le hizo entrega de unos obsequios.

El rito de cortar el cordón umbilical del príncipe recién nacido lo realizó la esposa de Su Excelencia, mientras que fue a la dama Tachibana no Sanmi, también llamada Tokuko, a quien asignaron dar al augusto niño el primer pecho. Como ama de cría, una responsabilidad que debía recaer, según dijeron, «sobre una persona que sirve desde el principio, que sea íntima y de buen carácter» nombraron a la dama Ōsaemon, hija del Munetoki, gobernador de Bitchū[50] y esposa de Hironari, funcionario del quinto rango de la Secretaría Imperial.

## 12

Dijeron que el primer baño ritual del príncipe tuvo lugar a la hora del Gallo[51]. Encendieron antorchas y los súbditos de la casa de la emperatriz se vistieron con un uniforme blanco sobre la ropa verde que les correspondía por su rango[52]. Prepararon agua caliente y forraron los recipientes de tela blanca que también usaron para cubrir las mesitas. Chikamitsu, jefe de la sección de textiles[53], y Nakanobu, jefe de la casa de la emperatriz, portaron los cubos de agua sobre los hombros hasta donde estaba la persiana. Allí había dos damas, Kiyoiko y Harima, encargadas de recibir los cubos de los dos hombres. Estas damas vertieron en los cubos agua fría a fin de conseguir la tibieza adecuada y luego llevaron los cubos a la sala del baño. Otras dos damas, Ōmoku y Muma, llenaron dieciséis vasijas con el agua de los cubos y el agua sobrante la vertieron en la bañera. Estas dos damas iban vestidas con un manto de transparente gasa, un tiro blanco que les arrastraba por el

suelo y un rojo chaquetón de tafetán. El cabello lo llevaban recogido en una trenza adornada con cintas blancas y sujeta con una horquilla. ¡Qué encantador era su peinado! El honor de dar el primer baño al príncipe recién nacido recayó en la dama Saishō, con la dama Dainagon a su lado como asistenta. Su indumentaria, con un delantal[54] de seda blanca que les envolvía las caderas, era sumamente atractiva y única para la feliz ocasión.

Su excelencia Michinaga, abuelo de la augusta criatura, apareció sosteniendo a esta en brazos. Delante caminaban la dama Koshōshō y Miya no Naishi, la primera de las cuales llevaba en la mano la espada y la segunda, una cabeza de tigre[55]. El chaquetón de tafetán que vestía Miya no Naishi presentaba un estampado de piñas, mientras que en los bajos de la cola estaba representado un paisaje de playa, y no el más común de alta mar. Sus caderas iban ceñidas por una faja de exquisita seda con bordados de arabescos. Por su parte, en las mismas prendas de la dama Koshōshō se distinguía un paisaje de hierbas de otoño, de mariposas y de aves bordadas con hilo argentado. Era evidente que las dos damas, debido a la restricción del uso de textiles determinada por el rango de la persona, se habían esforzado por llevar algo especial y distinto solo en la faja[56].

Mientras tanto, Yorimichi y Norimichi, los dos hijos de Su Excelencia, junto con Masamichi, capitán subalterno, empezaron a armar jaleo arrojando granos de arroz y compitiendo a ver quién hacía más ruido con el objeto de ahuyentar a los espíritus malignos. El superior del templo Jōdō-ji no dejaba de rezar a Buda por el feliz desarrollo del rito del primer baño. Pero tuvo que alzar el abanico para protegerse con él de la lluvia de arroz que le caía en los ojos y sobre su cráneo rapado, una escena que hizo que las damas más jóvenes se echaran a reír alegremente.

Debajo de la balaustrada estaba de pie el jefe de Archivos y Documentos Imperiales, doctor Hironari, el cual se puso a leer en voz alta un pasaje del primer volumen de la obra china *Las memorias históricas*. Más allá, veinte cortesanos –diez del quinto rango y los otros diez del sexto– formados en fila arrancaban

unos sonidos a las cuerdas de otros tantos arcos como medio para espantar cualquier espíritu malévolo.

A la noche se repitió el rito del baño por pura formalidad[57]. Los pasos seguidos fueron los mismos, con la excepción del lector y del libro leído. Esta vez quien leyó fue Munetoki, gobernador de Ise, sobre el texto acostumbrado de *El clásico de la piedad filial*. Según me dijeron, también Takachika leyó el capítulo sobre el emperador chino Wen de la obra *Las memorias históricas*. Estos tres lectores se turnaron en el baño recibido por el augusto niño en los siguientes siete días.

## 13

Cada vez que me ponía a observar atentamente el salón de su majestad la emperatriz en donde estaba ella vestida toda de blanco inmaculado y las damas de honor a su alrededor con sus vestidos y rostros maquillados, tenía la impresión de estar contemplando una de esas primorosas ilustraciones a tinta china en las cuales tanto destacan las largas cabelleras. Durante el día yo raramente hacía acto de presencia en dicho salón, pues me sentía incómoda y como atemorizada. Desde mi aposento en la mansión de Su Excelencia me limitaba a observar tranquilamente a las otras damas de honor cuando se encaminaban a servir desde sus cuartos del ala este hacia el edificio principal donde estábamos nosotras. Aquellas a las que su rango autorizaba a llevar ropa de telas especiales vestían chaquetones confeccionados con el mismo tejido estampado de los kimonos interiores; la indumentaria era espléndida, pero no permitía destacar la personalidad de ninguna de ellas. En cambio, las que no estaban autorizadas o las de mayor edad debían de pensar: «Bueno, no me puedo presentar en la mansión con una ropa así», por lo que se esmeraban en su atuendo; llevaban chaquetones lisos, sin ningún estampado, de elegante sobriedad y de tres a cinco kimonos interiores superpuestos. Algunas de estas incluso vestían kimonos interiores de sarga de seda fina. En los abanicos que llevaban, nada llamativos, sino de una elegancia sutil, aparecían escritos

versos de famosas poesías adecuados para cada una de ellas, quizás porque expresaban sus propios sentimientos. Probablemente los abanicos modernos les hubieran quedado mejor. No dejaban de compararlos entre ellas, por lo que parece evidente que ninguna deseaba quedar por debajo de nadie y todas rivalizaban entre sí. ¡Qué hermosamente destacaban en medio del conjunto blanco de la vestimenta de todas las damas los diseños de la cola bordados en pan de plata, la sobriedad del chaquetón, la decoración en el dobladillo de las bocamangas y el trenzado bordado en hilo argentado! Con los abanicos en sus manos yo tenía la sensación de estar contemplando una montaña nevada iluminada por una luna resplandeciente. Tanto era así que me sentí deslumbrada, incapaz de sostener la mirada, como si me hallara en una estancia de cuyas paredes colgara una colección de espejos.

## 14

La noche en que su alteza el príncipe cumplió tres días tuvo lugar la celebración del natalicio. La organizó Tadanobu, primer senescal de su majestad la emperatriz, asistido por otros cortesanos del séquito de la emperatriz. Tadanobu sirvió la comida ceremonial a Su Majestad. No pude ver con detalle ni la mesita individual de madera de aloe ni los platillos de plata en que estaba servida la comida. Minamono no Toshikata, segundo senescal, y el consejero Fujiwara no Sanenari se encargaron de ofrecer a Su Majestad fajas y mantillas para el augusto niño. Aunque todo ello, así como el forro del arca que contenía la ropa, la cobertura de cada prenda, el paño que envolvía el arca, el mantel y la misma mesita eran del mismo color blanco e iban a juego, se echaba de ver un sello de esmerada originalidad y de gusto personal en cada uno de los objetos. Supongo que fue Takamasa, gobernador de Ōmi[58], quien se había ocupado de todo. La nobleza estaba sentada en la galería oeste de la mansión, mientras que los asientos de la parte norte se reservaban para los cortesanos veteranos alineados en dos filas. La galería sur la ocupaban los *tenjōbito,*

nobles de cuarto y quinto rango, ocupando los del cuarto los asientos más próximos al oeste. Para separar la galería de los aposentos del interior, se había instalado una fila de biombos de damasco y de persianas portátiles de bambú.

## 15

La noche del quinto día siguiente al natalicio, la organización de una nueva celebración corrió a cargo de Su Excelencia en persona. Era una noche clara de luna. Bajo los árboles de la orilla del estanque que había en el jardín encendieron hogueras y los sirvientes de Su Excelencia, todos alineados, servían unos platos ligeros a base de bolitas de arroz. A su lado se movían cortesanos de los rangos inferiores charlando con la expresión grave, mientras que los funcionarios de rangos también bajos, debidamente alineados, estaban atentos al desarrollo de la festividad sosteniendo antorchas en las manos. Había tal iluminación en el jardín que cualquiera diría que estábamos a pleno día. Contagiados por esta luz, los criados de los nobles, que se hallaban reunidos en grupos al pie de las rocas o debajo de los árboles, expresaban en sus conversaciones el gozo que sentían, a pesar de su insignificante posición, por compartir la celebración del nacimiento de la luz en el mundo[59]. Todos ellos sonreían nerviosos y parecían estar pasándoselo muy bien. También los sirvientes que estaban dentro de la mansión y los cortesanos del quinto rango para abajo se saludaban con el gesto de felicidad cada vez que se encontraban aparentando estar ocupados. Era la forma de expresar el honor sentido por participar en la fiesta.

## 16

La comida de su majestad la emperatriz fue servida por ocho damas de honor vestidas completamente de blanco y con el cabello recogido con una cinta blanca. Las ocho camareras avanzaron en fila, una detrás de otra, llevando cada una, una

mesita igualmente blanca. La dama de honor responsable de la comida esa noche fue Miya no Naishi. Recuerdo que me llamó la atención, aparte del porte elegante y majestuoso de esta dama, la manera impecable en que le caía el cabello por los hombros y que llevaba sujeto por atrás con una cinta. Nunca la había visto así. Además, con su perfil asomándole sutilmente por detrás del abanico, su aspecto era radiante. Otras damas que esa noche llevaban el pelo recogido[60] eran Genshikibu, Kozaemon, Kohyōe, Tayū, Ōmuna, Komuma, Kohyōbu y Komoku. Todas era jóvenes y bellas; y el espectáculo que ofrecían, alineadas en dos filas cara a cara, resultaba tan atractivo que costaba esfuerzo apartar los ojos. Lo habitual es que el pelo lo llevaran recogido solo cuando se ocupaban de llevar las mesitas de comer a su majestad la emperatriz, pero por tratarse de una ocasión tan señalada, Su Excelencia había escogido a las más bellas. Cuando supieron que habían sido seleccionadas, se pusieron muy nerviosas y algunas se quejaron y hasta lloraron por la responsabilidad asignada.

–¡Ay, qué nervios! –exclamaban.

–¿Como podré aguantar la tensión? –se preguntaban.

Cuando me enteré de estas reacciones, no pude por menos de considerarlo de mal augurio.

Era igualmente digno de admirar el aspecto que ofrecían las treinta damas de honor alineadas al lado izquierdo del aposento de los doseles, en los dos espacios abiertos entre las tres columnas. Sobre cada una de las mesitas decorativas, llevadas ceremoniosamente por las camareras imperiales[61], había un par de pequeñas estanterías de color blanco donde estaban los platos con la comida. Además de los biombos orientados al sur, en dirección a la puerta se habían dispuesto otros biombos que marcaban la divisoria con el cuarto del baño.

La noche avanzaba y la luna surcaba un cielo diáfano y limpio de nubes.

Entre tantas camareras, cocineras, peluqueras y encargadas del mantenimiento y limpieza, observé caras que no conocía. Algunas amas de llaves iban vestidas y maquilladas con poco esmero; llevaban, por ejemplo, llamativas horquillas en un

cabello que, sin embargo, no estaba bien peinado.

Como todas estas mujeres de clase baja estaban sentadas llenando el pasillo que corría por el interior del ala este del edificio principal hasta la galería, no había espacio para nadie siendo imposible dar un solo paso.

## 17

Una vez servida la comida a su majestad la emperatriz, las damas de honor se sentaron debajo de las persianas. A la luz de las antorchas se podían distinguir con claridad los diseños de sus vestidos. Había algunos realmente preciosos. Por ejemplo, el de la dama Ōshikibu, esposa del gobernador de Michinoku[62] y mensajera de Su Excelencia, que lucía un dibujo tanto en la cola como en el chaquetón, que representaba el paisaje de los pinos del monte Oshio[63]. Otra dama, Tayū no Myōbu, no llevaba ningún estampado en el chaquetón, pero en la cola destacaba vivamente una escena de olas marinas bordada con hilo argentado. Sin ser vistosa, cautivaba la vista sin querer. Recuerdo también que Ben no Naishi vestía una cola con un estampado de una playa de tonos también plateados en la cual se veía una grulla. Era realmente original y muy ingenioso por la presencia de esta ave debajo de unas ramas de pino: un verdadero canto a la longevidad[64]. En cambio, el vestido que llevaba la dama Shōshō, con bordados de pan de plata, no estaba a la altura de los otros, por lo que no se libró de la críticas de las demás damas. Esta dama Shōshō era hermana de Sukemitsu, gobernador de Shinano, y llevaba bastantes años al servicio de Su Excelencia.

Yo deseaba tanto mostrar a todo el mundo el salón de Su Majestad esa noche que aparté el biombo que ocultaba al bonzo al que le tocaba el turno del rezo y le dije:

–Aprovechad la vista, porque Su Reverencia no tendrá más ocasiones de ver este ambiente tan maravilloso.

El bonzo dejó la imagen de Buda allí mismo y frotándose las manos en un gesto de satisfacción, comentó:

–¡Qué hermoso, pero qué hermoso!

Los cortesanos de los rangos más altos de la nobleza se levantaron de sus puestos y se dirigieron al puente donde, al lado de Su Excelencia, se pusieron a jugar a los dados con apuestas. No estaba bien que nobles de tanto fuste rivalizaran por conseguir un trofeo de papel[65]. Después se organizó un certamen poético al cual creíamos que iban a invitarnos proponiéndonos:

–Vamos, queremos que quien reciba una copa de sake componga un poema, el cual, además, deberá recitar ante todos.

Nos pusimos todas a pensar en los versos más adecuados para la situación y a decírnoslos unas a otras a modo de ensayo. Los míos fueron los siguientes:

*Que esta copa*
*bajo la luna llena*
*mil años corra*
*de mano en mano cual luz*
*preciosa que ha nacido.*

Entre nosotras comentamos que, puesto que nos hallábamos en presencia de Kintō, consejero mayor de Shijō[66], debíamos tener mucho cuidado no solo con cada palabra elegida en nuestros versos, sino también con el tono de voz en que íbamos a recitarlos. Pero al final, debido tal vez a que se hizo tarde y había más actividades, el consejero Kintō no nos ofreció ninguna copa, con lo cual quedó excusado que no presentáramos ningún poema.

Llegó la hora de repartir regalos a los invitados a la fiesta. Los nobles de más alta posición recibieron un juego completo de prendas femeninas para sus esposas, sin faltar fajas y pañales del príncipe; a los miembros veteranos del cuarto rango se los obsequió con *hakama*[67] y kimonos forrados, mientras los del quinto rango fueron agasajados con kimonos interiores y los del sexto con unas *hakama*.

La noche siguiente lucía una luna de ensueño. Como el tiempo, además, era ideal, las damas más jóvenes se aventuraron a dar un paseo en barca por el estanque que había en el jardín de la mansión. A diferencia de cuando iban vestidas con ropa de color, ahora que llevaban todas kimonos blancos iguales, ¡cómo destacaba en la noche el contraste entre sus vestidos y el negro de las cascadas de sus cabellos! Fueron Tsunefusa, consejero de la Izquierda, y Norimichi, el segundo hijo de Su Excelencia, quienes invitaron a subir a la barca a las damas que se hallaban sentadas en la terraza. Entre estas aceptaron la invitación Kodayū, Genshikibu, Miyagi no Jijū, Gosechi no Ben, Ukon, Kohyōe, Koemon, Muma, Yasurai y la dama de Ise. El encargado de conducir la barca con una pértiga fue Kanetaka, consejero de la Derecha. Las otras damas que no aceptaron la invitación se quedaron dentro mirando con una expresión en la que se adivinaba envidia. ¡Qué sugerente atmósfera creaba la silueta de las damas subidas a bordo bajo el blanco claro de luna!

Nos llegó el aviso de que había muchos carruajes en el puesto de guardia de la puerta norte de la mansión. Eso significaba que llegaban damas de honor del Palacio Imperial. Me dijeron que a la cabeza del grupo venía Tōzanmi, seguida por otras damas como Jijū, Tōshōshō, Muma, Sakon, Chikuzen, Shō y Ōmi. No las conocía bien, por lo que es posible que me haya equivocado con el nombre de alguna. Entretanto, regresaron las damas que habían salido de paseo en la barca y entraron en la casa con expresión aturdida. Su Excelencia, que parecía muy contento, salió a recibir alegremente en medio de bromas a todas las damas recién llegadas. A continuación repartió regalos también entre ellas, a cada una conforme a su rango.

## 19

La celebración del séptimo día del natalicio de Su Alteza se celebró también por la noche. Tuvo carácter oficial y fue organizada por el Palacio Imperial. Michimasa, secretario del

quinto rango y emisario imperial, hizo entrega a su majestad la emperatriz de un arca de madera de sauce dentro de la cual estaba la lista de obsequios que le enviaba su majestad el emperador. La emperatriz vio la lista y enseguida se la pasó a los miembros de su séquito. A continuación desfilaron los estudiantes de Kangakuin[68]. A su majestad la emperatriz le entregaron la relación escrita de todos los participantes, la cual también se la pasó a su séquito. Después tuvo lugar la distribución de regalos entre los recién llegados. El desfile se realizó con todo el boato que exigía la solemnidad de la celebración de esa noche y fue seguido por un gran alboroto armado por los estudiantes.

Cada vez que me asomaba entre las cortinas del dosel donde descansaba su majestad la emperatriz, tenía la impresión de ver a alguien sin esa grandeza o aspecto imponente acordes con el título de «madre del Imperio». Antes bien, me parecía estar contemplando a una persona de aspecto frágil y doliente, y con el rostro delgado y consumido. Visto así, en reposo, su cuerpo producía la impresión de mayor delicadeza que de costumbre, aunque con el mismo aspecto juvenil y bello de siempre. El farol que colgaba del dosel impedía la formación de sombras en la estancia. El cutis de Su Majestad, de una delicadeza translúcida, resplandecía más hermoso que nunca a la luz del farol mientras la mata de su cabellera sujeta en un recogido destacaba sobre el lecho aún más por su opulencia. Pero como hay cosas que sobra decir con palabras, ya no puedo escribir más al respecto.

La celebración discurrió más o menos como la del otro día. Entre los obsequios para los miembros de la nobleza alta que Su Majestad se dignó hacer llegar por debajo de la persiana detrás de la cual estaba oculta, había un juego de prendas de vestir femeninas, así como vestiditos del príncipe. Después les llegó el turno a los cargos superiores de la nobleza media, a los dos primeros secretarios y a otros, todos los cuales se acercaron a la persiana para recibir sus presentes. Los obsequios de parte de la corte, que tuvieron carácter oficial, consistieron en kimonos interiores grandes, ropa de cama y rollos de seda. A la dama Tachibana no Sanmi, que había dado

el primer pecho a Su Alteza, le entregaron un juego de prendas de vestir femeninas, incluido un chaquetón largo, dentro de un arca con guarniciones de plata que, si no recuerdo mal, iba envuelta en un paño blanco. Me dijeron que recibió otro paquete, pero no pude verlo bien.

Fue el octavo día después del natalicio de Su Alteza cuando las damas de honor pudimos cambiar nuestros vestidos blancos por otros de color.

## 20

La noche del noveno día le cupo el honor de organizar la celebración correspondiente a Fujiwara no Yorimichi, primogénito de Su Excelencia y senescal segundo de Su Alteza. En dos aparadores blancos de sendas puertas colocaron regalos y platos con comida para su majestad la emperatriz. La disposición de los mismos era absolutamente original y elegante. En la superficie del arca guarnecida de plata que contenía vestidos y telas destacaba el diseño de un paisaje marino de grandes olas con el fabuloso monte Hōrai como fondo. Era una obra de arte moderna y, al mismo tiempo, de una ejecución prodigiosa en los detalles. Lástima que me falten las palabras adecuadas para describirla con todo el pormenor que se merece.

Esa noche instalaron cortinas y mamparas cuyas superficies se hallaban estampadas con diseños de vetas de madera. Las damas iban vestidas con kimonos resplandecientes de tonalidades de rojo oscuro. Me parecieron novedosos y de una exquisita elegancia. A través de los chaquetones de gasa se transparentaba el brillo de los kimonos superpuestos que llevaban. Pude observarlas con toda claridad.

El incidente de la vergonzosa experiencia sufrida por la dama Komo tuvo lugar precisamente aquella misma noche[69].

## 21

Su majestad la emperatriz, aún convaleciente del parto, no abandonó el lecho hasta pasado el día 10 del décimo mes. Durante su convalecencia, día y noche la velábamos las damas a su servicio en los aposentos al oeste del salón del dosel ocupado por Su Majestad. Por la noche o a veces de madrugada se presentaba Su Excelencia y buscaba a su nieto, que estaba en los brazos de la nodriza que lo amamantaba. A veces esta se quedaba plácidamente dormida con el augusto niño en el pecho y se despertaba sobresaltada. Sentíamos mucha compasión al verla tan cansada.

Su Excelencia disfrutaba alzando a Su Alteza en brazos y mimándolo todo cuanto podía. ¿Había algo más natural tratándose de su nieto? En una ocasión el pequeño hizo algo irrazonable, lo cual obligó a Su Excelencia a cambiarse de ropa y a pedir a una de las damas que se la secara al calor del brasero que había detrás de la mampara.

–¿No es maravilloso? –comentó alegremente–. ¡Qué gran dicha que Su Alteza me haya mojado! No había nada que yo más deseara que tener que secarme la ropa.

## 22

Su excelencia Michinaga mostraba interés por el príncipe Nakatsukasa y, como creía que yo tenía influencia ante él, me hablaba sobre ciertos proyectos que abrigaba con el príncipe[70].

La verdad, sin embargo, es que en mi mente bullían tantos pensamientos...

Como se aproximaba la fecha de la visita de su majestad el emperador, Su Excelencia dio órdenes para que arreglaran y decoraran la mansión. Mandó que trajeran variedades raras de crisantemos y que fueran plantadas en el jardín. Entre estas había algunas que cambiaban gradualmente de color blanco a lila, otras de magníficas tonalidades amarillas, otras de maravillosas combinaciones cromáticas. Viendo el paisaje del jardín cuando se levantaba la niebla de la mañana, daba la impresión de que hasta la vejez era ahuyentada. Pero, sin saber bien por qué, mis sentimientos no armonizaban con la marcha

del mundo a mi alrededor. Si yo fuera alguien a quien afectaran las preocupaciones ordinarias de la gente, disfrutaría de las cosas elegantes y de los sucesos auspiciosos de la vida, los cuales hasta me harían sentir más joven. No me resultaría tan difícil entonces vivir en este mundo tan cambiante. La realidad era, sin embargo, que los pensamientos se habían adueñado de mi corazón, lo cual solo hacía aumentar la melancolía, el tedio y la pesadumbre. ¡Qué situación tan penosa!

De todos modos, me voy a proponer olvidar todo. ¿Qué sentido tiene pasarse la vida sufriendo? Además, ¿no nos enseña la religión que es un pecado obsesionarse con los propios pensamientos?

Cuando amanecía, me distraía de mi estado caviloso contemplando la inocencia con que se entregaban a sus juegos las aves acuáticas del estanque.

*¿Puedo mirar*
*sin pasión cómo juegan*
*las aves en el agua?*
*Yo que también ando flotando*[71]
*en mundo triste e incierto...*

¿Acaso esas aves no sufren también, por mucho que parezcan estar entretenidas y despreocupadas? ¡Con qué intensidad las comparaba conmigo!

Me llegó una carta de la dama Koshōshō. Mientras escribía la respuesta, una repentina llovizna oscureció el cielo. Pero como la mensajera tenía prisa por llevar la respuesta, me limité a escribir: «El cielo, como mi corazón, se ensombrece y se turba», y a mandarle unos versos bastante mediocres.

Cuando se hizo de noche, llegó la contestación de mi compañera en un papel teñido de color morado oscuro degradado. Contenía estos versos:

*Contemplo el cielo*
*de oscuras, densas nubes*
*vertiendo gotas*
*que, presiento, lágrimas*

*son de tu corazón.*

Sin recodar qué le había escrito antes, repuse:

*Tiempo es de lluvias*
*mas si el cielo nublado*
*yo contemplo*
*con densos pensamientos,*
*¿cómo mis mangas podrán secarse?*[72]

## 23

Llegó el día de la visita imperial. Su Excelencia se aseguró de que las barcas, que habían sido construidas especialmente para la ocasión, se hallaran convenientemente amarradas a la orilla del estanque. En la proa de todas ellas destacaban unos mascarones en forma de cabeza de dragón o del ave fabulosa Genki. Estaban talladas con tal realismo y arte que parecían animales vivos. Como se preveía que la llegada de su majestad el emperador Ichijō se produjera a la hora del Dragón[73], las damas de honor habían estado acicalándose con el maquillaje desde el amanecer y ahora estaban todas preparadas para recibir a Su Majestad. La nobleza alta ocupaba el ala oeste de la mansión, por lo que en la parte de la misma donde estábamos nosotras, el ala este, no había el ruido de otras veces. Me dijeron que la indumentaria de las damas de honor de la segunda hija de Su Excelencia había sido elegida con un gusto exquisito.

La dama Koshōshō, de vuelta de su casa antes del amanecer, y yo nos arreglamos y peinamos juntas. Aunque la recepción a Su Majestad estaba fijada para la hora del Dragón, como suele ser habitual en estas ceremonias, la visita se retrasaba, por lo que nuestros ánimos estaban un poco flojos. No nos gustaban los abanicos que nos dieron y esperábamos que nos trajeran otros. En esto que de repente llegó a nuestros oídos el redoble de los tambores anunciando el desfile previo a la visita imperial. Entonces salimos apresuradamente y de una manera no muy digna. ¡Qué mal hecho!

La música interpretada desde una de las barcas con que se saludaba la visita de Su Majestad llegado en el palanquín imperial era maravillosa. Al acercarse a los peldaños de acceso a la mansión, los portadores del palanquín se echaron a los hombros las varas del mismo y, una vez en la galería, lo depositaron en el suelo, después de lo cual se postraron. Por muy normal que resulte su oficio, no dejó de impresionarme la dureza del trabajo de esos hombres y me vino a la cabeza esta pregunta: «¿Es que hay diferencia entre ellos y yo?». También en el servicio que nosotras prestamos a su majestad la emperatriz hay obligaciones penosas. ¡Qué difícil es la vida!

## 24

A la derecha del aposento con dosel ocupado por la emperatriz dispusieron un espacio para su majestad el emperador y a la izquierda, en la galería, instalaron otro donde colocaron una silla a modo de trono. Las damas de compañía nos sentamos detrás de las persianas colgadas de norte a sur a lo largo de la galería de la izquierda, entre dos columnas. Desde la columna más al sur levantaron ligeramente las persianas para que pudieran salir dos secretarias[74] con unos peinados y un porte tan espléndidos que parecían figuras de una pintura china.

Una de ellas, Saimo no Naishi, llevaba la espada ceremonial. Vestía un chaquetón de color verde liso y una cola de tonos gradualmente más oscuros en su parte final. El chal y las cintas ornamentales eran de sarga estampada y teñidas de bandas de color naranja y blanco. Llevaba también hasta cinco kimonos superpuestos cuyos colores blancos y granates recordaban los pétalos de los crisantemos. Debajo de los kimonos, se veían los bordes de otro kimono de seda carmesí. Toda su figura, los gestos y especialmente el perfil expresaban una mezcla de majestad y frescura verdaderamente cautivadoras.

La otra, Ben no Naishi, portaba el estuche que contenía el joyel sagrado[75]. Llevaba kimonos de hilos cruzados de color rojo el vertical y morado el horizontal[76] sobre seda roja. El chaquetón y la cola eran iguales a los de Saimo no Naishi. Ben

no Naishi era una mujer de cuerpo pequeño y atractivo; no sé por qué, pero sus ademanes modestos y discretos me ponían triste. Por el abanico y el porte podría decirse que tenía mejor gusto que la otra. El chal, que ondeaba como en un sueño, era de listas de color blanco y lila. Cada vez que enderezaba la espalda, su cuerpo me recordaba al de esas jóvenes que en los tiempos antiguos descendían de los cielos[77].

Los miembros de la Guardia Imperial iban vestidos con el uniforme que la solemnidad del acto exigía y estaban vigilantes a los movimientos del palanquín en que viajaba su majestad el emperador. ¡Con qué gallardía caminaban!

Fujiwara no Kanetaka, capitán medio, recibió la sagrada espada y el joyel, y los pasó a las secretarias.

## 25

Mirando tras las persianas, pude ver a las damas de honor que gozaban del permiso de utilizar telas y colores especiales, por lo que llevaban los típicos chaquetones, pero de color verde y rojo, y colas de seda estampada. La mayoría llevaba mantos de seda color granate, menos la dama Muma no Chūjō, que vestía uno de hilos cruzados rojo y morado sobre seda carmesí. Debajo llevaban resplandecientes kimonos que hacían pensar en una elegante mezcla de hojas rojizas de variadas tonalidades. En cuanto a los kimonos interiores, cuyos bordes eran visibles, había libertad de llevarlos del color que quisiera cada una, por ejemplo: algunas vestían unos que presentaban una combinación de colores azafrán, los de la gardenia, de varios tonos; otras los llevaban de tonos blancos y granates, que son los del crisantemo, con el forro verde; otras de colores lila y verde, y otras llevaban tres kimonos superpuestos.

En cuanto a las damas sin permiso para utilizar telas especiales, las de más edad llevaban los habituales chaquetones de seda de tonos verdes y granate, en total cinco superpuestos, y todos de sarga. Las colas lucían estampados de temas marinos con tonos vivos y claros; la parte de la cola que se ceñía a los costados con cintas era de un tejido más

apretado. Los kimonos interiores superpuestos, en algunas damas tres y en otras cinco, presentaban la combinación de los colores del crisantemo, es decir, blanco y granate, sobre seda lisa, sin bordado. Por lo que se refiere a las damas más jóvenes, vestían chaquetones con cinco puños superpuestos en los que se combinaban al gusto de cada una los tonos del crisantemo, el blanco y el granate. Por ejemplo, había algunas que llevaban el blanco arriba, en medio el granate y debajo el color verde de un kimono. Otras vestían chaquetón verde. Algunas optaban por el granate claro arriba y tonos progresivamente más oscuros abajo, con una tonalidad blanca en medio. Había combinaciones realmente ingeniosas y exquisitas.

Observé también abanicos muy extraños y algunos, sinceramente, horrorosos.

En reuniones más relajadas es fácil distinguir quién no está a la altura de las circunstancias por su aspecto, pero en una ocasión como la presente todas las damas se habían esmerado tanto en el vestido y la cosmética para no quedar por debajo de nadie que la escena que se ofrecía ante mis ojos me hizo pensar en esas ilustraciones maravillosas que representan heroínas[78]. La única diferencia apreciable entre las damas que veía era por la edad y también por el cabello; así, podía distinguir las damas más mayores de las más jóvenes, y las de cabellera menos abundante de las de cabelleras opulentas. Observando bien, también era posible discernir quién era de un rango alto o bajo solo viendo la frente que asomaba por encima del abanico. ¡Qué curioso! De las que sobresalían también en esto era justo afirmar que deslumbraban por su belleza.

Ahí estaban reunidas las cinco damas de palacio a quienes se había asignado servir a su majestad la emperatriz. Eran dos secretarias, dos damas de compañía y una camarera encargada de servir la comida. Cuando llegaba la hora de comer para el emperador, las dos damas de compañía, Chikuzen y Sakyō, ambas con el pelo recogido, salían de la misma columna en donde estaban las secretarias, en el rincón. Su aparición repentina hacía pensar en la de dos divinidades descendidas del cielo en la era de los dioses. La dama Sakyō llevaba un chaquetón verde de seda lisa con mangas en las que jugaban

los matices del sauce, es decir, blancos y verdes suaves. Las cinco mangas del chaquetón de su compañera, en cambio, presentaban los colores del crisantemo con su gama de blancos y granates. En la cola de las dos damas se mostraba el estampado de un paisaje. La camarera imperial no era otra que Tachibana no Sanmi. Si no recuerdo mal, llevaba chaquetón verde y kimonos de sarga china con combinaciones en las mangas de tonos de crisantemos amarillos, es decir, amarillo, blanco y granate, a juego con el manto. Digo que no sé si lo recuerdo bien, porque ella estaba detrás de la columna y no pude verla claramente.

## 26

Su Excelencia trajo a su alteza el príncipe recién nacido en brazos y lo presentó a su majestad el emperador. Cuando este lo recibió en brazos, el augusto niño lloriqueó un poco con su vocecita. A su lado estaba la dama Ben no Saishō portando la espada ceremonial. Después condujeron al augusto niño por el pasillo de la parte central de la mansión hasta los aposentos de la esposa de Su Excelencia, es decir, hasta donde estaba su abuela, en el ala oeste. Una vez que su majestad el emperador volvió al espacio donde estaba el trono, la dama Saishō regresó adonde estábamos las damas del séquito de la emperatriz. Cuando se sentó a mi lado, musitó con las mejillas encendidas:

–¡Uf, cuánta solemnidad!... ¡Estaba tan nerviosa!

Los rasgos de su cara eran finos y bellos. Los colores de su indumentaria, que revelaban mucho gusto, le sentaban bastante mejor que a todas las demás.

## 27

A medida que avanzaba la noche, se convertía en una verdadera delicia oír la música tocada desde la barca. Delante de su majestad el emperador se alineaba la nobleza alta. Entre las piezas musicales interpretadas estaban «La danza de los

tiempos», «La danza de la paz», «La danza de la celebración» y, como interpretación final, «La gran dicha»[79]. Mientras tocaban esta última pieza, la barca con los músicos a bordo empezó a deslizarse suavemente por las aguas hasta situarse detrás del islote que había en medio del estanque. A medida que la embarcación se alejaba de nosotras, el sonido de la flauta y el redoble del tamboril se fundían armoniosamente con el ruido de la brisa juguetona entre las ramas de los pinos del fondo del jardín. El efecto era exquisito. Se mezclaba con la música el murmullo alegre del arroyo mientras en las aguas del estanque la brisa levantaba delicadas ondas.

Aunque hacía fresco, el emperador solo llevaba dos kimonos interiores, a la vista de lo cual la dama Sakyō, que sin duda debía de sentir frío, se lamentaba preocupada por Su Majestad. Sus compañeras se rieron de ella a escondidas[80]. Entonces la dama Chikuzen se puso a contar historias de antes.

–En vida de la difunta madre de su majestad el emperador, las visitas imperiales a esta mansión eran muy frecuentes. Recuerdo una vez en que...

Si alguien hubiera prestado oídos a sus historias, seguro que habría acabado contando algo siniestro e inadecuado para el aire festivo de la ocasión. Por eso, ninguna de las otras damas le hacía caso y la dejaron sola con la palabra en la boca detrás de la cortina. Sin duda que si alguna le hubiera seguido la corriente preguntándole: «¿Y qué fue lo que pasó entonces?», la dama Chikuzen no habría parado de hablar y hablar, para al final derramar lágrimas por la emoción del recuerdo[81].

Después que sonó la música en presencia de su majestad el emperador, el ambiente empezó a animarse. Fue entonces cuando se oyó un pequeño sollozo de Su Alteza.

–¡Ahí tenéis «La danza de los tiempos» acompasada de maravilla por el llanto de Su Alteza! –exclamó jocosamente Akimitsu, ministro de la Derecha.

Por su parte, Kintō, jefe de la Guardia de Palacio, junto con algunos otros gritaron a coro:

–¡Diez mil años de vida![82]

–¡Ah! –se lamentó Su Excelencia con lágrimas en los ojos y visiblemente afectado por la bebida–. ¿Cómo pude sentirme

orgulloso por anteriores visitas de Su Majestad a mi casa cuando esta de hoy supera a todas?

Era evidente que la visita imperial había honrado la mansión de su excelencia Michinaga, pero aun así, fue oportuno que manifestara su felicidad por tan excelso honor.

Después Su Excelencia se fue al ala oeste de la mansión, mientras su majestad el emperador entró en el interior del edificio y ordenó a Akimitsu que tomara el pincel y escribiera la lista de promociones que Su Majestad se iba a dignar conceder esa noche. Todos los miembros del séquito de su majestad la emperatriz y de la familia de Su Excelencia en situación elegible fueron ascendidos de rango. A continuación, creo que fue Michikata, jefe de la Secretaría y de los Archivos Imperiales, el encargado de leer en voz alta los nuevos nombramientos.

Esa jornada Su Alteza fue reconocido como nuevo heredero al trono imperial[83]. Animada por el deseo de formar parte del nuevo séquito de Su Alteza, la nobleza de los niveles superiores hizo cola, por orden de rango, para rendir pleitesía al heredero[84] y manifestar su agradecimiento a su majestad el emperador. Entre estos nobles faltaban algunos del clan Fujiwara no emparentados directamente con Su Excelencia[85]. Tadanobu, jefe de la Guardia Imperial y senescal primero de la casa de su majestad la emperatriz, iba a ser el nuevo senescal del séquito de Su Alteza, al cual asistiría en el cargo el consejero Sanenari, senescal segundo de su majestad la emperatriz. Este último fue también ascendido de rango y rindió igualmente pleitesía a su majestad el emperador.

El emperador se retiró al aposento del dosel donde lo esperaba su esposa la emperatriz. Pero no pasó mucho tiempo cuando se oyeron voces anunciando que se hacía tarde y que el palanquín imperial estaba listo, por lo que Su Majestad abandonó la compañía de su esposa y regresó a palacio.

## 28

La mañana siguiente, antes de que se levantara la niebla, llegó

un mensajero de palacio. Como estaba dormida, no pude verlo. Ese día se celebró el primer corte de pelo de Su Alteza, un acto que habían programado para después de la visita de su majestad el emperador.

También esa jornada tuvo lugar el nombramiento de todos los miembros del nuevo séquito de Su Alteza, cortesanos que habrían de dedicarse a servir al príncipe. Me sentí muy decepcionada porque no me informaron previamente de ninguno de los nuevos cargos[86].

Esos días se llevó a cabo el reacondicionamiento del mobiliario y del nuevo diseño de los aposentos que antes eran demasiado sobrios, entre ellos, el salón de la emperatriz.

En cuanto a la esposa de Su Excelencia, puesto que llevaba muchos años impaciente por el nacimiento de este nieto, ahora, al comprobar el feliz desenlace, no hacía más que presentarse muy temprano todas las mañanas para ver y mirar al príncipe[87]. Era conmovedor ver cómo disfrutaba con el pequeño.

## 29

Después de caer la noche, bajo una luna espléndida, Sanenari, segundo senescal de su majestad la emperatriz, deseaba ver a alguna de las damas de honor para a través de nosotras expresar una vez más agradecimiento a la emperatriz por haber sido ascendido. Pero cuando se dio cuenta de que el suelo donde estaba la puerta se hallaba mojado por agua del baño y no parecía que hubiera nadie dentro, al pasar por delante del aposento de Miya no Naishi, preguntó:

–¿Hay alguien ahí?

Poco después, se acercó al aposento del medio y subiendo la parte superior de la persiana que yo había dejado abierta, volvió a preguntar:

–¿Es que no hay nadie?

Yo estaba dentro, pero no respondí.

Instantes después llegó Tadanobu, primer senescal de Su Majestad. Me pareció entonces que si este preguntaba lo

mismo y yo seguía sin responder, iban a pensar que me ocultaba para darme importancia. Así que respondí secamente. Aunque ninguno de los dos se lo tomó a mal, Sanenari comentó:

–¡Vaya! Ha tenido que venir el primer senescal para que os dignéis responder.

Y en tono de broma me reprochó:

–Es lógico, pero no me parece bien que en una ocasión como esta hayáis distinguido tan claramente quién es de un rango superior y quién de uno inferior.

A continuación se puso a entonar esa canción que empieza con «La importancia que hoy tiene...»[88]. Su voz no estaba nada mal.

El resplandor de la luna aumentaba con el paso de la noche.

Los dos hombres insistieron:

–¡Vamos! Subid la persiana para poder hablar mejor.

¿No iba en contra de la dignidad de estos dos cortesanos de alto rango estar delante del cuarto de una mujer de rango bajo como yo, por muy dama de compañía de la emperatriz que fuera? Además, si se tratara de una mujer joven, a ella se la perdonaría, pues no pasaría de un flirteo inocente, pero tratándose de alguien no exactamente joven como yo, ¿iba a correr el riesgo de esta liviandad? Tras esta reflexión, decidí no subir la persiana.

## 30

La ceremonia del quincuagésimo día del natalicio de Su Alteza se fijó para el primero del undécimo mes. La atmósfera que reinaba en el salón de su majestad la emperatriz con todas sus damas de honor engalanadas para la ocasión se asemejaba a una de esas escenas de concursos que vemos pintadas en los rollos[89].

Su Majestad se sentaba a la izquierda del salón del dosel desde el cual había una división formada por mamparas superpuestas que iban desde donde estaban las persianas del fondo hasta la columna de la galería de delante. En la parte del

sur de ese espacio dispusieron las mesitas para la comida. A la derecha estaba la mesita destinada a Su Majestad, el mueble habitual hecho de madera de aloe y de origen famoso. Yo no pude verla. Las funciones de camarera recayeron en la dama Saishō. La sirvienta que a esta le traía los diversos platos llevaba el pelo recogido con una horquilla ornamental. Como camarera de Su Alteza designaron a la dama Dainagon. Una de sus mesitas fue colocada en el lado opuesto, a la izquierda. Tanto esta mesita como los platos, los cuencos, el posapalillos y una segunda mesita decorativa con la forma curva de una playa eran tan pequeños que toda la vajilla parecía de juguete, como la que se pone al lado de las muñecas. Para facilitar el paso de los platos con comida a la galería, abrieron la parte superior de las persianas que había en la galería de la izquierda. De esa manera las damas Ben no Naishi, Nakatsukasa y Kochūjō pudieron coger los platos más cómodamente y llevarlos dentro. Como yo estaba sentada al fondo, detrás de la emperatriz, no pude ver todo.

Esa noche la nodriza Shō fue autorizada a llevar telas y colores especiales, ya que tenía que sostener en brazos a Su Alteza. El semblante de la nodriza mientras cumplía este cometido y avanzaba adonde estaba Su Majestad era reposado. Cuando la emperatriz, sentada en medio del dosel, recibió al augusto niño y lo acunó saliendo del dosel de rodillas, a todas nos maravilló la escena contemplada a la luz de las antorchas. Su Majestad llevaba un chaquetón carmesí y una cola estampada con pigmentos terrosos de espléndidas tonalidades. Con el debido respeto, me atrevo a escribir que su aspecto nos conmovió a todas. Vestía, además, cinco kimonos combinados con tonos de uva, es decir, con la gama de morados y granates. Encima llevaba puesto un kimono menos formal de color rojo oscuro. Su Excelencia asumió la función de ofrecer los pastelillos rituales de arroz a Su Alteza.

## 31

Los asientos de la nobleza alta estaban situados en el lado

oeste del ala este de la mansión. Después vinieron los dos ministros que faltaban[90], los cuales pasaron a la galería con los nobles y empezaron a beber y a hablar dando voces.

Desde los aposentos privados de Su Excelencia venían sirvientes con cajas de madera y cestas que fueron colocando a lo largo de la terraza. Debido a que la iluminación del jardín no parecía suficiente, el capitán del cuarto rango Masamichi y otros recibieron órdenes de sostener antorchas para que los invitados pudieran ver bien las cajas. De cualquier modo, como tenían que llevarlas a la cocina del Palacio Imperial y el día siguiente su majestad el emperador cumplía jornada de abstinencia[91], no tardaron en retirarlas y llevárselas a toda prisa esa misma noche.

Tadanobu, primer senescal de la emperatriz, se acercó a las persianas detrás de las cuales se ocultaba su majestad la emperatriz para informar:

–Majestad, los nobles ya están aquí. ¿Podemos invitarlos a que pasen al salón?

–Su Majestad está de acuerdo –fue la respuesta que le dio la dama encargada de transmitir la petición de Tadanobu.

Entonces Su Excelencia y los nobles se dirigieron al salón de la emperatriz. Todos se sentaron en el orden correspondiente a sus respectivos rangos desde el lado izquierdo de la escalera principal hasta la parte delantera de la puerta lateral de la izquierda. Las damas de honor, por su parte, se sentaron en filas dobles y triples frente a ellos, pero separadas por persianas que las damas que estaban más cerca se encargaron de subir hasta arriba para que no nos vieran.

## 32

Fue entonces cuando Akimitsu, ministro de la Derecha, que ya estaba algo ebrio, se acercó adonde estaban las damas Dainagon, Saishō, Koshōshō y Miya no Naishi, y arrancó la costura de la cortina. «¿No está ya un poco mayor para hacer eso?», fue el comentario que inconscientemente salió de los labios de cuantas observamos esta descortesía. Además, el

ministro quitó el abanico a una de las damas y se puso a decir bromas de mal gusto. En ese momento llegó Tadanobu, primer senescal de Su Majestad, el cual, con una copa en la mano, se puso a cantar «El monte Mino»[92] de forma bastante aceptable, aunque se notaba que no era profesional.

Al lado de la columna izquierda del espacio contiguo de la galería donde estábamos nosotras, otro noble, Sanesuke, capitán de la Derecha, se acercó a una de las damas y empezó a contar los kimonos superpuestos que asomaban en su manga y en los bajos. ¡Qué conducta tan extraña! Confiada en que estaría demasiado borracho para reconocerme, me atreví a dirigirle unas palabras intrascendentes, medio en broma. Era un hombre distinguido y supo responderme con más estilo e ingenio del que emplean estos galanteadores jóvenes de ahora. Aunque estaba nervioso porque iban a pasarle la copa, lo cual significaba que tendría que cantar o recitar una poesía en público, la verdad es que cuando le llegó el turno, no lo hizo mal. Cantó la típica canción de felicitación que empieza con «Una vida de mil años».

Por su parte, Kintō, comandante de la Izquierda[93], se asomó también dentro de la cortina y preguntó:

–¿No estará por aquí la joven Murasaki[94]?

–No habiendo por aquí nadie parecido al príncipe Genji, ¿por qué tendría que estar Murasaki? –fue la réplica que le dieron y a la que no supo qué contestar.

–¡Sanenari! –gritó Su Excelencia–, ¡tomad vuestra copa!

Sanenari se puso de pie y, como su padre Kinsue, ministro del Interior, estaba también presente, salió por el otro extremo de la sala para evitar pasar por delante de su padre. Al reparar en esto, Kinsue, también bajo los efectos del sake, se echó a llorar de la emoción.

Mientras, Takaie, consejero del Centro, se acercó a la columna de la esquina y, tirando de la manga a la dama Hyōbu, no dejaba de decirle bromas de pésimo gusto. Pero Su Excelencia no dijo nada.

Temiendo que la francachela de esa noche pudiera acabar mal, hablé con la dama Saishō y decidimos retirarnos una vez que hubieran terminado los brindis formales. Estábamos a punto de irnos cuando oímos como los dos hijos de Su Excelencia acompañados de su primo Kanetada, consejero de la Derecha, empezaron a armar mucha bulla en la galería de la izquierda. Corrimos a escondernos detrás de las cortinas del dosel de su majestad la emperatriz. Pero Su Excelencia corrió la cortina, vino detrás de nosotras, nos detuvo, y nos obligó a volver y sentarnos.

–Solamente os perdono si cada una nos recita un poema –dijo.

Me quedé sorprendida un momento sin saber qué hacer, pero reaccioné y le respondí con los siguientes versos:

*Cincuenta días*
*ha cumplido Su Alteza.*
*¿Contar podré*
*los más de ocho mil años*
*que durará su reinado?*

–¡Espléndido, espléndido! –me felicitó y recitó mis versos un par de veces. Después improvisó estos otros:

*Si tantos años*
*como la grulla alcanzo,*
*contar me basta*
*solamente los mil años*
*en que reine Su Alteza.*

## 34

Me impresionó que, a pesar de su estado de embriaguez, Su Excelencia hubiera compuesto un poema tal. Probablemente gran parte del mérito lo tuvo la inspiración por la desbordante alegría que le había causado un nacimiento tan largamente anhelado como el de Su Alteza. Es indudable que un príncipe nacido con el apoyo y la guía de Su Excelencia gozará de un

felicísimo reinado. Hasta yo, que no soy nadie, puedo imaginar que a Su Alteza lo espera un futuro más glorioso que el que puede caber en más de mil reinados.

–¿No ha oído Su Majestad –preguntó Su Excelencia dirigiéndose a su hija– el magnífico poema que acabo de recitar?

Después, en tono de broma y orgulloso de sí mismo, añadió:

–Ni yo soy un mal padre para Su Majestad, ni Su Majestad es mala hija para mí. ¡Ah, mirad, Majestad, cómo sonríe vuestra madre! Sonríe de pura felicidad. O a lo mejor es porque tiene tan buen marido...

Seguro que hablaba así bajo los efectos de la bebida. Yo estaba inquieta por que hubiera bebido más de la cuenta. Su majestad la emperatriz, en cambio, lo escuchaba con expresión risueña creyendo que su padre no había bebido tanto. Sin embargo, la esposa de Su Excelencia, tal vez juzgando insoportable lo que había oído, decidió retirarse.

–Si no la acompaño, después me lo echará en cara –dijo Su Excelencia siguiendo apresuradamente los pasos de su esposa por las cortinas del dosel.

Y mientras salía, murmuraba dirigiéndose a su hija:

–Ya veis, Majestad, qué descortés soy. Pero donde hay un padre así, tiene que haber una hija respetable.

Las damas que estábamos por allí no pudimos evitar reírnos oyéndolo hablar así.

## 35

Se acercaba la fecha en que su majestad la emperatriz tenía que volver al Palacio Imperial. A su alrededor las damas estábamos sin un momento de respiro en medio de tantas celebraciones y preparativos. En esto, Su Majestad manifestó el deseo de ocuparse de la encuadernación de los libros[95]. En cuanto amaneció, me presenté en el salón de Su Majestad y me puse a su lado para ayudarla. Elegimos papel de diversos colores y escribí cartas de petición destinadas a varios copistas, adjuntando copias del original de la historia[96]. Pasábamos el

día y la noche ocupadas encuadernando y clasificando todo. Al ver cómo nos afanábamos en la tarea, Su Excelencia dijo:

–¿Pero qué mujer en el mundo con un hijo tan pequeño se entrega a este trabajo en la época más fría del año?

Pese a lo cual, se molestó amablemente en hacernos llegar papel de buena calidad, pinceles y tinta. Hasta nos trajo en persona una escribanía. Cuando vio que Su Majestad tenía intención de regalármela, Su Excelencia me dijo:

–Es un artículo demasiado bueno para ti. –Y me reprendió en broma–: ¡Hay que ver! Tú a la chita callando consigues todo lo que te propones, ¿eh?

Pese a sus palabras, me hizo un nuevo regalo de tinta con su soporte y pinceles.

En mi cuarto yo tenía escondidos los borradores de mi historia que una criada me había traído de casa. Pero aprovechando una ocasión en que me hallaba sirviendo en el salón de Su Majestad, Su Excelencia entró en mi cuarto, registró por todas partes y se llevó los borradores que entregó a Kenshi, su hija segunda. Lamenté mucho que ya no podría mejorar la versión y que mi reputación como escritora iba a quedar en entredicho si se difundían esos borradores.

Por aquellos días Su Alteza empezó a balbucear sus primeras palabras. Era natural, por otro lado, que Su Majestad el emperador estuviera impaciente por ver a su hijo.

## 36

Al fijarme en cómo día a día aumentaba el número de aves acuáticas en el estanque del jardín, pensaba: «¡Qué hermoso sería ver todo esto nevado antes de que volvamos a palacio!». Nevó dos días después, pero, ay, para mi desgracia fue justo durante mi ausencia, mientras pasaba unos días de permiso en mi casa. ¡Qué contrariada me sentí viendo los árboles nevados y sin gracia del pobre jardín de mi casa!

Recordaba aquellos años, antes de entrar a servir en la corte, cuando pasaba día y noche sumida en melancólicas reflexiones. Me anunciaban el cambio de las estaciones el color

de las flores o el canto de las aves. Sí, solo cuando contemplaba el paisaje dibujado en el cielo o la luna o la escarcha o la nieve, sabía que llegaba esta o la otra temporada. Las cavilaciones a que me llevaba esa contemplación se reducían a lo mismo: ¿qué iba a ser de mí? La inseguridad sobre mi futuro señoreaba mi mente.

Aliviaba mi melancolía escribiendo una historia insignificante[97] acerca de la cual intercambiaba cartas con personas de gustos afines a los míos. Con las que había más distancia me comunicaba por medio de intermediarios. Las relaciones que mantenía con todas ellas variaban según el rango y la condición de cada persona, pero gracias a este intercambio hallaba un gran consuelo en medio del tedio que me rodeaba. Entonces no me consideraba con cualidades para vivir en sociedad, aunque, bien es cierto, por otro lado, que me libré de situaciones que me causaban vergüenza o dolor. Sin embargo, ahora no me queda esa ventaja, pues, para desdicha mía, ya he conocido ambas clases de situaciones.

## 37

Probé a retomar esa historia, pero no me parecía tan interesante como antes y me sentí decepcionada. Supongo que las personas que compartían mis emociones y con las cuales solía conversar ahora me tendrán en menos pensando que soy vanidosa y superficial. Esta suposición me resulta tan vergonzosa que me quita todas las ganas de volver a comunicarme con ellas. En cuanto a las personas que yo consideraba distinguidas, sin duda creerán que soy una vulgar dama de compañía que recibiría sus cartas con escaso respeto debido a la falta de intimidad que reina entre nosotras. Por mi parte, no puedo dejar de pensar que serán incapaces de entender bien lo que realmente hay dentro de mi corazón. La consecuencia natural fue que hemos perdido interés unos en otros y, aunque no puedo decir que hayamos roto la amistad, el intercambio de cartas con muchos conocidos ha cesado de manera natural. Además, con este ir y venir de una casa a

otra[98], está la circunstancia de mi falta de estabilidad en una residencia, lo cual redunda en que nadie venga a visitarme. Todo esto contribuye a que me sienta siempre extraña no importa dónde esté. ¡Qué sensación de desamparo!

Aunque reconozco que se trata de un sentimiento voluble, admito que sí que echo un poco de menos a mis compañeras en la corte: esas otras damas con las que había pasado tantas horas conversando y que sé que se acordaban de mí. Eran compañeras de trato tranquilo, confidentes en muchos temas y con las cuales de momento me llevaba bien. En especial, extrañaba a la dama Dainagon, con quien todas las noches hablaba, recostadas las dos al lado del salón de su majestad la emperatriz. ¿Quería esto decir que después de todo había conseguido adaptarme a la vida en la corte?

Esta fue la poesía que le envié a la dama Dainagon:

*No es inferior*
*al frío de la escarcha*
*que al pato cubre,*
*el frío de esta casa*
*en la que tú no estás.*

He aquí la respuesta que ella me envió:

*Al despertarme*
*sin a mi lado verte,*
*te extraño tanto*
*como un pato a su pareja*
*con quien siempre ha vivido.*

Cuando me di cuenta tanto de la calidad de estos versos como de la belleza con que estaban escritos, valoré más los altos méritos de esta dama.

Recibía también cartas de otras compañeras. «Su Majestad ha visto la nieve y ha lamentado que no estuvieras a su lado precisamente en ese momento», me decían en ellas. Me llegó, además, una carta de la esposa de Su Excelencia en la cual escribía: «Está claro que me mentías cuando me dijiste que tenías que volver apresuradamente a tu casa y que solo

pasarías en ella unos pocos días. Supongo que estás alargando tu estancia solo porque yo te quise retener». Aunque seguramente me lo decía en broma, por respeto a ella y ya que se había molestado en escribirme, decidí volver de inmediato a la mansión de Su Excelencia.

## 38

Su majestad la emperatriz regresó al Palacio Imperial el día 17 del undécimo mes lunar[99]. Fuimos advertidas de estar preparadas para el regreso a la hora del Perro[100], pero la noche avanzaba. Más de treinta damas nos ordenamos en fila con el cabello bien arreglado como requería la solemnidad del acto. Debido a la penumbra resultaba difícil que distinguieran nuestras caras. Separadas de nosotras, sentadas en la galería sur, por la puerta lateral que daba al sur, había otras diez damas que esperaban a la izquierda de los aposentos principales de la galería de la izquierda.

Su Majestad ocupó el palanquín imperial al lado de su mensajera personal, Miya no Senji. Lo seguía un carruaje decorado con hilos de colores en donde iban la esposa de Su Excelencia y la nodriza Shō, que llevaba a su alteza el niño. En el carruaje siguiente, de adornos dorados, montaban las damas Dainagon y Saishō. Detrás marchaba otro carruaje con las damas Koshōshō y Miya no Naishi. Yo iba en el carruaje siguiente acompañada de la dama Muma no Chūjō, la cual mantuvo todo el tiempo la expresión contrariada sin duda por tener que llevar como compañera de viaje a alguien que no deseaba. No podía entender por qué esta dama se había molestado por un asunto tan trivial como tener que compartir un rato el carruaje conmigo. ¡Qué desagradable y ridícula situación! Después de nuestro carruaje venía otro con las damas Jijū y Ben no Naishi. A estas las seguía otro carruaje con las damas Saemon no Naishi y Shikibu, mensajeras de Su Excelencia. La comitiva, que hasta aquí había respetado la disposición según el rango de cada una de nosotras, continuaba sin orden, de manera que cada una subía a los carruajes a su

gusto y voluntad.

Cuando llegamos al recinto del palacio, la luna iluminaba un cielo perfectamente despejado con tal claridad que yo caminaba con vergüenza. También la dama Muma no Chūjō, a quien pedí que caminara delante de mí, movía los pies con pasos inseguros, sin saber bien dónde ir. ¡Qué apuro sentí al imaginarme en lo que podría pensar la gente al verme de espaldas!

## 39

Cuando me disponía a acostarme en la habitación tercera por el final, tan pequeña como todas, se presentó la dama Koshōshō. Nos quejamos de las condiciones de vida que debía soportar una dama de honor y nos cambiamos de ropa: nos quitamos los kimonos exteriores muy arrugados por el viaje y nos pusimos ropa forrada más cómoda. Luego añadimos carbones al pebetero[101] y comentamos el aspecto tan impresentable que debíamos de ofrecer tiritando de frío. Fue entonces cuando se acercaron a saludarnos Sanenari, senescal tercero de Su Majestad, Tsunefusa, consejero de la Izquierda, y Kinnobu, capitán medio. La verdad es que fue una visita inoportuna, pues deseaba pasar sola el resto de la noche, pero debió de haber corrido la noticia de mi llegada a palacio.

–Volveremos mañana por la mañana temprano. Esta noche hace un frío insoportable... ¡Estamos helados! –dijeron con toda naturalidad y se retiraron de nuestros aposentos.

Mientras seguía con la mirada cómo cada uno se encaminaba apresuradamente a sus residencias respectivas, se me ocurrió pensar qué clase de mujer, ocupada en mantener su hogar, estaría esperándolos en sus casas. No es que pretendiera comparar mi situación con la de ellas. Simplemente pensaba, en general, en la vida matrimonial y en particular, en el caso de la dama Koshōshō, una mujer elegante y con mucha clase, la cual atravesaba por unos momentos dolorosos en su relación sentimental. A pesar de su buen carácter, el destino la estaba tratando mal, sobre todo después del retiro de su padre.

## 40

La mañana siguiente su majestad la emperatriz estuvo viendo tranquilamente los regalos recibidos la noche anterior. Los accesorios que había en el cofre de los peines eran tan indescriptiblemente hermosos que una podía quedarse admirándolos para siempre. Además, había un par de cajas en una de las cuales se encontraban unos libros encuadernados en papel blanco estampado. No eran otros que el *Kokinsh*ū, el *Gosensh*ū y el *Sh*ū*ish*ū, cada uno en cinco volúmenes[102] y caligrafiados por Fujiwara no Yukinari, consejero medio y primer secretario imperial, y por el bonzo Enkan. Cada uno de los cinco volúmenes abarcaba las cuatro secciones de la obra original respectiva. Sus cubiertas se hallaban revestidas de exquisita seda y los cordones del mismo material estaban trenzados al estilo chino. Todos estos libros iban colocados en el anaquel superior de la caja interior, mientras que en el anaquel de abajo se veían antologías de poetas antiguos y modernos, entre ellos, Yoshinobu y Motosuke[103]. Aunque los copiados por Enkan y Yukinari pertenecían a obras monumentales, también estos otros poseen su valor siendo más adecuados para el uso diario. Fruto del arte de calígrafos desconocidos, presentaban un diseño moderno y variado.

## 41

El día 20 llegaron a palacio las bailarinas del festival Gosechi[104]. Su majestad la emperatriz donó a Sanenari, consejero imperial, una vestimenta para una de las bailarinas[105] y a Kanetaka, las guirnaldas que había pedido para el cabello de las mismas. También hizo entrega a los dos nobles de un par de arcas con incienso y ramitas artificiales de ciruelo en flor para estimular la competencia entre ellos.

Oí decir que ese año, por haber estado ensayando durante más tiempo, las bailarinas estaban más tensas que en otras ocasiones en que preparaban la danza en poco tiempo. La sucesión de antorchas dispuestas todo a lo largo de la valla de

madera[106] enfrente de donde se sentaba su majestad la emperatriz iluminaba todo con tanta claridad que cualquiera diría que estábamos en pleno día. ¡Qué luz tan indiscreta! Al fijarme en la actitud de las bailarinas que se mostraron bajo tal claridad, no pude por menos de admirar la calma con que avanzaban. Pero no fueron las únicas en sufrir la embestida de tanta luz. También nosotras, aunque a diferencia de ellas no estábamos sentadas cara a cara frente a los nobles y nos hallábamos protegidas por las cortinas, éramos observadas por ojos indiscretos casi con igual atención que ellas. Solo de pensar en cómo me sentía, me tiembla todo el cuerpo.

Las jóvenes acompañantes de la bailarina del equipo de Naritō[107], del quinto rango, llevaban chaquetones de brocado que hubieran refulgido con un brillo muy atractivo hasta en la noche más tenebrosa. Como llevaban muchas prendas superpuestas, sus movimientos eran lentos. Los altos cargos de los *tenjōbito,* la nobleza media, trataban de ayudar especialmente a las de este grupo.

También su majestad el emperador hizo acto de presencia y miraba el espectáculo desde el salón de la emperatriz. Como también andaba por allí, exactamente medio oculto al norte de la puerta corredera, ninguna de nosotras era capaz de relajarse. Todas estábamos cohibidas.

Las acompañantes de la danzarina de Nakakiyo[108] tenían todas la misma altura, y danzaban con una elegancia y un refinamiento en nada inferiores a los de sus rivales. En cuanto a las del equipo del consejero Kanataka, desplegaron una perfecta coreografía, aunque los espectadores no pudieron evitar una sonrisa al observar el aspecto algo rústico de dos jóvenes sirvientas de la limpieza que también formaban parte del grupo. Finalmente, el conjunto del consejero imperial Sanenari, que igualmente constaba de diez acompañantes, destacó por la modernidad y originalidad de su interpretación. Habían bajado las persianas de la galería dejándose ver los bajos de las vestimentas cuyo brillo multicolor resplandecía a la luz de las antorchas. Un derroche de color mucho más atractivo que el vestido de las que se mostraban orgullosas por ir mejor ataviadas que nadie.

# 42

Por la mañana del día del Tigre[109], los cargos más altos de la nobleza media acudieron a rendir homenaje a su majestad la emperatriz. Aunque pasaba por ser una formalidad rutinaria, a las damas de honor más jóvenes, tal vez porque habían estado varios meses lejos de palacio, les pareció una ceremonia de gran boato y novedad. Y eso a pesar de que todavía no habían visto los vestidos ceremoniales teñidos.

La noche de ese día su majestad la emperatriz convocó a Naritō, senescal segundo de Su Alteza, y le entregó una masa de mezcla de inciensos contenida en una caja grande. El mismo obsequio, me dijeron, que recibió Nakakiyo, gobernador de Owari[110], de manos de la esposa de Su Excelencia.

Oí decir también que esa misma noche tuvo lugar el ensayo de las danzas de Gosechi en el salón de su majestad el emperador y que fue presenciado por la emperatriz. Como esta llevó consigo a Su Alteza, las acompañantes se pusieron a arrojar granos de arroz y a lanzar exclamaciones para ahuyentar los malos espíritus. El acto produjo en todos una impresión diferente a la de otros años.

Yo me sentía un poco triste y preferí permanecer en la sala de la emperatriz, que se había quedada vacía. «Descansaré un rato y, según cómo me sienta, me acercaré o no al salón de su majestad el emperador». Fue lo que me dije prometiéndomelas felices, pero enseguida se presentaron dos damas de honor jóvenes, Kohyōe y Kohyōbu, que se sentaron al lado del brasero y comentaron:

–Apenas había espacio y no podíamos ver casi nada de la danza.

En ese momento llegó Su Excelencia que, al vernos allí, nos dijo:

–¿Cómo es posible que estéis aquí sentadas? ¡Vamos todos juntos!

No me quedó más remedio, por tanto, que ir de mala gana al salón de su majestad el emperador.

Me puse a mirar a las bailarinas. Me daban lástima por lo que debían de estar sufriendo las pobres a causa de los nervios.

Entonces la hija de Nakakiyo se puso de repente mala y tuvo que retirarse. Era tan irreal..., como un sueño. Finalmente acabó la actuación y su majestad la emperatriz abandonó el salón.

Una vez terminada la representación, los jóvenes de la nobleza pudieron hablar a sus anchas de todo lo que les había llamado la atención. Pero sus comentarios se limitaron a la decoración de las antesalas y eran de este estilo:

–¿Os habéis fijado en que hasta los bordes de las persianas y las telas de arriba eran diferentes unas de otras? Se podía distinguir a las mujeres que estaban dentro por el peinado que llevaban y por la forma de sentarse, ¿verdad? ¡Vaya variedad!

Estos comentarios me parecieron de lo más superficial e insensible[111].

## 43

Si todos los años es normal que las jóvenes acompañantes de las bailarinas del festival Gosechi se pongan muy nerviosas al ser recibidas en audiencia por su majestad el emperador, imagino que ese año debían de estar todavía más tensas. Yo deseaba verlas y esperaba con impaciencia el día de la audiencia. Cuando vi como salían todas en fila y tan jovencitas, no pude evitar emocionarme y sufrir por ellas, y eso a pesar de no tener relación especial o de parentesco con ninguna.

Quizás debido a que todas estas jóvenes habían sido escogidas con todo cuidado y entrenadas con mucho esmero para la ocasión, me resultaba difícil señalar a una que me gustara especialmente o que destacara a mis ojos. Tal vez alguien con más conocimiento que yo de las modas que se llevan ahora pudiera apreciar diferencias entre ellas. A mí lo que más me preocupaba era verlas así, expuestas a plena luz del día[112], una luz intensa de la que no podían protegerse de ninguna manera. No llevaban ni siquiera un abanico con el cual hubieran podido ocultar sus caras de las miradas devoradoras de la multitud de espectadores entre los que no

faltaban jóvenes de la nobleza. Aunque me hacía cargo de que se habían preparado para ello, no podía dejar de inquietarme por los nervios que debían de sentir y por la tensión de la rivalidad que sin duda había entre ellas. A lo mejor es que soy una mujer anticuada y obsesiva...

Me llamó la atención el espléndido chaquetón de color gris verdoso que llevaba una niña que había seleccionado Naritō, el gobernador de Tanba. Pero después mi mirada fue atraída por la envidiable combinación entre el color gris rojizo del chaquetón de la hija del consejero Sanenari y los tonos de verde pálido de las que llevaban sus acompañantes. ¡Qué refinamiento! El rostro de la hija, sin embargo, no me pareció tan atractivo. En cuanto a la hija de Kanetaka, ministro de la Derecha, era esbelta y con un pelo bonito, pero el público criticó cierto descaro que había en su forma de actuar y que la hacía moverse como si fuera una bailarina consumada.

La bailarina y sus acompañantes vestían un kimono interior granate oscuro, pero los kimonos exteriores presentaban colores distintos. Tres llevaban mantos con mangas de cinco kimonos superpuestos de variados colores, mientras que solamente el de la hija de Nakakiyo, gobernador de Owari, era liso y de color lila, lo cual lo hacía destacar con elegante sobriedad. Además, el tono y el lustre del tejido eran sobresalientes.

Recuerdo que entre las acompañantes había una joven de rostro sumamente atractivo, pero cuando los secretarios del sexto rango se acercaron para retirarle el abanico, de modo que el emperador pudiera verle bien la cara, la joven les arrojó el abanico. No me pareció un gesto muy femenino, la verdad, aunque demostró estar muy atenta a los movimientos.

En fin, no quiero ni pensar el espantoso apuro que habríamos pasado las damas de honor si hubiéramos tenido que actuar así, a la vista de todo el mundo. ¡Qué horror! ¿Acaso imaginaba entonces que yo iba a tener la desenvoltura ante la gente que tengo ahora? ¡Ay, no hay nada en el mundo que cambie tanto y tan rápidamente como el corazón humano! Quién sabe si a partir de ahora me habré adaptado tan perfectamente a la vida de la corte que me vuelva una

desvergonzada a quien nada le importa mostrar la cara en público.

Entonces acudió a mi mente, como una pesadilla, el futuro que me esperaba, y me dio tal espanto solo pensar en lo que podría convertirme que dejé de prestar atención al espectáculo que se desplegaba ante mis ojos.

## 44

Las antesalas ocupadas por el grupo del consejero imperial Sanenari estaban enfrente de los aposentos de su majestad la emperatriz. Debido a esta proximidad, por encima de la valla del jardín podíamos ver los famosos bordes de las persianas y también oír algo de lo que decían.

–Parece que la dama Sakyō estaba muy a gusto al servicio de la emperatriz consorte de Su Majestad[113] –comentaba Kanetaka, consejero de la Derecha, dando así a entender que conocía a esta dama.

Minamoto no Masamichi, capitán menor, le respondió:

–Sí, entre las damas que se ocupaban del peinado de la emperatriz consorte destacaba esta dama Sakyō.

Esta información entreoída a escondidas causó revuelo entre las damas de honor de Su Majestad.

–¡Qué interesante! –susurraron a coro–. ¡Sin saberlo, tenemos aquí a alguien que ha servido en el séquito de otra emperatriz. ¡Vaya distinción! Seguro que no quiere que nadie lo sepa. Pero, venga, vamos a descubrirla...

Entre los numerosos abanicos que había en el salón de su majestad la emperatriz, sus damas escogieron uno con un dibujo que representaba el monte Hōrai. Yo no estaba muy segura de que la dama Sakyō fuera a comprender la alusión del regalo[114]. Sobre la tapadera de una caja colocaron el abanico abierto, dispusieron alrededor el adorno para el pelo de una de las bailarinas al lado de un peine curvo, de esos usados por las jovencitas, en cuyos dos extremos ataron una tira de papel blanco del que se emplea para advertir cuándo es día de abstinencia.

–Como es una persona que no hace tanto que dejó atrás la juventud, ¿no os parece que el peine curvo es una indirecta demasiado poco clara? –preguntó uno de los nobles jóvenes.

Ante esta observación, decidieron arquear todavía más el peine, juntando casi sus dos extremos y dándole un aspecto espantosamente moderno[115]. Además, colocaron un rollito de incienso al que cortaron las dos puntas descuidadamente y lo envolvieron en papel blanco como si fuera una carta. Sobre el papel pedimos a la dama Tayū que escribiera el siguiente poema:

*Sobresaliendo*
*entre todas las damas*
*que hubo en el baile,*
*emocionadas vimos*
*el peinado que llevabais.*

Su majestad la emperatriz, ignorante de la broma, comentó al observar el regalo:

–Si vais a regalar algo, que sea más elegante. ¿Por qué no incluir más abanicos?

–Entonces, señora, sería un regalo demasiado ostentoso. Si fuera un obsequio de Su Majestad, la elegancia sería adecuada. Pero no se trata más que de un simple regalito que le hacemos nosotras...

Metimos todo en una caja y se la dimos a una sirvienta, que sabíamos que nadie del séquito del emperador conocería, con la orden de que la llevara al aposento de la dama Sakyō. La sirvienta entregó el regalo anunciando en voz alta:

–Es un obsequio de la emperatriz consorte para la dama Sakyō. La carta viene de la dama Chūnagon.

Pensando que podrían interrogarla y meterse en un apuro si se quedaba allí, la sirvienta regresó corriendo. Pero tuvo tiempo de oír a sus espaldas una voz femenina:

–¿De dónde ha venido esa mensajera?

Alguien contestó:

–Parece que del séquito de la emperatriz consorte.

## 45

Acabadas las danzas del festival Gosechi, los días siguientes no ocurrió nada digno de ser reseñado y el ambiente en palacio de repente se volvió aburrido. Tal vez por eso nos animó la noticia de los ensayos para la celebración de la noche de la Serpiente[116]. En cambio supongo que los jóvenes de la nobleza media debían de sentir un aburrimiento soberano ahora que había terminado el festival Gosechi.

Una vez que su majestad la emperatriz estuvo de vuelta en palacio, los jóvenes Takamatsu[117] recibieron autorización para visitar los aposentos de las damas, y para entrar y salir cuando quisieran, lo cual causaba en el personal femenino no poca molestia y pudor. Yo, con el pretexto de que no era tan joven, me recluí en mi aposento. Estos jóvenes, que evidentemente no echaban de menos el festival Gosechi, se pegaban como lapas a los bajos de los tiros y de los chaquetones de las damas Yasurai y Kohyōe, que eran las más jóvenes, parloteaban como pájaros y no dejaban de tontear.

## 46

Como representante de su majestad el emperador para el festival de Kamo[118] nombraron a Norimichi, segundo hijo de Su Excelencia, que a la sazón tenía trece años. Como iba a ser jornada de abstinencia para su majestad el emperador, por lo cual ese día no se podía entrar en palacio, Su Excelencia llegó la noche anterior. Igualmente se alojaron en palacio los miembros de la nobleza alta y los nobles jóvenes que actuarían en el baile. La víspera del festival el ambiente en palacio era de gran animación y el ruido llegaba hasta los pequeños aposentos donde dormíamos nosotras.

La mañana siguiente se presentó un servidor de Kinsue[119], ministro del Centro, para hacer entrega de un regalo a nuestro séquito; el regalo lo recibió un servidor de nuestro entorno. Parte del regalo consistía en un estuche de plata sobre la tapadera de la caja enviada por nosotros el otro día como una

broma a la dama Sakyō. El estuche, de los usados para guardar libros, contenía un espejo de aloe y una horquilla de plata, objetos aparentemente indicados para que se peinara el hijo de Su Excelencia. En la tapa había unas letras en caligrafía en trazos cursivos las cuales parecían haberse escrito como respuesta a la poesía sobre el peinado enviada por nosotras a la dama Sakyō. Pero faltaban dos letras, por lo que el sentido del mensaje quedaba incompleto, pareciéndome todo bastante extraño. Más tarde me enteré de que Kinsue, ministro del Centro, había creído que el regalo enviado por nosotras procedía de su majestad la emperatriz, por lo que había juzgado necesario corresponder con un obsequio formal. Sentí de verdad que lo que había sido una broma inocente por nuestra parte hubiese sido tomado tan en serio.

La esposa de Su Excelencia se presentó también en palacio a fin de ver la ceremonia. Su hijo Norimichi, representante imperial, parecía una persona mayor que llevaba gravemente en la cabeza una corona con flores de glicinia. Su nodriza, la dama Kura, lloraba de emoción, incapaz de apartar los ojos de la figura del joven y totalmente ajena al espectáculo que ofrecían los bailarines.

Debido a la abstinencia que ese día regía en palacio, el representante imperial y su comitiva regresaron del santuario hacia la hora del Buey de la madrugada siguiente[120]. En consecuencia, las danzas, interpretaciones musicales y otras celebraciones ceremoniales que debían tener lugar a la llegada a palacio del representante imperial, fueron realizadas sumariamente y por pura fórmula. Por cierto, que Kanetoki, uno de los bailarines que el año anterior nos había deleitado con una interpretación espléndida, este año bailó con movimientos algo lentos e inseguros. Aunque no lo conozco en persona, me dio lástima ver cómo han pasado los años para él, algo que me hizo reflexionar sobre mí misma.

## 47

Después de haber pasado una temporada en mi casa, regresé a

palacio el 29 del duodécimo mes del año[121]. Ahora que lo pienso, fue el mismo día en que vine a servir a la corte por primera vez. En aquella ocasión estaba tan perdida en palacio que parecía moverme en un sueño. Pero ahora que me encuentro totalmente adaptada, debo admitir que no me gusta nada este género de vida.

Era muy tarde por la noche y, puesto que su majestad la emperatriz se hallaba recluida por razones de abstinencia, no pude entrar en su salón para saludarla. Me acosté en mi aposento desde donde oía hablar animadamente a las otras damas en el cuarto contiguo.

–¡Hay que ver qué diferente es la vida aquí en palacio! Si estuviéramos en nuestras casas, ahora estaríamos dormidas. –Y añadían comentarios tan atrevidos como este–: Pero aquí, con tanto entrar y salir de visitantes y este trajín de pasos, resulta imposible pegar ojo.

Yo me contenté con improvisar los siguientes versos que musité para mí:

*El año acaba*
*y yo años acumulo.*
*Oyendo al viento*
*en lo hondo de la noche,*
*¡corazón triste!*

## 48

Última noche del año. En esta ocasión acabamos pronto el rito de expulsión de los demonios[122]. Después me retiré a descansar tranquilamente a mi aposento, donde me maquillé y me puse algo de tinte negro en los dientes[123]. Vino Ben no Naishi, que estuvo hablando un rato y luego se quedó dormida. La sirvienta Takumi, de guardia esa noche, se distraía debajo de la viga central enseñando una técnica de costura, el torcido superpuesto, a una de las jóvenes criadas de nombre Ateki. Fue entonces cuando nos llegó un griterío desde el salón de su majestad la emperatriz. Intenté despertar a Ben no Naishi que

seguía adormilada. No dejaba de oírse ruido de voces y llantos. «¡Qué horroroso ruido!», exclamé para mí sin saber qué hacer. «¿Será un incendio? No, no puede ser».

–Takumi, ve tu primero –ordené a la sirvienta–. Sea lo que sea, Su Majestad esta noche está en su aposento. ¡Rápido! Vamos a ver qué pasa.

Zarandeándola sin contemplaciones acabé de despertar a Ben no Naishi; y las tres mujeres, temblando de miedo y sin saber dónde poníamos los pies, avanzamos en dirección al aposento de Su Majestad. Al entrar vimos a dos mujeres desnudas. Un ladrón les había robado la ropa. Eran las damas Yugi y Kohyōbu. Al comprender lo que había ocurrido, sentí todavía más horror.

Los criados de la cocina ya se habían ido. También los sirvientes de la emperatriz y los miembros de la guardia imperial de Seiryōden[124] se habían retirado después de la ceremonia de expulsión de los demonios. Me puse a dar palmadas y a llamar pidiendo socorro, pero no respondía nadie. Tan solo se presentó una criada del almacén de vajillas a la cual me dirigí, olvidando mi rango[125], para que rápidamente corriera a los aposentos de la nobleza media del palacio Seiryōden y llamara a Nobunori, tercer oficial del Ministerio de Guerra[126]. La criada obedeció, pero enseguida regresó para decirme que también él se había marchado. ¡Qué tremendo apuro! Quien sí acudió, sin embargo, fue Sukenari, del Ministerio del Ceremonial, que se puso a encender él mismo las lámparas del aposento.

Las damas se miraban con expresión aturdida. Después vino un mensajero de su majestad el emperador y expresó su pesar por lo sucedido. Fue verdaderamente una experiencia tremebunda. La emperatriz hizo sacar ropa de los armarios para que tuvieran algo que ponerse encima las dos mujeres. Como afortunadamente no les habían robado los vestidos de gala que iban a ponerse para Año Nuevo, a la mañana siguiente las dos damas de honor víctimas del robo se presentaron a servir como si no hubiera ocurrido nada. Sin embargo, jamás podré olvidar el espectáculo de sus cuerpos desnudos. Fue terrible y añadiré que resultó gracioso[127], pero

me guardaré de decir más.

## 49

Año Nuevo. Ese día hablamos largo y tendido sobre el incidente de la noche anterior y no pudimos evitar el empleo de palabras aciagas, totalmente inapropiadas para tal día. Para colmo, resultó que el almanaque dictaba que ese día era nefasto, por lo cual se suspendió la ceremonia de imposición de pasteles de arroz a Su Alteza[128]. El día 3 tuvo lugar la visita de su alteza el príncipe niño a su majestad el emperador.

En las celebraciones de ese Año Nuevo el papel de camarera imperial recayó en la dama Dainagon. El primer día llevó puesto un manto de color rojo y lila. El chaquetón era también rojo y la cola, de seda estampada. El segundo día vistió un manto de color púrpura y carmesí, y kimono de seda brillante granate; el chaquetón era verde y la cola presentaba estampados de diversos colores. El tercer día llevó un manto blanco de damasco chino de forro rojo con una combinación de colores de la flor del cerezo, es decir, blancos y rosados; el chaquetón era granate. Los días que se ponía el kimono exterior de seda brillante de tono rojo oscuro, llevaba kimonos interiores carmesí, mientras que los días que vestía el kimono exterior de seda brillante de tono carmesí, los kimonos interiores eran de color rojo oscuro. Era una alternancia invariable. Los kimonos interiores superpuestos presentaban en los puños combinaciones con la gama de verdes suaves y azules, de granates de varias tonalidades, de marrones claros y amarillos, de blancos y rojos, y de azules y lilas. Los tonos de los seis kimonos interiores siempre armonizaban exquisitamente con la ropa exterior.

En estas celebraciones del palacio Seiryōden la dama Saishō fue la encargada de portar la espada ceremonial como emblema de Su Alteza. Caminaba detrás de Su Excelencia, que llevaba en brazos a Su Alteza. La dama Saishō vestía de rojo con tres kimonos interiores superpuestos de un tono de rojo y otros cinco superpuestos de otro tono de rojo; encima llevaba

otros siete kimonos lustrosos también superpuestos del mismo color. Sobre todo ello vestía un kimono fino y transparente. En total, dieciséis kimonos. El manto era de color púrpura claro con un diseño de hojas de roble. El cosido estaba realizado artísticamente. Llevaba una cola triple y un chaquetón rojo estampado con rombos en un diseño típico de la China de la dinastía Tang. También el tejido era chino. El peinado era muy elaborado, como requería la solemnidad de la ocasión. Tanto el porte de la dama Saishō como todos sus movimientos eran de una elegancia y encanto avasalladores. La altura de esta dama era media y su complexión rolliza. Las facciones del rostro, bien proporcionadas, expresaban nobleza y elegancia. En resumen, toda ella respiraba refinamiento y distinción.

En cuanto a la dama Dainagon es una mujer modesta de cuerpo más bien pequeño. Su cutis es muy blanco y sus gestos encantadores. Quizá algo regordeta, pero siempre elegante. La longitud de su melena excede en unos tres *sun* la altura de su cuerpo[129]. Su cabellera, tanto donde termina como donde le nace, está artísticamente arreglada. Las facciones de su rostro son delicadas y su actitud presenta una elegante mezcla de modestia y seguridad.

La dama Senji, por su parte, mensajera de su majestad la emperatriz, es también pequeña de cuerpo, delgada y esbelta. Su cabello, hermoso y muy bien cuidado, le cae en larga cascada sobrepasando un *shaku* la cola de su vestido[130]. Su porte, sumamente distinguido, produce la impresión de majestad. Por eso, cada vez que se acerca caminando a alguna de nosotras, nos sentimos cohibidas por ese aire de solemne gravedad que irradia su persona. Tanto su manera de ser como de hablar cumplen las expectativas más altas que una tiene de alguien noble como ella.

## 50[131]

Bueno, habrá alguien que diga que soy una criticona maliciosa si sigo describiendo el aspecto de las damas de honor, especialmente tratándose de mis compañeras de ahora. Es

delicado hacer comentarios sobre las personas con quienes me relaciono actualmente. En fin, omitiré criticar los defectos que pudieran tener y de los cuales siempre caben dudas[132].

La dama Saishō, no la nodriza, es hija de Kitano, del tercer rango. Es rolliza y de complexión proporcionada[133]. La expresión de su cara denota inteligencia, la boca es sensual y los labios tienen un aire noble. La impresión que su persona produce cuando se la conoce por primera vez mejora con el trato. Sus ademanes son elegantes y a veces ceremoniosos, en los que no falta un toque de belleza algo llamativa. Su carácter es muy agradable y se nota que tiene un alma cándida e ingenua. Sin embargo, su elegancia a veces nos hace estar cohibidas.

En cuanto a la dama Koshōshō, está dotada de un refinamiento indefinido. Sus gestos recuerdan al sauce llorón en la primavera del segundo mes. Su aspecto es muy atractivo y la actitud, discreta. La modestia de su carácter le impide tomar todas las decisiones que a ella le gustaría. Además, se muestra algo tímida con la gente. A veces es tan infantil que sufro solo de verla. Si alguien la critica o la maltrata de palabra, rápidamente se lo toma tan en serio que hasta podría quitarse la vida. Esta debilidad de carácter me preocupa realmente.

Miya no Naishi, secretaria de la emperatriz, es una mujer que produce impresión de pureza. Su altura es respetable y tanto sus ademanes como su actitud cuando está sentada en el salón de Su Majestad irradian dignidad y estilo. Aunque en los detalles de sus facciones no destaca nada especial, su rostro respira limpidez. Es esbelta y tiene una nariz muy bien perfilada. Supera a todas en el soberbio contraste entre la negrura de la mata de su pelo y la blancura de su cutis. La forma de su cabeza, el nacimiento del cabello y su frente resultan especialmente atractivos, dando la impresión a la vez de frescura y elegancia. Se mueve con sorprendente naturalidad y en su carácter no se observan defectos. Está bendecida con esa personalidad ejemplar tan necesaria en una dama de honor. Es, además, modesta, pues jamás alardea ni de su belleza ni de su elegancia.

La dama Shikibu es hermana pequeña de la anterior. Es una mujer en exceso entrada en carnes, con la piel muy blanca y ligeramente sonrosada, y con rasgos faciales delicados y atractivos. También su cabello posee un lustre notable, aunque, como no es muy largo, en la corte se presenta con peluca. Su figura regordeta posee un gran encanto. Los ojos y la frente irradian una gran frescura, y su sonrisa es muy simpática.

## 51

Entre las damas jóvenes creo que las más guapas son Kodayū y Genshikibu. La primera es de baja estatura y aspecto moderno, con un hermoso cabello. Antes lo llevaba muy largo, sobresaliéndole más de un *shaku* cuando estaba de pie, pero parece que ahora no lo tiene tan tupido y se le está aclarando. Sus facciones expresan inteligencia y su aspecto es intachable. En resumen, me parece una persona interesante. Por lo que respecta a Genshikibu, es más bien alta, con las facciones nobles y bien proporcionadas. Cuanto más la miro, más hermosa me parece. Tiene unos modales encantadores y naturales, justo los que se espera de una joven de buena familia. También Kohyōe y Shōni son muy puras e inocentes de aspecto.

La belleza de estas cuatro mujeres difícilmente puede pasar desapercibida para los nobles de la corte. En palacio no resulta nada fácil ocultar cualquier desliz que se tenga. Sin embargo, ha habido damas tan discretas que, incluso en privado han tomado precauciones y así nadie se ha enterado.

La dama Miyagi no Jijū poseía antes una belleza elegante y exquisita. Su constitución, menuda, frágil y delgada, hacía pensar en esas bellezas que uno desea que se conserven para siempre, como la de una niña. Sin embargo, al hacerse mayor, su belleza se marchitó y finalmente abandonó el servicio en la corte. La última vez que vino al salón de Su Majestad se presentó con la cabellera igualada notablemente y un poco más larga que el kimono interior. Las facciones de su rostro eran muy bellas.

Hay cierta dama, de nombre Gosechi no Ben, la cual, según dicen, fue criada como hija adoptiva de Taira Korenaka, consejero medio. Su cara es como la que vemos en las pinturas; y la frente, muy despejada. Se puede decir que en la cara, con unos ojos muy rasgados, no hay ni una sola tacha. Su piel es inmaculadamente blanca, y tiene unos bellos brazos y manos. En la pasada primavera cuando vi por primera vez a esta dama, la cascada de su cabello le caía un *shaku* más que su altura puesta de pie, y era de una opulencia sorprendente; sin embargo, después se le ha aclarado algo, como si alguien le hubiera arrancado algunos cabellos a propósito. Aun así, todavía es muy largo, pues le arrastra ligeramente cuando está de pie.

Hablando del cabello, había otra dama llamada Koma que lo tenía sumamente largo. Años antes era una de las mejores damas de honor jóvenes que había en la corte, pero parece que ahora se ha quedado obstinadamente encerrada en su casa.

Bueno, he escrito acerca del aspecto físico de las damas, pero escribir sobre el carácter de cada una es muy complicado. No hay dos que sean iguales y tampoco hay ninguna que tenga muy mal carácter. Es igualmente difícil estar en posesión de todas las cualidades del mundo: belleza, dignidad, inteligencia, cultura, encanto, aplomo, etc. ¡Hay tanta variedad en la condición de las damas de honor de la corte! En fin, que me asaltan muchas dudas a la hora de ponerme a destacar una u otra cualidad. ¡Vaya, cualquiera diría que soy una mujer arrogante al poner tantos reparos!

## 52

A mis oídos llegó la noticia de una dama de nombre Chūjō al servicio de su alteza Senshi, suma sacerdotisa en el santuario de Kamo. Cierta persona que la conocía consiguió secretamente una carta escrita por tal dama y me la mostró[134]. De resultas de esta lectura, puedo opinar que la dama en cuestión es una mujer muy provocativa, pues se las da de

entendida y es tan vanidosa que cree que es la única persona elegante del mundo, que su inteligencia no tiene par, y que el resto de los mortales carece de sensibilidad y sensatez. A medida que leía la carta, sentía crecer en mi pecho la indignación y, por usar una expresión empleada por la gente vulgar, «me puse hecha una furia». Por muy íntima que fuera la carta, pude leer en ella: «¿Acaso hay alguien más versado en poesía que su alteza la suma sacerdotisa? Si hay una mujer con las cualidades excelentes para ser dama de honor, sin duda debe de estar al servicio de su alteza la suma sacerdotisa». Reconozco que su alteza la suma sacerdotisa es una buena mujer. Sin embargo, también es verdad que no conozco ningún poema de calidad producido por alguien de su salón. Sabemos que el palacio donde vive su alteza la suma sacerdotisa es un lugar elegante y todo allí es muy refinado, pero, puestos a comparar, de ninguna manera las damas de honor de su séquito son mejores que las damas que yo conozco y veo en la corte al lado de su majestad la emperatriz.

Evidentemente allí no reciben muchas visitas y viven como en clausura. Cuando he tenido que ir a su mansión por algún compromiso, me ha impresionado la belleza de las noches de luna y del cielo al amanecer, así como la de los cerezos en flor y del canto del cuclillo. Admito también que su alteza la suma sacerdotisa posee muy buen gusto y la atmósfera que se respira en su mansión es de ensueño, como de otro mundo. Pero ella no goza de muchas distracciones y lleva una vida recluida, totalmente diferente de la agitada de su majestad la emperatriz, la cual debe ir a menudo a palacio a visitar a su esposo o recibir la visita de Su Excelencia cada vez que este viene a pasar la noche. Es decir, el lugar en que su alteza la suma sacerdotisa y sus damas residen se presta por sí solo a la poesía, pues viven en un mundo poético, en una torre de marfil, sin que nada las perturbe. En un ambiente tan elegante es natural que las damas de honor que habitan en él no cometan errores a la hora de utilizar un lenguaje elegante y pulido.

Si una mujer como yo, a pesar de ser retraída y tan insignificante como un árbol seco cortado y enterrado, viviera

en la mansión de su alteza la suma sacerdotisa, y me encontrara con un caballero desconocido y hablara con él, estoy segura de que no correría ningún riesgo de recibir la mala fama de mujer ligera y de que absorbería mucho de la elegancia del lugar. Es más: si a alguna de las damas jóvenes del séquito de su majestad la emperatriz, que no tienen de qué avergonzarse ni en edad ni en belleza, le diera por adoptar aires de enamorada o por componer versos, estoy también segura de que no iría a la zaga de ninguna de las damas del séquito de su alteza la suma sacerdotisa. Lo que pasa es que en el Palacio Imperial estamos habituadas a ser escudriñadas día y noche. Ahora no hay rivalidad entre las emperatrices[135] por granjearse el favor de su majestad el emperador, ni tampoco competencia entre las que vivimos en los estrechos aposentos de los diferentes pabellones del palacio. Como no hay competencia en palacio, tanto los hombres como las mujeres estamos muy relajados.

Su majestad la emperatriz no siente agrado por los comportamientos frívolos de sus damas, por eso cualquiera de estas con la intención seria de labrarse un porvenir en la corte como dama de honor debe tener cuidado y no dejarse ver mucho delante de la gente. Eso no quiere decir que entre nosotras no haya mujeres que se muestren más accesibles o que sean desenvueltas, mujeres indiferentes a tener buena o mala fama, e interesadas en destacar a toda costa entre las demás. Los hombres pasan por delante de donde saben que están sentadas esta clase de mujeres y se ponen a conversar con ellas. Seguramente creen que las damas de honor de su majestad la emperatriz somos una de dos: o ermitañas o casquivanas. Es cierto que las damas de honor de la nobleza alta y media suelen vivir muy recluidas y se comportan como si fueran hijas de una familia noble, es decir, sin dejarse ver por nadie. Pero si actuáramos así, sin dejarnos ver por nadie, sería feo, causaríamos una pésima impresión y, sobre todo, iríamos en contra de lo que se espera de un salón alegre y agradable como debe ser el de su majestad la emperatriz.

Escribo y escribo todo esto y puedo dar la impresión de que no hay nada que no sepa. Pero no, no es así. Cada dama es

diferente y creo que no hay ninguna que sea superior o inferior a las demás. Cada una, a su manera, tiene sus puntos fuertes y sus puntos flacos. Dicho esto, hay que reconocer que sería tan ridículo ver a una dama joven adoptar una actitud grave y solemne como ver a una dama de las clases altas andar por ahí halconeando sin ningún recato. Pero por regla general creo que no hace falta que seamos tan aburridas; es decir, podríamos mostrar un poco más de gracia.

## 53

Su majestad la emperatriz es verdaderamente una mujer de intachable conducta y elegante en todo lo que hace. Pero debido a su carácter tan considerado hacia los demás, reprime demasiado su personalidad. Ella razona así: «Prefiero no intervenir en nada. ¿Para qué voy a amonestar a las damas que están a mi servicio si de nada sirve y tampoco me causan deshonor?». De hecho, en ocasiones solemnes, si una dama hace algo impropio, siempre será peor que no hacer nada.

En cierta ocasión una dama, que evidentemente no daba la talla, pero que a pesar de eso actuaba como si supiera más que nadie, dijo algo inconveniente. Entonces Su Majestad era casi una niña[136] y cuando oyó lo que dijo la dama, quedó muy afectada. Tal vez debido a esa experiencia, desde entonces cree que no hace falta intervenir mientras sus damas no cometan errores garrafales. He observado que las damas que entraron a su servicio siendo muy jóvenes, todas de familias encumbradas[137], se adaptaron enseguida a su indulgente pasividad de la cual ha hecho su costumbre hasta ahora. Es cierto que Su Majestad ha madurado poco a poco y ahora tiene una idea acertada de quiénes deben formar su séquito; conoce también los méritos y deméritos de cada una de sus damas, así como cuándo pueden cometer errores por exceso o por defecto. Está también al corriente de la opinión que la nobleza media y alta tiene de su salón, el cual esos nobles critican diciendo que es aburrido y que le falta encanto.

Esto no significa que las damas que hay por aquí sean

siempre elegantes y que cuando dejan de ser discretas, no cometan algún desliz. Por otro lado, las que proceden de buenas familias prefieren pasar desapercibidas y no se esfuerzan en dar brillo al salón de Su Majestad. A veces esta se lo insinúa, pero la falta de participación de las damas de las clases altas resulta ahora difícil de enmendar. Después están los jóvenes de la nobleza de hoy, los cuales son demasiado conformistas y ya se han acostumbrado a la situación. Cuando están por aquí, se las dan todos de muy graves y serios. Pero cada vez que ponen los pies en la mansión de su alteza la suma sacerdotisa, por ejemplo, se muestran dicharacheros y muy activos admirando la luna, las flores, etc., y entonces hablan animadamente de todas estas cosas elegantes y componen poemas. Afirman que en los aposentos del séquito de su majestad la emperatriz, donde entran y salen a cualquier hora del día o de la noche que les da la gana, no hay nada interesante y que ha dejado de haber damas que les den conversación ingeniosa, o que les respondan apropiadamente cuando se dirigen a ellas con palabras elegantes o con versos. Pero como no vi con mis propios ojos lo que ocurría antes, no sé si será verdad lo que dicen[138].

## 54

Cada vez que viene alguien por aquí y se lo atiende, aunque sea superficialmente, las damas quedan mal si dan una impresión poco acogedora. La visita de cualquiera exige que sea acogido dignamente. Esta exigencia provoca que se nos critique fácilmente diciendo: «Las damas de honor no se muestran muy acogedoras». Ante esta crítica, ¿es sensato que las damas de honor de los rangos superiores se den aires y prefieran recluirse en el fondo de sus aposentos sin ni siquiera salir a recibir a las visitas? Creo que no. Por otro lado, ¿es decoroso que una dama ande por ahí saliendo continuamente? Pues tampoco. Lo ideal es el punto medio, es decir, atender a todos con sentido común y con moderación. Admito que es muy difícil, pero es nuestra obligación intentarlo.

Pongamos un ejemplo. Cada vez que se presenta Tadanobu, primer senescal de Su Majestad, porque necesita comunicarse con la emperatriz a través de alguna de sus damas, las damas de rangos superiores se muestran inseguras como niñas pequeñas, y encuentran grandes dificultades para comunicarse con este caballero y atenderlo hospitalariamente. Y si consiguen ambas cosas, les falta soltura a la hora de hablar con él. No estoy diciendo que empleen un lenguaje inapropiado, sino que, debido a la timidez y apocamiento que muestran, casi siempre cometen alguna incorrección. «Es que como me siento incómoda, prefiero no decir nada», alegan estas damas que optan por desaparecer sin dar señal alguna de existencia. Esta conducta no es la habitual, al parecer, en las damas de honor de otros séquitos. Una vez que entra a formar parte del séquito de algún miembro de la familia imperial, la dama de honor, por muy elevado que sea su origen, debe adaptarse a las costumbres y manera de comportarse de las otras damas. Nada de seguir actuando como si estuviera en su noble casa rodeada de mimos y atenciones. Si quien lo atiende es una dama de bajo rango, el senescal primero de Su Majestad se siente ofendido. Por eso ocurre a veces que este caballero se retira sin ver a nadie porque no ha salido ninguna dama de rango alto para atenderlo, o bien porque han vuelto a sus casas, o bien porque dicen estar ocupadas con otros menesteres en sus aposentos. Con otros caballeros de la nobleza alta ocurre algo parecido: si vienen al pabellón de su majestad la emperatriz y desean comunicarse con ella por mensajeras, a veces son atendidos por sus respectivas damas favoritas, pero otras muchas veces esos caballeros se retiran chasqueados sin haber cumplido la misión a la que han venido, porque esas damas no se encuentran disponibles. Nada más natural, ante esta situación, que en la corte se nos critique a las damas de honor por nuestra falta de entrega y animación.

Es lógico, por tanto, que las mujeres que sirven en el séquito de su majestad la suma sacerdotisa nos miren por encima del hombro. Lo que tampoco me parece bien es que vayan tan lejos hasta burlarse de nosotras diciendo que ellas son las mejores del mundo y que todas las demás carecemos de vista y

oído para apreciar las cosas elegantes de la vida. ¡Qué fácil es criticar a los demás! Tan fácil como difícil es reflexionar sobre la propia actitud. Es cuando la persona se olvida de esta verdad creyéndose superior a los demás, sintiendo desdén por el prójimo y criticando a todo el mundo, cuando aparece claramente el verdadero valor de cada uno. ¿Verdad que sí?

En fin, es una carta que me hubiera encantado enseñarte[139]. Como dije antes, a mí me la mostró en secreto cierto conocido que la tomó de alguien que la tenía bien escondida. Por desgracia, se la llevó enseguida y ya no la tengo conmigo.

## 55

Quien solía escribir cartas de muy buen tono era cierta dama de nombre Izumi Shikibu[140]. Si bien es cierto que esta mujer tiene un lado escasamente admirable[141], su talento literario se observa en las cartas que escribe improvisadamente en los ratos en que está relajada. Da la impresión de sacar brillo de las palabras más comunes. Verdaderamente sus poemas son excelentes. Aunque ni sus conocimientos del canon literario ni sus juicios sobre el arte poético igualan a los de los grandes maestros, tiene el talento de encontrar siempre alguna palabra ingeniosa y sobresaliente en las frases que salen de su pincel. De cualquier modo, deja bastante que desear en las críticas o reseñas que escribe sobre otros poetas. Su talento es el de los escritores dotados de facilidad para improvisar rápidamente. No creo que esté a la altura de los poetas que pueden hacerme sentir vergüenza de mi propio arte.

Por lo que respecta a la esposa del gobernador de Tanba[142], las personas del entorno de su majestad la emperatriz la conocen con el nombre de Masahira Emon[143]. Como poeta no es nada del otro mundo, pero admito que sus versos poseen cierta dignidad. Si bien no compone en todas las ocasiones, cuando toma el pincel, aunque sea por un motivo trivial, sus versos están dotados de un tono ante el cual siento que los míos son inferiores. Por cierto, ¡qué detestables son los poetas cuando escriben versos cojos[144]! Es como si los partieran en

dos mitades. Pueden parecer elegantes a simple vista, pero sinceramente me parecen patéticos.

## 56

En cuanto a Sei Shōnagon[145], es una mujer tan pretenciosa, siempre con ese aire triunfal característico. Se dedicaba a garabatear sinogramas[146] dándoselas de inteligente, pero lo que escribió, si se lee con atención, deja mucho que desear. Pertenece a esa clase de personas empeñadas a toda costa en distinguirse de los demás, pero que a la larga demuestran ser inferiores y con el tiempo acaban siendo unas desconocidas. Quien se da aires de elegante y busca emociones en momentos sin ningún encanto ni belleza, al final acaba pareciendo ridículo y falso. ¿Cómo puede terminar bien alguien que a la postre demuestra ser tan falso?

Aunque escriba todas estas cosas, reconozco que soy una persona que ha vivido sin méritos dignos de ser recordados. Además, considerando las sombrías perspectivas de mi futuro, no puedo hallar forma alguna de consolarme. Por lo menos, me esforzaré en no pensar que mi vida navega en medio de un mar de melancolía. Por eso tal vez, en las noches de otoño, cuando más punzante es la nostalgia, me asomo a la ventana y contemplo el cielo como queriendo rememorar los tiempos, me digo, «en que hasta la luna mi belleza elogiaba». Después, al darme cuenta de que cometo el error que justamente más deseaba evitar, me inquieto sabiendo que mis melancólicas reflexiones siguen anidando en el fondo de mi corazón.

Un atardecer en que soplaba un viento fresco, me puse a rasguear torpemente las cuerdas del *koto*[147] y oír yo sola sus acordes. Recordé aquel verso famoso de «que mi pena avivaron»[148]. ¡Qué triste sensación! Fue una tontería, pero me emocioné. De hecho, en mi modesto cuarto, de paredes negruzcas y tiznadas, guardo dos afinados *koto,* uno chino y otro japonés. Están medio abandonados –hasta me he olvidado de pedir a mis criadas que en los días lluviosos retiren los

trastes– y polvorientos dentro del armario. También conservo un par de *biwa*[149] apoyados a derecha e izquierda en la pared, y con el mástil sujeto en el hueco formado entre la columna y la pared del armario.

Hay también otros dos armarios en mi casa atestados de objetos, como libros de antiguas poesías y relatos, pero son muebles convertidos en horribles nidos de insectos que reptan asquerosamente por sus paredes cuando se les abren las puertas. Por eso, nadie se atreve a abrirlas.

En otro armario guardo libros en chino. Desde que me falta la persona[150] que ordenaba cuidadosamente todo aquello, no queda nadie que ponga la mano en esos libros. Hay dos o tres de estos que saco y hojeo en los momentos en que me asalta la tristeza. Entonces mis sirvientas se reúnen para murmurar a mis espaldas:

–¡Ay, esta señora nuestra, qué desgraciada es! ¡Claro, como lleva una vida así! ¿Por qué siendo mujer le da por leer libros en chino? Antes a las mujeres no les dejaban ni siquiera leer sutras...

Cuando llegan a mis oídos estos comentarios, me dan ganas de responderles que no he conocido a nadie que crea en supersticiones y prohibiciones religiosas que viva muchos años. Pero pensarían que una respuesta así es impropia de una dama. Así que me callo. Reconozco, sin embargo, que tienen razón en que llevo una vida desgraciada.

## 57

Cada persona es diferente. Hay personas alegres, orgullosas, brillantes. Otras que sienten tristeza por todo, como yo. Muchas de estas sepultan su tristeza rebuscando viejos escritos[151]; otras rezando sutras y frotando sin parar las cuentas de sus rosarios budistas, actividades que pueden causar una impresión muy desagradable en los demás. Yo, recelosa de las miradas inquisitivas de mis sirvientas, me abstengo de cosas que una mujer de mi estado podría muy bien hacer.

Cuando estoy en la corte y me relaciono con mis

compañeras, aunque hay cosas que quiero decir, no lo hago porque me parece mejor quedarme callada. ¿De qué sirve decir a la gente lo que sé que no van a entender? En cuanto a las personas maldicientes y que se creen mejores que nadie, siento fastidio de tener que estar con ellas y prefiero guardar silencio en su compañía. Bien mirado, hay pocas personas que reúnan muchas cualidades y la verdad es que tendemos a censurar al prójimo basándonos en criterios muy personales.

La gente piensa que soy tímida cuando observan mi conducta en situaciones en las cuales estoy en contra de mi voluntad. Efectivamente, hay ocasiones en que las circunstancias me obligan a estar en su compañía. Y no es que sea tímida; lo que ocurre es que, como no quiero que me critiquen más de la cuenta, me resigno a pensar que toda comunicación es imposible y prefiero hacerme la tonta o la despistada.

–¡Vaya! No esperábamos que fueras así –comentan entonces–. Todo el mundo decía de ti que eras presumida, áspera, distante y fría, una aficionada a la literatura que aparenta ser refinada, que siempre anda de poema en poema, y que, lejos de simpatizar con las demás, las mira siempre por encima del hombro. Pero cuando te tratamos, resulta que eres tranquila y amable. ¡Una persona totalmente diferente!

¡Qué vergüenza! ¿Será verdad que me toman por alguien insensible? Pero, bueno, he decidido ser como soy, pues tal es mi carácter y a esa forma de ser estoy acostumbrada. También su majestad la emperatriz más de una vez me ha hecho la siguiente observación:

–La verdad es que me había parecido que no podría estar relajada a tu lado, pero, curiosamente, he llegado a intimar contigo más que con ninguna otra de mis damas.

Actuando así, es decir, haciéndome la tonta o la despistada, podré evitar la antipatía de las damas de la nobleza alta, tan refinadas ellas y respetadas por la misma emperatriz.

A mi juicio, las principales cualidades de una dama de honor son buena presencia, modestia, serenidad y dominio de sí misma. La reunión de esas cualidades le dará elegancia y encanto de modo natural y su presencia irradiará paz. Aunque a veces se comporte con cierta ligereza y coqueteo, si su naturaleza es dócil y no falta al decoro, a la gente nunca le caerá mal.

Por otro lado, las personas que se creen superiores y son presuntuosas enseguida se convierten en el foco de las miradas y, por ser observadas con tanta atención, revelan algún defecto en su forma de hablar o en sus movimientos cuando caminan o están sentadas o se levantan, e incluso cuando se las ve de espaldas. En cuanto a aquellas otras que se contradicen o que hablan mal de las demás y son altaneras, a estas la gente las mirará con cuatro ojos y les buscará faltas. En cambio, si es una persona de buen corazón, aunque oigamos rumores contra ella, haremos lo posible por justificarla y por protegerla, por lo menos hasta que no se demuestre su falta. En lo que respecta a las personas de actitud arrogante y que perjudican a los demás, o a las que cometen algún error inadvertidamente, hemos de reírnos sin vacilación.

Hay algunas personas tan buenas de corazón que, aunque se sepan odiadas por alguien, no se lo toman a mal y llegan hasta sentir preocupación por quien las odia dedicándole incluso atención y cuidado. La verdad, sin embargo, es que la mayoría de la gente, entre la que me incluyo, no posee tal magnanimidad de corazón. ¿Pero acaso no nos da ejemplo Buda cuando enseña que calumniar los Tres Tesoros[152] es solo una ofensa leve? Cuánto más cierto será en este mundo impuro en que vivimos, donde se cumple la ley inexorable de que quien trata mal a alguien será también tratado mal. Aun así, ¡cuánta diferencia hay entre la actitud de la persona que critica abiertamente para mostrar su superioridad o que fulmina a otro con una mirada airada, y la persona que se guarda la antipatía que siente con la máscara de una actitud sumisa y pacífica!

## 59

Hay una dama de nombre Saemon no Naishi que me tiene ojeriza. Y no sé por qué. A mis oídos ha llegado toda clase de maliciosos rumores sobre mí de los que no tenía ni idea. Una vez que su majestad el emperador escuchaba como una dama le leía *La historia de Genji,* dijo:

–La autora de este libro podría dar clases sobre «La crónica nacional»[153]. Parece tan erudita...

Saemon no Naishi, que escuchó el comentario, concluyó que yo debía de ser realmente una sabihonda y se dedicó a propagar el rumor entre la nobleza alta, dándome el apodo de «La dama de *La crónica nacional*». ¡Qué ridiculez! Si hasta en mi casa me contengo para no mostrar mis conocimientos delante de mis sirvientas, ¿cómo iba a intentar lucirlos en la corte?

Cuando mi hermano Nobunori, oficial en el Ministerio del Ceremonial[154], era solo un niño y lo obligaban a leer en voz alta los clásicos chinos, recuerdo que a mí me gustaba atender a sus lecciones y de tanto escuchar llegué a aprender muchos pasajes de esos libros. A mi hermano no se le daba bien el estudio y olvidaba enseguida lo que había leído; en cambio, a mí se me quedaba fácilmente en la memoria. Mi padre, que era un hombre versado en los textos chinos[155], solía decirme con tono de queja:

–¡Qué rabia! He tenido mala suerte de que no seas varón[156].

Después me enteré de que alguien comentó:

–Ya de por sí está mal que un hombre alardee de que sabe leer textos chinos. El mundo está lleno de gente presumida.

Desde entonces he evitado escribir cualquier sinograma, hasta el más sencillo: ese, por ejemplo, que se escribe con un simple trazo horizontal y que significa «uno»[157]. Simplemente, se me dan mal. Además, después de aquel comentario dejé de prestar atención a los libros en chino que había leído antes. ¡Qué vergüenza sentí ante las otras damas de honor que habían hecho caso del chisme propagado por esa mujer! Preocupada de que todo el mundo me tendría manía si le daban crédito, decidí fingir que no sabía leer ni siquiera las letras chinas

escritas en los biombos del salón de su majestad la emperatriz.

A pesar de eso, Su Majestad, que sabía la verdad, un día me pidió que le leyera algunos pasajes de las obras de Po Chui[158]. Tenía la impresión de que su majestad la emperatriz deseaba familiarizarse con la literatura china. Así que, en secreto, cuando no había ninguna otra dama de honor cerca, desde hace dos años y a pesar de mi ignorancia, doy clases a Su Majestad de las obras de ese poeta chino. No me queda más remedio que hacerlo a hurtadillas. También su majestad la emperatriz estudia en secreto, aunque creo que ya lo saben tanto su majestad el emperador como Su Excelencia, pues este último regaló a su hija unos libros bellamente caligrafiados en sinogramas[159]. Afortunadamente, la chismosa de Saemon no Naishi no tiene ni idea de que su majestad la emperatriz me ha pedido que le enseñe chino. Si se enterara, no quiero ni imaginar qué rumores echaría a rodar por ahí. ¡Ay, en qué mundo tan mezquino vivimos!

## 60

Bien, creo que ya basta de escribir sobre asuntos de mal augurio. Digan lo que digan, he resuelto poner mi fe en el Buda Amida y dedicarme a leer sutras budistas. Creo que he alcanzado un nivel de desarrollo espiritual que me permite no estar preocupada por los rumores desagradables de la corte. Tampoco hay nada en este momento que me impida cumplir con las obligaciones propias del estado de monja budista. Por otro lado, sin embargo, si abandonara precipitadamente el mundo para entrar en religión, tendría vacilaciones y dudas toda mi vida hasta el momento en que Buda Amida tenga la misericordia de enviar su milagrosa nube para llevarme al otro mundo[160]. Por eso titubeo a la hora de dar el paso. Me doy cuenta, de todos modos, de que estoy llegando a la edad más adecuada para abrazar de una vez la vida religiosa. No tardaré en convertirme en una vieja decrépita con la cabeza torpe y una vista tan borrosa que seré incapaz hasta de leer sutras. Tal vez dé la impresión de que imito a las personas devotas, pero

en realidad mis pensamientos ahora mismo se alejan bastante de ser religiosos. Además, como soy una persona con tantas culpas que expiar[161], no sé si podría cumplir mi deseo. ¡Hay tantas cosas que le recuerdan a una las transgresiones cometidas en existencias anteriores! ¡Qué tristeza siento entonces!

## 61

Desearía revelarte todas las cosas buenas y malas que hay en este mundo, incluyendo mis penas, cosas que no puedo consignar en una carta[162]. Aunque al escribir tenía en mente a personas bastante indeseables, ahora me doy cuenta de que no debería haberte contado todo. Si te encuentras triste y aburrida, imagínate cómo debo de sentirme yo. Ten la bondad de escribirme contándome todo lo que piensas, no importa que contenga tantas tonterías como las que yo te he contado. Leeré todo con gusto. Pero, cuidado, si esta carta cae en manos de extraños, podría meterme en un buen lío. No olvides que siempre hay gente curiosa.

No hace mucho rompí y quemé todos los papeles viejos que tenía. Tampoco me queda ninguna de las cartas recibidas, pues todas las usé la pasada primavera para hacer casas de muñeca de papel. Creo que no debo utilizar papel nuevo, por eso el presente tiene un aspecto bastante pobre[163]. Te aseguro que no lo he escogido por descuido, sino deliberadamente. Cuando leas esta carta, haz el favor de responder de inmediato. Habrá algunas frases difíciles de leer y partes en donde quizás falten algunas palabras. Simplemente sáltatelas, por favor. Bueno, ya ves que termino la carta preocupándome de lo que piensan los demás. Está visto que continúo sintiendo mucho apego por el mundo y sus pompas. ¿Pero qué puedo hacer?

## 62[164]

Al alba del día 11[165] su majestad la emperatriz se dirigió a la

capilla de Tsuchi Mikado, la mansión de su padre. Realizó el viaje en un carruaje al lado de su madre, la esposa de Su Excelencia. Las damas de honor subieron a la barca y fueron a la otra orilla del estanque. Yo llegué a última hora de la tarde. Estaban a punto de iniciar la recitación religiosa. Conforme a la práctica establecida en el templo Enryaku-ji, del monte Hiei, y en Mii-dera, entonaban la salmodia de la Gran Confesión de El Sutra del Loto[166]. Los nobles habían disfrutado en los descansos entre dos sesiones de sutras pintando muchas torres blancas en papelitos que después iban a distribuirse en la ceremonia. La mayoría de los nobles de los rangos superiores ya se había ido y solo quedaban unos pocos. Mientras tanto, los bonzos encargados de dirigir la ceremonia continuaban con su salmodia, cada uno con su propio estilo, y comentaban algunos aspectos de la doctrina. En lo que todos –eran unos veinte en total– coincidían era en ensalzar la paz en el Imperio y en honrar a su majestad la emperatriz. Había momentos de sus alocuciones en los que algunos religiosos se interrumpían unos a otros, lo cual suscitaba no pocas risas entre los oyentes.

Una vez acabada la ceremonia, los altos cargos de la nobleza media, los *tenjōbito,* subieron uno tras otro a las barcas y remaron hasta adentrarse en el estanque mientras algunos de ellos tocaban instrumentos musicales. Frente la puerta abierta que daba al norte de la capilla, a la izquierda, estaba sentado Tadanobu, primer senescal de su majestad la emperatriz, con la mano apoyada en la barandilla de la escalera instalada para bajar al borde del estanque. Se entretenía con la dama Saishō y otras damas mientras Su Excelencia departía brevemente con su hija la emperatriz. Como esta se hallaba dentro, las damas y Tadabonu se esforzaban en mantener una actitud y una conversación todo lo formales que podían, lo cual creaba una atmósfera, tanto al otro lado de las persianas como a este lado, sumamente elegante.

Las nubes dejaron ver una luna hasta entonces velada. Los nobles jóvenes, que ya estaban instalados en las barcas, se pusieron a cantar canciones populares. Sus voces eran frescas y encantadoras. Entonces Fujiwara no Masamitsu, a la sazón ministro del Tesoro, que hasta ese momento había estado

sentado silenciosamente, decidió no sin titubeos unir su voz a la del grupo de jóvenes[167]. Su graciosa figura, de espaldas a nosotras situadas tras la persiana, hizo reír disimuladamente a las damas.

–«A bordo de la barca, de su vejez toma conciencia» –musité yo, citando un famoso verso chino[168].

Tadanobu debió de haberme oído, porque completó la cita:

–«Y los sabios Hsu Fu y Wen Cheng a hablar se pusieron...».

Me impresionó no solo su cultura, sino también la elegancia de la voz del senescal.

Los jóvenes cantaron después «Las algas del lago» con acompañamiento de flautas. La música armonizaba maravillosamente con la brisa del alba. ¡Qué momento tan inolvidable! Y es que no cabe duda de que hasta en las cosas y momentos más triviales de la vida se puede descubrir poesía y encanto.

## 63

Sucedió que Su Excelencia encontró en el salón de su majestad la emperatriz una copia de *La historia de Genji.* Fue el pretexto para hacer sus comentarios habituales y, de paso, para coger un trozo de papel que envolvía unas ciruelas y escribir en él los siguientes versos:

*Ácida y todo,*
*tanto esta fruta seduce*
*que todo el mundo*
*que por su lado pasa*
*la rama de que cuelga corta*[169].

Como me tendió el papel, yo no vacilé en escribir estos otros versos:

*Nadie ha cortado*
*todavía la rama.*
*¿Cómo es que entonces*
*hay una boca que conoce*

*la acidez de su sabor?*[170]

–¡Cómo me sorprendes! –fue la exclamación de Su Excelencia ante mis versos.

Una noche, mientras dormía en el cuarto de la galería, oí unos golpecitos en la puerta. Tuve miedo y me quedé sin decir ni una palabra ni moverme el resto de la noche. A la mañana siguiente recibí este poema:

*Pasé la noche*
*como un rascón lloroso*
*que toc-toc canta.*
*Fue alguien que tristemente*
*tocó y tocó en tu puerta*[171].

Esta fue mi respuesta:

*Arrepentida*
*la mañana siguiente*
*yo habría estado*
*si al rascón insistente*
*la puerta hubiera abierto.*

## 64

Cada uno de los tres primeros días de este nuevo año todas las damas de honor veteranas de su majestad la emperatriz acompañaron a Sus Altezas Imperiales a palacio, donde recibieron la imposición de los pasteles de arroz[172]. Fue Yorimichi, comandante de la Guardia Imperial de la Izquierda, quien llevaba a los príncipes en brazos, mientras Su Excelencia pasaba los pasteles a su majestad el emperador, el cual, frente a la puerta izquierda del salón doble, se los imponía en la cabeza a sus augustos hijos. La ceremonia tuvo lugar junto a la puerta izquierda que comunicaba los dos salones. Los desfiles de los séquitos de los príncipes yendo y viniendo fueron en verdad dignos de verse. Su majestad la emperatriz no hizo acto

de presencia.

## 65

El primer día del año, el honor de oficiar de camarera para su majestad la emperatriz recayó en la dama Saishō. Como era habitual, los colores del vestido que llevaba la dama Saishō eran distintos a los de otras ocasiones, con unas combinaciones de gran belleza. De asistentas contó con dos sirvientas, Takumi y Hyōgo. Destacaba admirablemente la dama Saishō con su cabello recogido. Aunque es algo que no tiene remedio, para ser una simple encargada de preparar las hierbas medicinales, la funcionaria Fuya presume de inteligencia y actúa como si fuera una entendida[173]. El tercer día, como cada año, nos repartieron el ungüento auspicioso[174].

El solemne banquete del segundo día en honor de su majestad la emperatriz fue suspendido. Sin embargo, los invitados fueron agasajados en una sala improvisada en la galería de la izquierda del palacio. Los miembros de la nobleza más alta se sentaron en dos filas frente a frente. Estaban entre ellos Michitsuna, consejero mayor; Sanesuke, capitán mayor de la Derecha; Tadanobu, primer senescal de la emperatriz; Kintō, consejero mayor de Shijō; Takaie, consejero medio; Yukinari, consejero medio; Yorimichi, comandante de la Guardia Imperial de la Izquierda; Arikuni, consejero; Masamitsu, ministro del Tesoro; Sanenari, comandante de la Guardia Militar de la Izquierda; Minamoto no Yorisada, consejero[175]. Sentados en la terraza, debajo de la viga, en la zona de honor de los altos cargos de la nobleza media, estaban Minamoto no Toshikata, consejero medio y segundo senescal de su majestad la emperatriz; Kanehira, comandante de la Guardia Imperial de la Derecha; Tsunefusa, consejero de la Izquierda; y Kanetaka, consejero de la Derecha.

Su Excelencia se presentó con su alteza el príncipe Atsuhira en brazos, al que con mucho mimo hizo pronunciar unas palabras de saludo a todos los visitantes. Después, volviéndose a Su Excelencia, su esposa, que sostenía al otro príncipe, le

preguntó:

–¿Tomo también al pequeño en brazos?

Pero su alteza Atsuhira, irritado ante la posibilidad de abandonar los brazos de su abuelo, prorrumpió en un quejoso «¡ahhh!» y armó un pequeño alboroto. Su Excelencia tuvo que calmarlo con más arrumacos. Sanesuke, capitán mayor de la Derecha, y otros nobles encontraron divertida la escena.

## 66

Toda la nobleza se dirigió al Palacio Imperial a rendir el saludo de Año Nuevo a su majestad el emperador, el cual salió a recibir a todos en la sala Tenjō. Se celebraba el primer día del Ratón y tuvo lugar un concierto. Como de costumbre, Su Excelencia abusó de la bebida; por eso yo, en previsión de la francachela que se avecinaba, quise pasar desapercibida, pero…

–¡Eh! –me gritó Su Excelencia con tono molesto–. Dime, ¿por qué tu padre se escabullía igual que tú cada vez que requeríamos su participación en algún concierto? ¡Qué terco era!

Y en tono acusador añadió:

–Ya que es el día del Ratón, como buena hija estás obligada a expiar la culpa de tu padre componiéndonos una poesía[176]. ¡Vamos, una poesía! Recítala.

Me quedé callada pensando que no estaría bien que en tal ocasión me pusiera a recitar un poema. En realidad, Su Excelencia no estaba tan afectado por la bebida y presentaba un buen color de cara. A la luz de las antorchas, toda su figura emanaba refinamiento y apostura. Siguió diciendo:

–¡Cómo he sufrido año tras año viendo a mi hija tan sola y oyéndola suspirar tristemente por tener un hijo! Pero ahora, no puedes imaginar lo feliz que estoy viendo que tiene un príncipe a su izquierda y otro a su derecha.

Tras estas palabras, apartó la cortina del dosel y se quedó embelesado contemplando a sus dos nietos que en ese momento dormían. Entonces se puso a tatarear este verso: «Si

en el campo pinitos no encontrara…»[177].

Confieso que me enterneció no tanto la mención oportuna del verso cuanto la cariñosa actitud de Su Excelencia.

Al atardecer del día siguiente me extrañó ver cómo se oscurecía el cielo con la bruma, un fenómeno temprano en esa época del año. A la oscuridad contribuía el escaso hueco que hay entre los aleros de la galería. Le comenté a la nodriza Nakatsukasa mi admiración por la actitud y el verso de Su Excelencia del día anterior. Es una mujer sensible e inteligente.

## 67

Volví a mi casa unos días, pero regresé a palacio a fin de estar presente en la ceremonia, fijada para el día 15, que conmemoraba los cincuenta días del natalicio de su alteza Atsunaga, el segundo príncipe[178]. Aunque mi regreso tuvo lugar antes del amanecer, la dama Koshōshō volvió ya entrada la mañana, lo cual la hizo sentir mal. Como es habitual entre nosotras, ocupamos el mismo espacio, es decir, cuando una no está, retiramos la cortina de separación y la otra ocupa todo el aposento, y cuando vuelve, instalamos otra vez la mampara. A Su Excelencia parecía divertirlo este arreglo, pues un día nos dijo sonriendo con un punto de picardía:

–¿Qué pasa cuando una de vosotras recibe la visita de un desconocido…?

Pero como entre la dama Koshōshō y yo no hay secretos, oímos el comentario con la expresión completamente tranquila.

## 68

A eso del mediodía fuimos al salón de su majestad la emperatriz. Mi compañera llevaba un kimono interior con la gama de tonos de la flor del cerezo, es decir, rosados y blancos, un chaquetón de color rojo y la habitual cola estampada. Yo vestía kimonos interiores con tonos de la flor del ciruelo, rojos

y granates, y prendas exteriores de verdes suaves y azules. Mi chaquetón era de tonos también verdes pero combinados con blancos. El estampado de la cola era demasiado moderno y juvenil para mí; tal vez hubiera hecho bien en cambiárselo a mi compañera. Al lado de su majestad la emperatriz se sentaban diecisiete damas de honor.

El papel de camarera de su alteza Atsunaga recayó en la dama Tachibana no Sanmi, mientras las encargadas de traer los platos de comida por los pasillos fueron las damas Kodayū y Genshikibu. Dentro del salón ayudaba la dama Koshōshō.

Sus majestades el emperador y la emperatriz se hallaban sentados en sus respectivos estrados bajo el dosel. ¡Qué magnífico era su aspecto! Tan deslumbrante, en efecto, que hacía pensar en el sol de una mañana luminosa. Su majestad el emperador vestía una túnica cortesana de gala sobre una *hakama,* mientras que la emperatriz llevaba sobre prendas interiores rojas un kimono carmesí con forro púrpura, otro de verde pálido con forro verde oscuro y otro marrón claro con forro amarillo oscuro. Sobre estos kimonos vestía un manto lila claro en seda estampada y sobre él un kimono exterior blanco con forro verde pálido[179]. Tanto el diseño como los colores eran modernos y nunca vistos. Yo, como en el lugar que me habían asignado estaba demasiado a la vista, me retiré a hurtadillas a una posición detrás de los doseles donde apenas se me veía.

La nodriza Nakatsukasa, que traía a su alteza Atsunaga en brazos, avanzó entre los dos doseles hacia el sur y se dirigió al lugar de la ceremonia. Su aspecto era distinguido y su estatura no muy alta. Se movía con calma y dignidad, y la expresión de sensatez de su gesto y ademanes constituía toda una lección para cualquiera que deseara ser una buena nodriza. Su kimono interior estaba tejido con hilo rojo y morado, mientras que el exterior era verde liso, y el chaquetón presentaba en los puños una combinación de tonos rosados y blancos.

La vestimenta con que ese día se habían ataviado las damas de honor era verdaderamente espléndida. Aun así, parece que después la dama Saishō iba a lamentar que, ante tantos nobles encumbrados, una de las damas que traía los platos de la

comida se hubiera mostrado con unas mangas, según ella, «impresentables» por la desacertada combinación de sus colores. A mí, sin embargo, no me pareció tan desacertada. La dama Kodayū llevaba cinco kimonos superpuestos con una combinación cromática de tonos rojos y granates. El chaquetón era blanco con forro rojo oscuro. En cuanto a la dama Genshikibu, parece que se puso unos kimonos de sarga con combinación también de colores rojos y granates bajo un manto de rojo oscuro. ¿Por qué a la dama Saishō le habrá sentado mal que esta última dama no llevara un chaquetón de seda estampada?[180]. ¿No es una opinión demasiado severa? Si cometió un error y llamó la atención, es natural que se la critique. Aun así, creo que no hay que ser tan estricto con la elección de la clase de tela.

## 69

Acabada la ceremonia en la cual su majestad el emperador tocaba los labios de su alteza Atsunaga con un pastel de arroz y, una vez retiradas las mesitas, todas las damas de palacio ocuparon sus asientos respectivos, muy juntas, al lado derecho del dosel. Allí estaban también la dama Tachibana no Sanmi y otras muchas mujeres.

En cuanto a las damas de honor de su majestad la emperatriz, las más jóvenes se sentaron en la terraza, debajo de la viga, mientras que las veteranas ocuparon la galería de la izquierda después de que hubieran retirado la balaustrada e instalado persianas. En un hueco a la izquierda del dosel se sentaban las damas Dainagon y Koshōshō. Lo sé porque fui a buscarlas y desde el lugar en que estaba pude presenciar el banquete de celebración.

Su majestad el emperador ocupaba su estrado de dos tatamis. Frente a él estaban dispuestas las mesitas con los alimentos. La presentación y disposición de estos, así como la armonía entre los distintos platos, eran tan exquisitas que me faltan palabras para describirlas cumplidamente. En la terraza sur habían tomado sus correspondientes asientos de honor los

miembros de la nobleza alta, mirando al norte. Entre ellos reconocí a los ministros de la Izquierda, de la Derecha y del Centro, es decir, respectivamente, a su excelencia Michinaga, a Akimitsu y a Kinsue, además de a Michitsuna, senescal de Su Alteza, a Tadanobu, senescal de su majestad la emperatriz, y a Kintō, consejero mayor de Shijō. Desde donde yo me encontraba no podía ver a los que estaban debajo.

Hubo un concierto. Los miembros de la nobleza media que tocaban algún instrumento ocuparon sus asientos en la galería del lado izquierdo. Los otros nobles de menor rango que también formaban parte de la orquesta se sentaron, como era la norma, en la parte sur del jardín; entre estos reconocí a Kagemasa, Korezake, Yukiyoshi y Tōmasa. Me dijeron que llevar el compás de la orquesta corría a cargo de Kintō, consejero mayor de Shijō. Michitaka, jefe de la Secretaría Imperial, tocaba el *biwa,* *** tocaba el *koto,* y Tsunefusa, consejero de la Izquierda, tocaba el *shō*[181]. Las canciones interpretadas en tono *sōjō* fueron «¡Qué nobleza!», «Mushiroda» y «Esta mansión»[182]. La melodía elegida pertenecía a los dos últimos movimientos de la danza del ave Kalavinka[183]. Abajo, en el jardín, había otros músicos tocando flautas para marcar el compás. Por cierto, que el gobernador de Ise se llevó una buena bronca por equivocarse de compás. Por su parte, Akimitsu, ministro de la Derecha, excitado a causa de los elogios recibidos por su admirable interpretación con el *koto,* se puso a juguetear y cometió una falta de etiqueta inexcusable acabando por hacer el ridículo[184]. Hasta a mí, que estaba mirándolo, me dieron escalofríos.

Pude ver también que Su Excelencia presentó a su majestad el emperador el obsequio de un estuche que contenía la célebre flauta *Hafutatsu*[185].

---

1. El texto original escrito por Murasaki Shikibu carece de partes internas diferenciadas en capítulos o en divisiones de cualquier tipo; también de puntuación. La presente división numérica sigue la del original japonés editado por Junko Yamamoto citado en la Nota al texto precedente, una de las dos ediciones principales en las que se basa esta versión española. La autora tiene más de treinta años en el momento en que ocurre la mayor parte de los hechos narrados en este

diario, los cuales fueron escritos, probablemente, algunos meses con posterioridad a los mismos. Su marido llevaba muerto siete años; y cinco o seis antes había empezado a escribir el monumental *Genji monogatari* o *La historia de Genji*.

2. Tsuchi Mikado *dono* o la mansión Tsuchi Mikado es la residencia de Fujiwara no Michinaga, a la sazón ministro de la Izquierda, el hombre más poderoso de su tiempo y padre de la emperatriz Shōshi (o Akiko, en pronunciación japonesa), aquí referida como «Su Majestad» y a cuyo servicio se encuentra la autora desde hacía unos tres años. La emperatriz acaba de volver al hogar paterno para dar a luz. Este traslado tuvo lugar al comienzo del otoño del año 1008. La escena descrita debió de tener lugar poco después. Michinaga será referido en nuestra versión como «Su Excelencia».

3. La recitación de plegarias por el feliz alumbramiento de la emperatriz al cual se dedican las páginas siguientes.

4. Debido probablemente a la reciente pérdida de su esposo.

5. Estas ventanas-puertas son los *kōshi,* una especie de balaustrada móvil que separaba los aposentos del interior de la terraza o *sunoko.* Los *kōshi* constaban de dos cuerpos: el inferior, que casi siempre permanecía cerrado, y el superior, que solía abrirse durante el día a modo de ventana. En nuestra versión serán referidos como «la balaustrada».

6. En el original Godai myōō, un grupo de deidades capaces de eliminar todos los obstáculos para la práctica budista. Representados con el gesto iracundo, eran especialmente venerados en el budismo esotérico popular en la corte de Heian.

7. El cargo del superior es el de *sōjō,* el rango más alto de los bonzos empleados en la corte.

8. Véase la localización del aposento de Murasaki en el Apéndice 2, situado entre el edificio principal y el ala este de la mansión, al lado del de la dama Saishō. Estos aposentos o *tsubone* eran pequeñas celdas separadas unas de otras por biombos y cortinas.

9. La valeriana japonesa, *ominaeshi (Patrinia scabiosaefolia)* es amarilla. Los sinogramas con que se escribe el nombre de esta popular flor japonesa del otoño, 女郎花, significan también «flor virginal» o «flor doncella». En la poesía clásica, la valeriana se identifica con una mujer bella. Los dos poemas que siguen y la anécdota del capítulo 3 pivotan en torno a esta identificación.

10. Algunos estudiosos, que han visto en el rocío una metáfora de Michinaga y en la florida valeriana la de otras mujeres, han

interpretado estos versos como una insinuación de que Su Excelencia y nuestra autora mantuvieron en algún momento relaciones amorosas. Según tal interpretación, Murasaki, que ya no es joven, lamenta haber dejado de ser objeto de la atención del hombre, ahora enfocada en otras mujeres en la flor de su juventud.

11. Es decir, «tú también serás bella si te lo propones».

12. La dama Saishō era sobrina de Michinaga y nieta de la autora de *Apuntes de una efímera (Kagerō nikki)*. Será la futura nodriza del primer hijo de la emperatriz Shōshi. En cuanto a Yorimichi, a la sazón tenía dieciséis años. En el original no se suelen identificar los personajes por el nombre, sino por su cargo o rango (o el de maridos o padres, en el caso de las mujeres). Así, Yorimichi es nombrado *Sanmi no Kimi,* que quiere decir «el señor del tercer rango» de la nobleza. La llamada persiana *(misu)* separaba los aposentos de la galería o *hisashi no ma*.

13. Esta despedida le parece admirable a la autora, probablemente porque demuestra que el joven estaba al corriente de un famoso poema del *Kokinshū* (trad. de C. Rubio, Madrid, Hiperión, 2005), el número 229, atribuido a Ono no Yoshiki, que dice así: «En la pradera / hay tantas valerianas / que si aquí dormimos, / malas lenguas dirán / que soy un mujeriego».

14. Esta es una de las frases en la cual los comentaristas han visto una clara confirmación de que este «diario» lo compuso la autora meses después de los sucesos narrados.

15. Corresponde a la parte suroeste de la actual prefectura de Hyōgo.

16. «Fichas» y «piedras» se dicen igual en japonés.

17. En la actual prefectura de Wakayama.

18. Hacia la mitad del otoño. Para hallar la correspondencia de una fecha del calendario lunar con el solar, no hay más que añadir seis semanas.

19. Entre los primeros tres rangos de la nobleza, los *kandamichi,* casi todos miembros de la familia Fujiwara, había ministros y consejeros directos del emperador. Del carácter exclusivo de esta alta nobleza da fe el hecho de que el todopoderoso Michinaga ocupaba el segundo rango, la posición más alta en ese momento. Los *tenjōbito* eran altos cargos de la corte, componían los rangos cuarto y quinto de la nobleza, y gozaban del privilegio de acceder al Palacio Imperial; en este grupo estaban también los *kurōdo* o secretarios, que pertenecían al sexto rango. El padre de la autora pertenecía a este rango.

20. De nombre completo, Fujiwara no Tadanobu, del segundo rango subalterno, probable amante de la escritora Sei Shōnagon, autora de *El libro de la almohada* (Alianza Editorial, 2015, traducción de María Kodama y Jorge Luis Borges).

21. Minamoto no Tsunefusa, del tercer rango subalterno.

22. Minamoto no Norisada, del tercer rango subalterno.

23. Minamoto no Narimasa, del cuarto rango subalterno y celebrado músico. También los otros nobles eran notables músicos. La provincia de Mino corresponde a la actual prefectura de Gifu.

24. Existía la costumbre de guardar estas bolas aromáticas dentro de cajas y enterrarlas varios días en un lugar soleado cerca de alguna corriente de agua para que maduraran todas sus fragancias.

25. Es el *Aster tataricus,* una variedad del crisantemo.

26. Correspondía aproximadamente al 16 de octubre. Dicho día 9 del noveno mes se celebraba el Festival de los Crisantemos en la víspera del cual se colocaban bolitas de algodón sobre la corola de esta flor al aire fresco de la noche con la creencia de que al día siguiente el cutis limpiado con este algodón se rejuvenecía.

27. Era Minamoto no Rinshi, madre de la emperatriz y prima segunda de la misma Murasaki.

28. Las dos eran primas de la emperatriz.

29. Recordemos que Musaraki escribe meses después de que ocurrieran las acciones narradas, por lo que frecuentemente expresa dudas sobre detalles de algunos sucesos.

30. Es el *chōdai,* un lecho de dos tatamis de superficie (cerca de cuatro metros de largo por algo más de metro y medio de ancho) rodeado de un cortinaje blanco. Era usado por miembros de la familia imperial y la alta nobleza.

31. En el original, *sanze* o los tres aspectos de la eternidad de la vida: la existencia del pasado, del presente y del futuro.

32. Es el *onmyōdō,* cuerpo de prácticas mágicas basado en la teoría taoísta del yin y el yang.

33. En el original, *yaoyorozu no kami,* metáfora para indicar la multiplicidad de los dioses sintoístas.

34. Este espacio es el *hisashi no ma,* un amplio pasillo cubierto por aleros que rodeaba el interior o *moya* de la estructura central del

edificio. Esta galería se abría por el día y se cerraba por la noche por medio de los *kōshi* o balaustradas móviles (ver nota 3, pág. 12). Hay que distinguir este espacio de la terraza o veranda, en el original *sunoko,* más exterior que la galería y que no estaba cubierto. En esta traducción usaremos el término de «terraza» para referirnos a él y mantendremos el de «galería» para significar el *hisashi.* Ver Apéndice 2, donde se muestra el plano de la mansión Tsuchi Mikado, una típica estructura palaciega de Heian, en la cual tienen lugar las escenas de la mayor parte del *diario.*

35. «Izquierda» y «derecha» corresponderán en nuestra versión a «este» y «oeste», respectivamente, teniendo en cuenta la orientación hacia el sur de las viviendas de la época. Véanse los planos del Apéndice 2.

36. Deidad protectora del budismo representada con gesto iracundo.

37. El término *naishi,* frecuentemente aplicado a las damas de honor, viene a ser una secretaria privada administrativa de un alto dignatario de la corte.

38. De nombre igual a otra nombrada anteriormente.

39. Para conjurar el mal ahuyentando los malos espíritus. Una de las muchas supersticiones de la nobleza de Heian más arraigadas se refería al miedo cerval a los espíritus que se apoderaban de personas enfermas o debilitadas por un parto inminente, como es el caso presente. Estos espíritus malignos, se creía, podían acabar con la vida de sus víctimas. De ahí, los rezos, exorcismos y prácticas como arrojar sobre las cabezas granos de arroz.

40. Se trataba de una formalidad con la cual se esperaba reforzar la protección de Buda habida cuenta el estado de notorio riesgo que las mujeres de la época corrían al dar a luz (el año 1000 había fallecido de parto la emperatriz Teishi, primera esposa del emperador Ichijō). Por otro lado, debido a que esta tonsura religiosa, en sí una muerte en vida, guardaba un notable parecido con la ceremonia oficiada a los agonizantes, provocaba una gran tristeza en cuantos la presenciaban. Así lo demostrará la reacción de la autora en la frase siguiente.

41. Seguramente en el recuerdo de muchos estaba el hecho de que precisamente la emperatriz Teishi había fallecido de parto por no haber expulsado las secundinas.

42. Eran los *tenjōbito,* ya mencionados como miembros de los rangos cuarto y quinto de la nobleza.

43. El tercer cargo budista más alto en la corte de Heian, por detrás de los de *sōjō* y *sōzu.*

44. Obsérvese que el nombre de las médiums, por ser de clase baja, no se menciona.

45. Hacia mediodía.

46. Será el príncipe Atsuhira, que reinará bajo el nombre de Go Ichijō (1016-1036).

47. Los chaquetones son los *karagoromo,* de color rojo. El tiro o cola corresponde al *mo.*

48. A la sazón es el príncipe Okisada, primo del entonces emperador Ichijō, que será futuro emperador con el nombre de Sanjō (1011-1016).

49. Debido a la impureza del parto, ya que había estado presente en el mismo acaecido en la mansión de Michinaga.

50. Corresponde a la parte oeste de la actual prefectura de Okayama.

51. Hacia las seis de la tarde, es decir, unas seis horas después del nacimiento. Para identificar mejor las estancias mencionadas en este y en el siguiente capítulo, véase el plano del Apéndice 2.

52. Tal era el color que llevaban los cortesanos del sexto y séptimo rangos.

53. La mayor parte de los comentaristas han enmendado lo que consideran un error de la autora (recuérdese que escribe meses después de los hechos descritos), quien había escrito que Chikamitsu era «gobernador de Owari», mientras que se sabe que a la sazón el gobernador de esa provincia era otra persona. Además, en el *El diario de Michinaga,* coetáneo a los hechos, se escribe que Chikamitsu era «jefe de la sección de textiles». En cualquier caso, en esta versión española nos atenemos principalmente a la interpretación de Junko Yamamoto en su edición de Kadokawa citada en la Nota al texto.

54. En el original, *yumaki.* Llegaba hasta los bajos del kimono.

55. Usada como talismán. Hay dos interpretaciones sobre la naturaleza de esta cabeza de tigre. Según una, era una cabeza disecada; según la otra, se trataba de una calavera.

56. Precursora del actual *obi.*

57. La costumbre de la corte exigía que al recién nacido se lo bañara dos veces: por la mañana y por la noche. Como el niño había nacido a mediodía, es decir, no había sido bañado por la mañana, el baño de la noche se realizó para cumplir el trámite protocolario.

58. Actual prefectura de Shiga.

59. Metáfora del príncipe recién nacido.

60. Lo habitual es que llevaran el cabello suelto, en abundante cascada, por detrás de la espalda, pero cuando estaban de servicio, solían llevarlo atado ligeramente detrás de la espalda.

61. En el original *uneme,* un cargo que designaba a las sirvientas que llevaban la comida al emperador.

62. Corresponde a las actuales cinco prefecturas que componen la región de Tōhoku, al norte de la actual Tokio.

63. Este paisaje, en el original llamado Komatsubara, era célebre por las asociaciones poéticas que despertaba.

64. Tanto la grulla como el pino se asocian a la longevidad.

65. La autora realiza un juego de palabras con el término *kami* que quiere decir tanto «papel» como «persona de alto rango». El papel era entonces un objeto suntuario y frecuentemente constituía el trofeo concedido al vencedor de algún juego.

66. Fujiwara no Kintō (966-1041) era juez habitual de los certámenes poéticos de la corte. Poeta de prestigio, fue el compilador de la antología *Shūishū,* publicada por los años en que tiene lugar esta escena. Esta frase de la autora es interesante para comprobar la importancia acordada a la dicción correcta del poema.

67. Pantalón de pernera muy ancha con pliegues frontales.

68. Una residencia de carácter académico fundada en el año 821 en la cual cursaban estudios superiores los hijos varones de la familia Fujiwara.

69. Por otras fuentes, concretamente el *Shōyuki,* un diario escrito por Fujiwara no Sanesuke (Bowring, *Murasaki Shikibu. Her Diary and Poetic Memoirs,* Princeton, Princeton U.P., 1982, pág. 72), sabemos que una tal Koma no Takashima fue objeto público de la conducta indecorosa de Michinaga, aquí referido como Su Excelencia.

70. Más tarde, la hija del príncipe Nakatsukasa se casará con Yorimichi, primogénito de Michinaga. Probablemente los proyectos de este giraban en torno a ese futuro matrimonio.

71. Hay un juego de palabras con *ukitaro,* que puede entenderse como «flotando» y «triste».

72. Las mangas que no se secan es metáfora de incesantes lágrimas.

73. Sobre las ocho de la mañana. Véase el Apéndice 2, donde se muestra el plano de la mansión para identificar mejor las diversas estancias mencionadas en esta efeméride.

74. En el original, *naishi*. Era un cargo oficial en la corte y estaba ocupado por mujeres que tenían la función de ser portavoces e intermediarias del emperador.

75. Un joyel *(magatama),* una espada y un espejo eran las tres insignias sagradas que representaban la autoridad imperial.

76. Este tejido se llamaba *ebizome*.

77. Tal vez la autora tuviera en mente a Kaguyahime, la protagonista de *El cuento del cortador de bambú (Takekori monogatari)*.

78. Son los *emakimono,* rollos ilustrados que se despliegan horizontalmente, y valiosa fuente para conocer las costumbres de vestido y vivienda de la época.

79. En el original, *Manzairaku, Taiheiraku, Katen* y *Chōgeishi*. Pertenecían al género musical del *bugaku,* de carácter cortesano y origen chino y coreano, que se ejecutaban en ocasiones ceremoniales.

80. Esa noche correspondía al día 16 del décimo mes, es decir, a aproximadamente el 22 de noviembre de nuestro calendario solar, una fecha que en Kioto, la antigua Heian, ya refresca por las noches al aire libre. Sin embargo, el emperador tiene veintinueve años y seguramente aguantaba el frío mejor que la dama Sakyō, con toda probabilidad bastante mayor que él. De ahí, tal vez, las burlas de las otras damas.

81. Por este episodio se insinúa que la dama Chikuzen, como probablemente la otra dama de compañía de palacio, Sakyō, eran de edad avanzada. Una conjetura reforzada por la frase del capítulo 25: «su aparición repentina hacía pensar en la de dos divinidades descendidas del cielo en la era de los dioses» aplicada a estas dos damas.

82. Literalmente, «diez mil eras y mil otoños» *(mansai senshū)*. Es el verso de un poema incluido en la antología *Wakan rōeishū* compilada por la misma persona que ahora lo recita, Fujiwara no Kintō.

83. Efectivamente, solo ocho años después ocuparía el trono con el nombre de Go Ichijō. La palabra «nuevo» es significativa porque este reconocimiento público invalidaba el realizado en favor de otros candidatos nacidos antes.

84. Esta pleitesía o *butō* en el original *(haibu* en japonés moderno) era una forma de saludo probablemente adoptada de la corte china.

Consistía en saludar dos veces inclinando el tronco.

85. Había cuatro o cinco ramas de los Fujiwara ajenas a, y con frecuencia rivales de, la rama principal a la que pertenecía Fujiwara no Michinaga. Una de ellas era la de la propia autora.

86. Es razonable pensar que la autora Murasaki confiaba en la promoción de alguno de sus familiares directos, como su hermano, una esperanza alimentada por su buena relación con Michinaga.

87. Exactamente había esperado ocho años, desde que su hija se convirtió en segunda esposa consorte del emperador, el año 1000, hasta el presente año de 1008 en que dio a luz.

88. Es parte de una *saibara* o canción popular, de moda en la corte.

89. Se trata de los *mono awase,* certámenes o concursos populares en la corte de Heian. Dos grupos competían a veces por recitar el mejor poema *(uta awase),* a veces por adivinar el color o la forma de conchas marinas *(kai awase)*. Véase el Apéndice 2, donde se muestra el plano de la mansión para identificar mejor la localización de las escenas y las diferentes estancias mencionadas en el capítulo.

90. En la corte de Heian había tres ministros: el de la Izquierda, el más importante, que a la sazón era Michinaga, el anfitrión en esta celebración y, como sabemos, padre de la emperatriz; después estaba el ministro de la Derecha, Akimitsu, ya aparecido en el diario; y finalmente el ministro del Interior, Kinsue. Estos dos últimos son los que llegan ahora.

91. *Monoimi* o abstinencia se refería a la prohibición reinante en ciertos días, determinados por la filosofía china del yin yang, de refrenarse en relacionarse con los demás y en toda clase de placer.

92. Esta canción, del género musical *gagaku,* celebra el monte Mino.

93. Estos cargos como «comandante», «capitán» y otros estaban vacíos de todo carácter militar. Eran títulos honoríficos hereditarios de los cortesanos de los niveles altos. A Kintō ya lo hemos encontrado como árbitro de certámenes poéticos (ver nota 1, pág. 43).

94. Estas dos palabras, en el original *waka Murasaki,* no solo constituyen la única referencia en todo el diario al nombre de la autora, la cual lo tomó del apodo de la bella y joven heroína de su famosa obra *La historia de Genji,* sino que además ha dado la pista a los estudiosos de esta obra sobre la génesis del nombre de nuestra diarista. Hay un crítico moderno, Hagitani (Bowring, *Murasaki…,* obra cit., pág. 90), que ha leído esas dos palabras como *waga Murasaki* o «mi Murasaki», sosteniendo que Kintō, que también debía de estar

bajo los efectos del alcohol, llamaba así a la autora implicando jocosamente que él se veía a sí mismo como otro príncipe Genji. A la luz de esta interpretación cobra más sentido la réplica recibida, probablemente de labios de la misma Murasaki.

95. El término del original, *onsōshi zukuri,* indica que se trataba, efectivamente, de «libros», no de rollos (de lectura en vertical, pero que se desplegaban horizontalmente). A diferencia de los rollos, los *sōshi* primero se encuadernaban en pequeños volúmenes con las hojas en blanco y luego se entregaban a un calígrafo para que escribiera el texto en las hojas.

96. Se refiere a *La historia de Genji.* Según la hipótesis de Junko Yamamoto, la emperatriz deseaba llevar consigo una copia de *La historia de Genji* para leerla al lado del emperador. En cuanto a las «cartas de petición», se trata de solicitudes a calígrafos famosos por su arte para que escribieran varias copias manuscritas. Unánimemente los estudiosos han reconocido un gran valor documental en estas y las siguientes frases, pues constituyen el primer testimonio conocido sobre cómo llegaba a los lectores-oyentes el *Genji monogatari,* el libro más aclamado de la literatura japonesa.

97. En el código de modestia de la época, «la historia insignificante» no es otra que el monumental *Genji monogatari.*

98. Como dama del séquito de la emperatriz, la autora debía acompañar a esta cada vez que se trasladaba del palacio a la mansión paterna. Y, además, tenía que pasar temporadas en su propia casa debido a obligaciones familiares.

99. Aproximadamente un 23 de diciembre de nuestro calendario solar. Véase el Apéndice 2 con el plano del Palacio Imperial.

100. A eso de las siete y media de la noche.

101. Es el *hitori,* que servía para quemar inciensos, pero también, como es el caso ahora, para calentarse las manos.

102. Las tres antologías de poesía *waka* más célebres en su tiempo que datan, respectivamente, de 905, 951 y 1005. Cada antología constaba de veinte secciones repartidas en cinco volúmenes. La memorización y práctica caligráfica de sus poemas, especialmente de la primera de las mencionadas, era uno de los requisitos de la educación femenina entre la nobleza de Heian.

103. Nombres completos, Ōnakatomi no Yoshinobu y Kiyohara no Motosuke, que florecieron en la segunda mitad del siglo X y colaboraron en la compilación de la antología *Gosenshū.* El último fue el padre de Sei Shōnagon, la autora de *El libro de la almohada.*

104. Este festival incluía las interpretaciones de cuatro bailarinas que actuaban en palacio a lo largo de cuatro días en las mismas fechas. Eran escogidas cada año entre las hijas de las familias prominentes de la nobleza por su atractivo y talento. Cada una de las cuatro bailaba con un grupo de diez muchachas acompañantes o asistentas. La danza conmemoraba la ofrenda imperial de la nueva cosecha de cereales a la divinidad.

105. Una de las bailarinas era su hija; otra lo era del siguiente personaje citado.

106. Esta valla o *tatejitomi* se colocaba a lo largo del lado norte del ala izquierda del palacio.

107. La mención de Takashina no Naritō que, se sabe por otras fuentes, falleció en 1010, ha permitido concluir a los estudiosos que la fecha en que se escribió esta parte del diario (caps. 1 a 46) no pudo ser posterior a ese año. De lo contrario, la autora habría mencionado que estaba muerto.

108. El padre de otra de las danzarinas. Este Nakakiyo era primo de la madre de la autora.

109. También los días estaban asociados a animales del Zodiaco chino. Ese día correspondía al 21 del undécimo mes lunar.

110. Parte occidental de la actual prefectura de Aichi.

111. Probablemente porque estos jóvenes no apreciaron el esfuerzo y la tensión de las bailarinas.

112. A diferencia de las dos primeras danzas que eran por la noche, las del tercer día se celebraban durante el día.

113. Se refiere a Fujiwara no Gishi (Yoshiko), hermana mayor de Sanenari, una de las esposas secundarias *(nyōgō)* del emperador, conocida también como Kokiden, pero de categoría inferior a la emperatriz Shōshi a quien sirve la autora.

114. Cruel alusión a la avanzada edad de esta dama, ya que dicho monte de la mitología china, por considerarse el lugar fabuloso donde vivían los inmortales, se asociaba a la longevidad.

115. Tanto las tiras de papel blanco como el peine curvo eran llevados por las damas más jóvenes en el cabello, las cuales, cuanto más jóvenes eran, más arqueados llevaban los peines. La indirecta se entiende porque la dama Sakyō hacía tiempo que había dejado atrás su juventud.

116. Correspondiente al día 24 del mismo mes undécimo.

117. Son los hijos de Su Excelencia con otra mujer conocida como Takamatsu (llamada así por el nombre de la mansión de su padre) y, por tanto, hermanastros de la emperatriz Shōshi. Eran tres, de dieciséis, quince y catorce años. Como la mansión Tsuchi Mikado, donde había ocurrido el parto, pertenecía a su madrastra, estos muchachos tal vez no tenían confianza suficiente para entrar en los aposentos de las damas, cosa que no ocurría ahora que se hallaban «en territorio neutral».

118. Kamo es un santuario sintoísta consagrado a una de las deidades tutelares de la capital Kioto.

119. Fujiwara no Kinsue era el padre de la emperatriz consorte Gishi (ver nota 1, pág. 88).

120. A eso de las dos de la madrugada.

121. Entre el capítulo 46 y este 47 ha pasado un mes. Este capítulo marca una especie de transición de la sección cronística del relato, capítulos 1-46, a la sección epistolar, capítulos 50-61, que se iniciará tres capítulos más adelante.

122. Esta celebración *(tsuina),* que se realizaba, a modo de Nochevieja, el último día del duodécimo mes del año, consistía en el lanzamiento de alubias, arroz y en conjuros para espantar los malos espíritus del año a punto de fenecer. En el Japón de hoy persiste la tradición que se llama *Setsubun* y se celebra a comienzos del mes de febrero.

123. Era costumbre de la cosmética femenina de entonces teñirse los dientes de negro.

124. Seiryōden era la parte del palacio destinada a los aposentos privados del emperador, mientras que la emperatriz Shōshi ocupaba un pabellón situado al lado de Seiryōden.

125. Las damas de honor, miembros de la nobleza, se dirigían a sirvientas y criadas, que eran plebeyas, a través de intermediarios. Hablarles directamente se consideraba un deshonor.

126. Era su propio hermano, el cual, para mortificación de la autora, no acude y sí lo hace, como se lee en la frases siguientes, Sukenari, rival de Nobunori en la carrera de los ascensos en la corte. En el capítulo 59 será referido bajo diferente cargo en la corte.

127. La frase en japonés, *osoroshiki mono kara, okash*ū *to mo iwazu, kotoimi mo shiaezu,* se puede traducir más literalmente como «Fue terrible, pero, aunque no iré tan lejos de decir que también fue gracioso, sí añadiré que prefiero no decir más». Aunque ambigua, es

una de las pocas frases de la literatura de Heian relativas al desnudo. Parece, pues, que entre los valores de la época no estaba el de la belleza del cuerpo desnudo.

128. Esta ceremonia consistía en colocar pasteles de arroz rituales, mientras se entonaban conjuros, sobre la cabeza de príncipes y princesas imperiales, una práctica que se realizaba tres veces cada día de Año Nuevo hasta que los niños cumplían cuatro o cinco años.

129. Un *sun* es poco más de 3 cm.

130. Un *shaku* equivale a 30,30 cm.

131. Desde este capítulo 50 hasta el 61, la forma y el contenido del texto varían claramente con respecto a los capítulos precedentes y posteriores. El estilo deja de ser cronístico y se torna epistolar. En opinión de Junko Yamamoto, Murasaki escribió esta parte para su hija Kenshi.

132. Sin embargo, hará justamente lo contrario de lo que se propone, es decir, criticará a sus contemporáneas.

133. Téngase en cuenta que, en llamativo contraste con nuestra percepción de la belleza femenina, una constitución rolliza y regordeta encajaba en el canon de belleza femenino de la época, de ahí que a la vez que la dama Saishō sea rolliza, posea una «complexión proporcionada».

134. Según Bowring, esta «cierta persona» pudo haber sido Nobunori, el hermano de la autora, que según los rumores tuvo como amante a esta dama Chūjō. Esta circunstancia, y tal vez también indirectamente el deseo de hacer una apología del salón en el cual servía la autora frente al salón de la sacerdotisa donde servía dicha dama, podría explicar la crítica que sigue. Por otro lado, esta censura sirve de transición entre los comentarios precedentes, por lo general elogiosos, de las damas de honor y los reprobatorios acerca de otros personajes femeninos del mundo de la corte.

135. En ese momento había tres esposas del emperador Ichijō aparte de la emperatriz Shōshi a la cual sirve la autora. La verdadera favorita del emperador había sido la emperatriz Teishi (Akiko) fallecida de parto ocho años antes.

136. La emperatriz Shōshi entró en la corte a los doce años y solo un año después fue desposada con el emperador con el rango de emperatriz.

137. Cuando Shōshi entró en la corte, su padre Michinaga eligió para ella como damas de su séquito a cuarenta jovencitas de parecida edad

a la de su hija, sobresalientes por el físico y el buen carácter, de entre las familias de la nobleza alta.

138. Entre líneas se puede leer cierto complejo de inferioridad que sentía la autora al comparar el séquito de la emperatriz Shōshi con el brillante salón que diez años antes reunió la emperatriz Teishi, rival de Shōshi.

139. Se refiere a la carta mencionada al principio del capítulo 52 (ver nota 1, pág. 104).

140. En este capítulo del diario y en los dos siguientes, la autora realiza semblanzas, frecuentemente citadas en manuales de literatura y en estudios sobre la sociedad de Heian, de las tres escritoras que, junto a ella misma, eran las más sobresalientes de la época: Izumi Shikibu, Akazome Emon y Sei Shōnagon.

En este capítulo escribe acerca de la primera de estas autoras, tal vez la mejor voz poética de su tiempo y con fama de mujer fatal, que vivió desde mediados de la década de 970 hasta la de 1020. Izumi Shikibu se incorporó al séquito de la emperatriz Shōshi como dama de compañía a finales de la primavera del año 1009, poco antes de que Murasaki escribiera estas páginas, pero después de los sucesos hasta ahora narrados. Por lo tanto, era compañera suya en el mismo séquito de la emperatriz.

Un posible motivo de empezar a escribir de Izumi Shikibu pudo ser que esta dama era tía de la dama Chūjō, autora de la carta mencionada en el último párrafo del capítulo anterior.

141. Se refiere a sus amores con dos príncipes imperiales, comidilla de la corte cinco o seis años antes. Con «cartas» probablemente alude a *El diario de la dama Izumi.*

142. Parte de la actual prefectura de Kioto. Su nombre era Ōe no Masahira.

143. Se trata de Akazome Emon (destacó entre 976 y 1041), también dama de honor en el séquito de la emperatriz Shōshi y, antes, de su madre Rinshi. Su hijo era Takachika que, como podrá recordarse, fue el encargado de leer los clásicos durante el primer baño del príncipe Atsuhira. Los poemas de Akazome Emon aparecen en antologías imperiales. Además de su colección personal, el *Akazome Emon shū,* se le atribuye la autoría probablemente parcial del *Eiga monogatari,* una obra histórica de carácter enciclopédico.

144. Literalmente *koshi ore* o «cadera rota»: verso cojo. Ocurre cuando el tercer verso del *tanka* de cinco versos, llamado *koshi* (cadera) en la preceptiva poética, no está bien conectado con el cuarto.

145. Es la famosa autora (aproximadamente 966-1017) de *El libro de*

*la almohada,* una amena obra de ensayos misceláneos. Perteneció al séquito de la emperatriz Teishi, rival de la emperatriz a quien sirvió Murasaki, a raíz de cuya muerte, en el año 1000, se retiró de la corte. Al parecer, en su obra Shōnagon se mofó de la manera de vestir del marido de Murasaki, lo cual ocasionó el resentimiento de esta. Jun'ichi Koyano, editor de otra de las versiones japonesas en que se basa la presente traducción en castellano, explica también estas feroces críticas de Murasaki alegando que esta padecía de cierto complejo de inferioridad tanto con Izumi Shikibu como con Sei Shōnagon. Con la primera, por su belleza y fama entre los hombres; con la segunda, por la popularidad de que gozaba *El libro de la almohada* entre la nobleza de palacio.

146. Por lo general, la escritura en sinogramas o *kanji* era cosa de hombres. Sin embargo, durante los años de esplendor del salón de la emperatriz Teishi, a finales del siglo x, estuvo de moda que las mujeres de su séquito leyeran el chino y escribieran sinogramas, a imitación de la propia emperatriz, que sabía chino.

147. Instrumento musical de hasta 13 cuerdas (a veces de 6, como el mencionado en la frase siguiente), 180 cm de largo y 30 cm de ancho, y que se suele tocar horizontalmente sobre el suelo.

148. Es del poema número 985 de la antología *Kokinshū,* atribuido a Yoshimine no Munesada (monje Henjō), el cual se glosa así: «poema enviado a una casa ruinosa en Nara desde dentro de la cual el autor oyó a una mujer tocar el *koto*». El poema completo dice: «Hastiado del mundo, / a sus ruinas huir soñé / hasta escuchar del *koto* / lastimeros tañidos / que mi pena avivaron».

149. Instrumento musical parecido a un laúd, de mástil corto y cuatro o cinco cuerdas.

150. Se refiere a su difunto marido, Fujiwara no Nobutaka, fallecido ocho años antes, en 1001.

151. Boku Hagitani (Bowring, obra cit., pág. 134) sugiere que Murasaki está pensando en alguien que usa papeles viejos para copiar sutras budistas. Parece ser que era una práctica común reutilizar así el papel de cartas viejas, en parte para ahorrar papel y en parte para acumular méritos religiosos en beneficio de quien había escrito dichas cartas.

152. Los Tres Tesoros del budismo son: Buda, la doctrina y la comunidad de creyentes.

153. Es el *Nihon shoki,* popularmente conocido como *Nihongi* (Crónica de Japón), la historia nacional por excelencia durante el periodo Heian). Se trata de una crónica escrita en lengua china –de ahí el

comentario del emperador– hacia el año 720.

154. En el capítulo 48 apareció bajo el cargo de tercer oficial del Ministerio de Guerra *(Hyōbu no jō)*. Se desconoce cuándo cambió al puesto ahora mencionado (en el original, *Shikibu no jō)*. También puede tratarse de un error de la autora, confundida con el cargo de su padre.

155. De hecho, Fujiwara no Tametoki destacó como estudioso de la poesía en chino. Pero, como no poseía muchas dotes políticas, no ascendió de rango en la corte, quedándose en el puesto de *Shikibu no jō* que ya ejercía en los tiempos del emperador Kazan, antecesor de Ichijō. Del puesto de su padre como oficial o secretario en este Ministerio del Ceremonial, la autora heredó el nombre.

156. La queja cobra sentido a la luz de que, en la época, un hombre con conocimientos de chino podía ascender en la corte por su capacidad de leer los documentos oficiales escritos en sinogramas (aunque con lecturas japonesas), mientras que para una mujer, el conocimiento del chino no servía para nada, incluso podía restarle atractivo como posible partido a la hora de buscar marido. Conviene tener presente que la enseñanza de textos chinos, así como la literatura oficial (historia, poesía china, biografía) eran privilegio exclusivo de los varones de la nobleza. Las damas debían contentarse con escribir sus poesías, diarios e historias de ficción en el silabario fonético *hiragana,* cuya invención *(onna de* o «mano de mujer») tradicionalmente se les ha atribuido.

157. Se refiere al sinograma o *kanji* de 一 y que significa «uno».

158. Es un poeta chino (772-846) inmensamente popular entre las clases letradas del Japón de la época. Sus obras completas, conocidas en Japón como *Hakushi monjū,* eran objeto de interés de la emperatriz.

159. Hagitani (citado por Bowring, cit., pág. 138) opina que la emperatriz debió de iniciarse en la lectura de textos chinos unos cinco meses antes de dar a luz como parte de una práctica denominada en la época *taikyō* (educación del útero), basada en la creencia de que la lectura de libros eruditos por parte de la mujer embarazada aseguraba inteligencia al futuro niño. El crítico japonés añade que esta circunstancia confirmaría la hipótesis de que Michinaga había puesto a Murasaki al servicio de su hija con el propósito de que fuera una especie de institutriz de chino.

160. Conforme al budismo amidista de la época, se creía que Buda descendía en una nube beatífica para llevarse al devoto, en el momento de su muerte, al llamado paraíso de la Tierra Pura.

161. Es posible que con esta frase la autora aluda al hecho de haber nacido mujer, un impedimento, según la doctrina budista de la época, para alcanzar la salvación. El tema de si las mujeres eran elegibles para ser salvadas ocupaba con frecuencia la mente de muchos teóricos del budismo.

162. Hay estudiosos que creen que este capítulo es la parte de una carta ya perdida y ajena por completo al texto precedente.

163. El hecho de que escriba esta carta usando papel viejo ha llevado a la conjetura de que toda esta parte de las cartas –desde el capítulo 50 al 61– pudo haber sido escrita en el reverso de la parte del diario que acababa en el capítulo 49.

164. Con este capítulo se reanuda el estilo cronístico, característico de los capítulos 64 a 69, a pesar de que ni este ni el siguiente capítulo están fechados ni por mes ni por año. Existe la hipótesis de que este capítulo en concreto pudiera encabezar los primeros capítulos de una versión hoy perdida del *Diario*.

165. Probablemente del mismo mes (el primero) y año (1009) de la narración cronística interrumpida en el capítulo 49. Si así fuera, en nuestro calendario solar, correspondería a finales del mes de febrero o comienzos de marzo.

166. El templo Enryaku-ji, al lado de Kioto, y el Mii-dera (por otro nombre, Onjō-ji, en la actual prefectura de Shiga), eran los centros del budismo de la escuela Tendai. El Sutra del Loto es la principal escritura del budismo japonés *(El Sutra del loto,* trad. Soka Gakkai, Herder, Barcelona, 2014).

167. Entonces tenía más de cincuenta años, de ahí quizás la incongruencia cómica de unirse al grupo.

168. Pertenece a un poema titulado «El ancho océano» (en japonés, *Umi manman)* de la obra ya citada de Po Chui (ver nota 2, pág. 122). En dicho poema se narra el viaje en barco a la fabulosa isla Hōrai de unos jóvenes que buscan el elixir de la vida, pero que envejecen en el empeño.

169. Juego de palabras entre *suki mono,* que quiere decir «fruta ácida» y *sukimono,* que es «persona voluptuosa». El significado oculto del poema viene a ser «por ser famosa / por tu voluptuosidad, / no habrá hombre alguno / que si pasa cerca de ti, / de amor no quede cautivo».

170. Con el significado sobreentendido de «no habiendo aún / sido cortejada por nadie, / ¿cómo es posible / que el rumor se difunda / de que soy voluptuosa?».

171. Por el contexto y por aparecer este cruce poético en el *Shinchokusen wakash*ū, compilado por Fujiwara no Teika en la tercera década del siglo XIII, sabemos que los versos pertenecen a Michinaga. La pollita de agua o rascón acuático es un ave zancuda cuyo golpeteo sobre la madera recuerda al sonido de los golpecitos dados en una puerta. La mención de esta ave solía identificarse con la insistencia del enamorado. En nuestra versión hemos preservado el juego de palabras del original del verbo *naku,* que puede significar a la vez «cantar un ave» y «llorar». Se ha especulado con que Michinaga, benefactor de la autora, y la dama Murasaki mantuvieron relaciones amorosas. Jun'ichi Koyano, en otra de las ediciones que manejamos, sostiene que simplemente Su Excelencia y la autora jugaban a ser amantes imaginarios, algo parecido a lo que Xavier Roca-Ferrer, en su edición española realizada desde el inglés, denomina con acierto «especie de flirteo jocoso».

172. Ha pasado un año desde el capítulo anterior. Estamos en el año 1010. La emperatriz Shōshi había dado a luz en 1009 a un segundo hijo, el príncipe Atsunaga, de ahí «Sus Altezas». Sobre la ceremonia de imposición de los pasteles de arroz *(mochi),* ver nota 2, pág. 97).

173. Se trataba de un sake especiado con hierbas medicinales *(toso* u *onkusuri)* que se tomaba los primeros tres días del año a modo de aperitivo previo a los banquetes de celebración.

174. Era parte de una ceremonia destinada a evitar palabras de mal augurio.

175. Los nobles sin apellido eran todos de la familia Fujiwara.

176. El sinograma de «ratón» (en japonés, *ne)* y el de «hijo, hija» *(ko)* se escriben igual: 子.

177. El primer día del Ratón del año existía la costumbre de salir al campo en busca de pinos pequeños. El pino es metáfora de salud y longevidad en la cultura japonesa. Este verso, en el que Michinaga alude con la palabra «pinitos» a sus dos nietos, es parte de un poema de Mibu no Tadamine que figura en la antología *Shūish*ū compilada por Fujiwara no Kintō en torno a los mismos años en que Murasaki redacta su diario.

178. La autora emplea el término de «segundo príncipe» *(ninomiya)* porque Atsunaga es el segundo hijo de la emperatriz Shōshi. De hecho, sin embargo, era el tercero en la sucesión imperial, pues el emperador Ichijō había tenido un hijo con la emperatriz Teishi.

179. A pesar de esta enumeración de prendas, en el periodo Heian, cuanto más alto era el rango del hombre o la mujer, más informal era la ropa que llevaba. Las vestimentas descritas del emperador y de la

emperatriz eran indumentaria informal llevada a diario.

180. Algunas damas, dependiendo de su rango en la nobleza, no tenían autorización de llevar prendas de seda estampada. Parece que la dama Genshikibu era una de estas.

181. Los tres asteriscos *** marcan una laguna en el original. Hagitani conjetura que puede tratarse de Minamoto no Narimasa. El *sh*ō es una especie de zampoña formada por 17 finas cañas de bambú de diferente longitud.

182. El tono *sōjō* de la escala pentatónica japonesa corresponde más o menos al tono de sol en la música occidental. Las tres canciones pertenecen al género popular de las *saibara,* basado en viejas tonadas tradicionales pero con acompañamiento de instrumentos cortesanos.

183. Pieza originaria de China sobre un ave fabulosa de carácter sagrado.

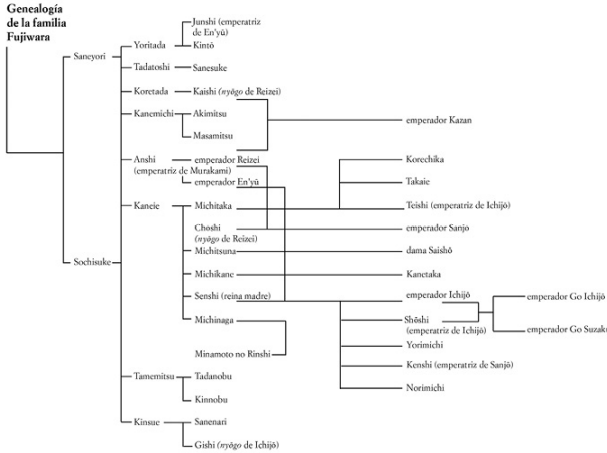
184. Por otras fuentes se sabe que Akimitsu, al querer tomar uno de los platos de comida colocados entre las grullas decorativas, volcó la mesita. El hecho de que cayeran estas grullas, consideradas símbolos de fortuna y felicidad, debió de haber causado pánico en una sociedad de supersticiones tan arraigadas.

185. El emperador Ichijō pasaba por un consumado flautista. Esta flauta había sido un regalo del emperador Kazan a Fujiwara no Michinaga.

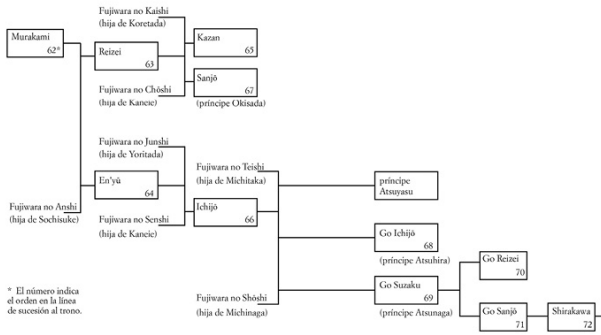
Apéndice 1

# Genealogías

**Genealogía de la familia Fujiwara**



**Genealogía**
**de emperadores**

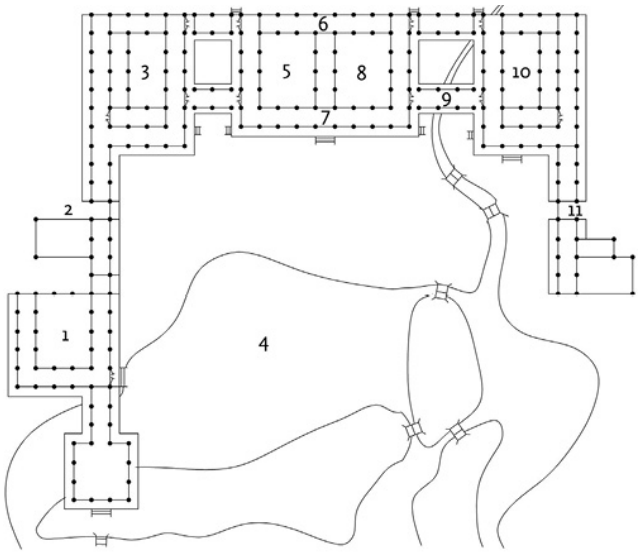


Apéndice 2

# El palacio de Tsuchi Mikado

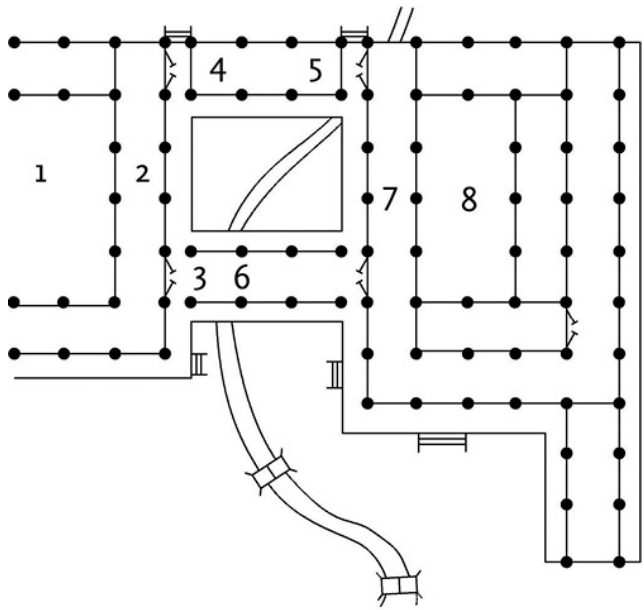
Plano de la mansión Tsuchi Mikado donde se desarrollan gran parte de los hechos narrados en el diario

1. Sala de dedicación
2. Puerta interior del oeste
3. Ala oeste
4. Estanque
5. Edificio principal
6. Galería del norte
7. Galería del sur
8. Edificio principal
9. Puente
10. Ala este
11. Puerta interior del este



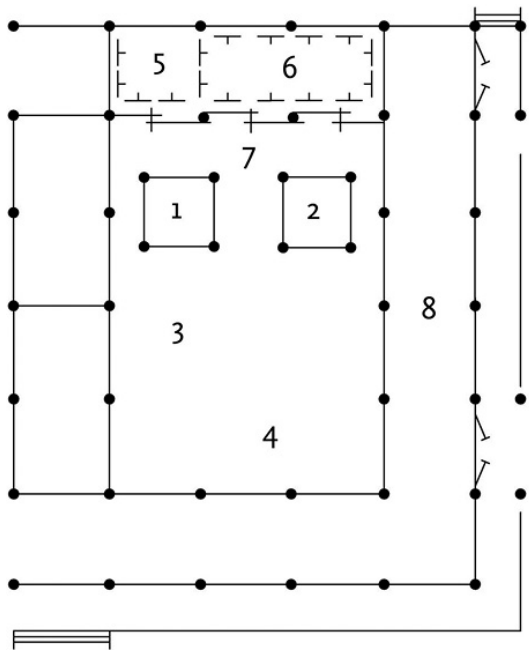
Detalle de la mansión de Tsuchi Mikado donde se detalla la posición que ocupaba el cuarto de Murasaki

1. Edificio principal
2. Galería del este
3. Puertas
4. Cuarto de la dama Saishō
5. Cuarto de Murasaki
6. Puente
7. Galería del oeste
8. Servicio religioso en el ala este



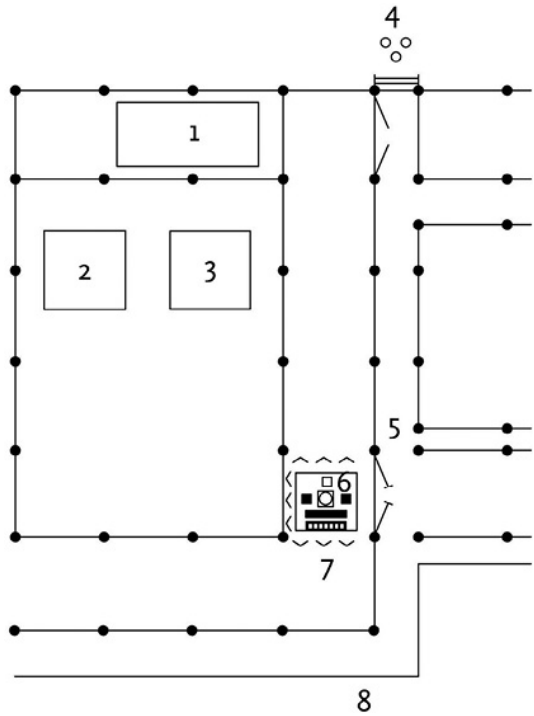
Detalle de la mansión de Tsuchi Mikado el día del nacimiento del príncipe Atsuhira (caps. 9-10)

1. Dosel normal
2. Dosel blanco
3. Médiums
4. Altos dignatarios del clero budista
5. Murasaki y damas de honor
6. Galería de la fachada norte donde se aloja Su Majestad
7. Grupo de cuarenta damas
8. Damas de palacio



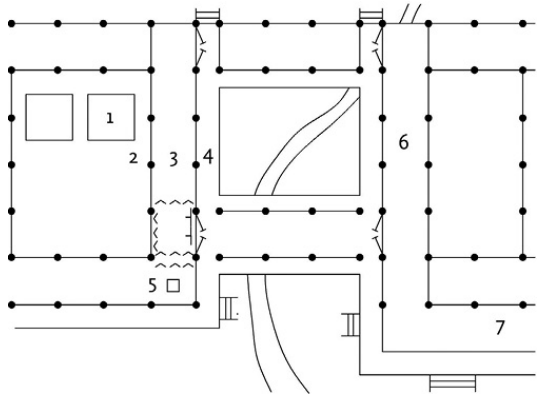
Detalle de la mansión de Tsuchi Mikado el día del primer baño del príncipe (caps. 12-13)

1. Su Majestad
2. Dosel normal
3. Dosel blanco
4. Cubos
5. Cortinas a través de las cuales se entrega el agua
6. Sala del baño y dieciséis vasijas
7. Mamparas
8. Lectores



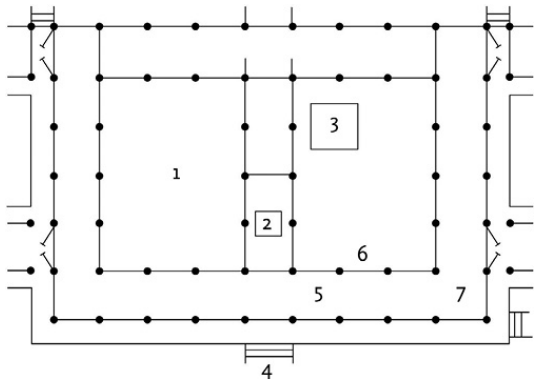
Detalle de la mansión de Tsuchi Mikado Celebración del quinto día del natalicio del príncipe (caps. 15-17)

1. Dosel de Su Majestad
2. Ocho damas de honor
3. Treinta damas
4. Sirvientes
5. Mamparas dobles con alimentos
6. Cortesanos de alto rango
7. Cortesanos de bajo rango



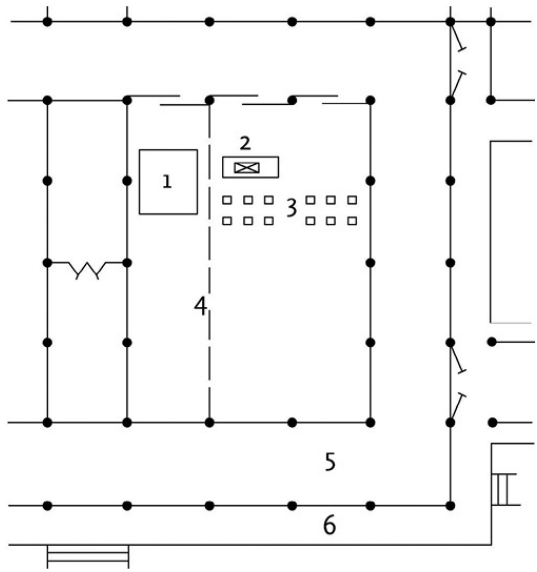
Detalle de la mansión de Tsuchi Mikado Visita imperial (caps. 23-27)

1. La esposa de Michinaga
2. Espacio reservado para el emperador
3. Dosel de la emperatriz
4. Palanquín
5. Trono del emperador
6. Murasaki y otras damas
7. Persianas a lo largo de la galería



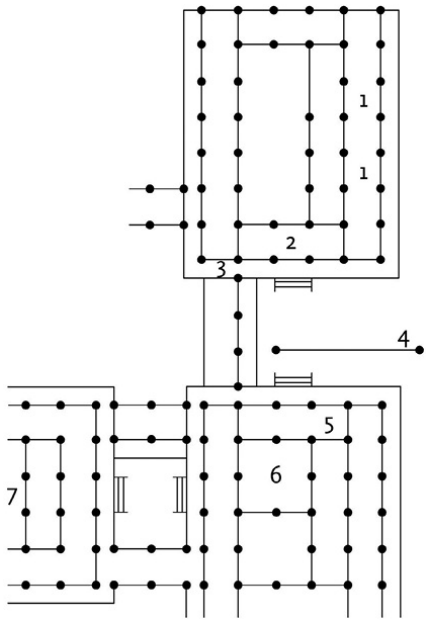
Detalle de la mansión de Tsuchi Mikado Festividad del quincuagésimo día del natalicio del príncipe (caps. 32-34)

1. Dosel
2. Su Majestad
3. Alimentos destinados a Su Majestad y el príncipe
4. División formada por mamparas superpuestas
5. Mujeres en la galería
6. Nobles en la terraza



Palacio Imperial (caps. 38-45)

1. Aposentos de Murasaki (?)
2. Su Majestad
3. Michinaga (?)
4. Procesión y mampara
5. Grupo de Sanenari
6. Ala este
7. Edificio principal



Edición en formato digital: 2023

Título original: *Murasaki Shikibu nikki*

© Satori Ediciones, 2017
Todos los derechos reservados
C/ Perú, 12, 33213, Gijón, España
www.satorieditiones.com
© Satori Ediciones, 2017
© de la traducción, notas y apéndice: Akiko Imoto y Carlos Rubio López de la Llave, 2017
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-1148-185-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.